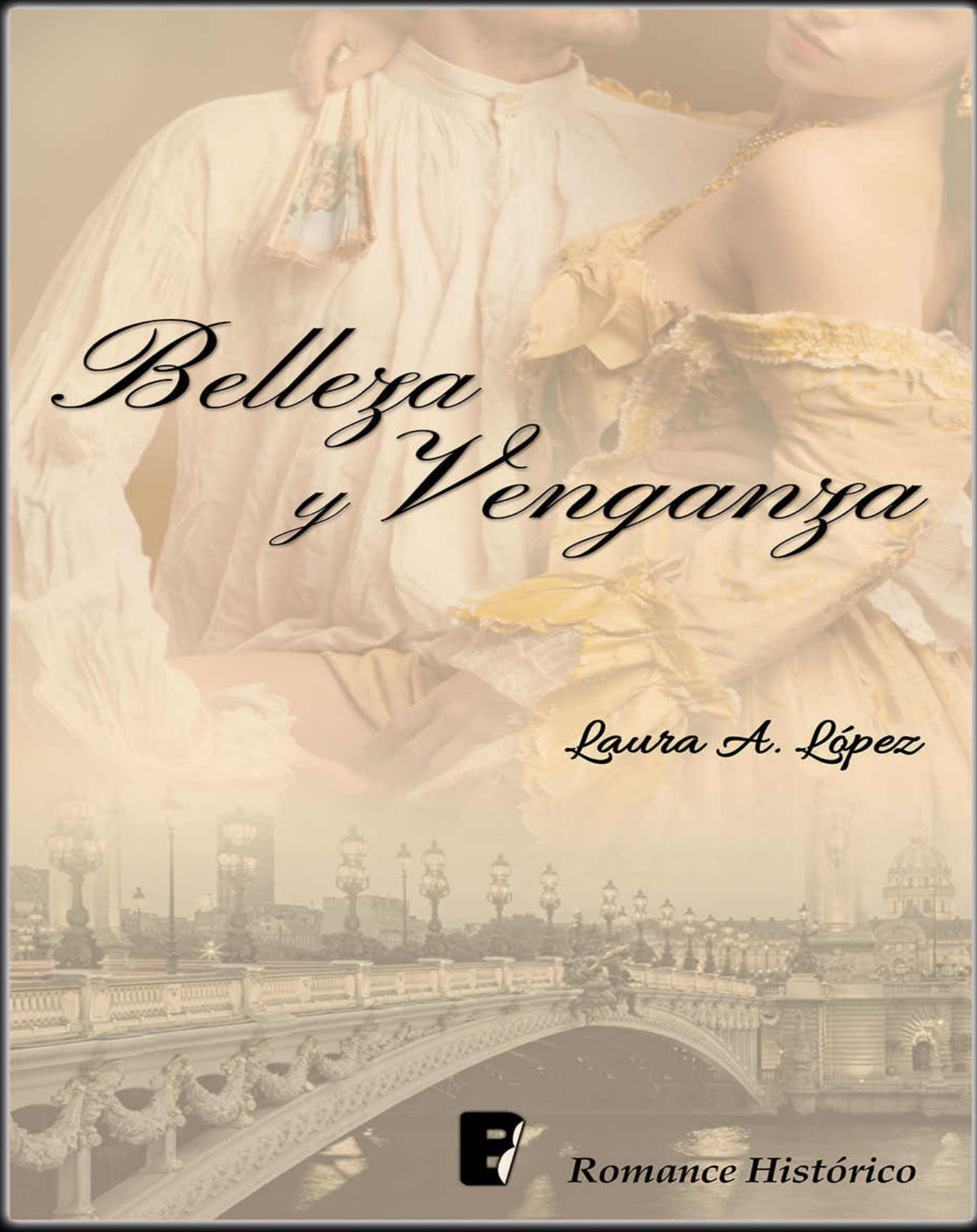
Selección RNR



Belleza y Venganza

Laura A. López

Romance Histórico

Belleza y venganza

Libro 2 de la saga Rosa blanca

Laura A. López



SÍGUENOS EN

megustaleer

 @megustaleerebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Capítulo 1

Londres, finales de 1836.

Lady Emma se encontraba en su habitación con su doncella.

— Celia, voy a salir a ver a Rain —afirmó Emma decidida.

—Pero, milady, está oscureciendo —replicó la doncella.

—No importa, hoy en todo el día no la vi.

—Milady, es peligroso, una muchacha como usted no debe salir sola a estas horas.

Emma era la más hermosa y prometedora jovencita de catorce años, rubia de ojos grisáceos, su madre y su hermano estaban orgullosos de su belleza y encanto, en tres años más debutaría en la sociedad.

—No me va a pasar nada, Rain está lastimada, quiero saber si es muy grave.

—Pregúntele a su hermano, milady.

—Mi querida e ingenua Celia, mi hermano jamás me diría algo horrible y lo sabes, debo averiguarlo por mí misma.

—Es que la adoran, milady, y no los culpo, yo también la adoro.

—Celia, eres una atrevida —dijo entre sonrisas—, me pondré una capa y saldré por donde está el establo, ahora ya sabes por dónde estaré.

—No me gusta, milady, creo que es una mala idea.

—Deja de ser aguafiestas, por favor, ¿cuántas veces lo hice y no ocurrió nada? ¡Me voy!

En la biblioteca, Arthur, duque de Lancaster, hermano de Emma, se encontraba despidiendo a uno de sus mozos de cuadra.

—Max, estás despedido.

—No, excelencia, ¿por qué?

—He tenido quejas de ti por todas partes en esta casa, las criadas se quejan de que las acosas y manoseas, y para colmo de males, no cumples con tu trabajo en las caballerizas, están sucias y ahora la yegua de Emma está lastimada por una piedra que le entró en una pata.

—¡Pero, excelencia!

—¡Pero nada! Recoge tus cosas y te vas de aquí, no voy a mantener vagos y degenerados, no te contraté para eso.

—Excelencia, llevo toda la vida sirviendo a su familia, mi familia los ha servido desde siempre.

—Pero tú no has hecho honor a tu familia, ellos trabajaban duro, tú eres un holgazán, no haces nada útil, lárgate ya y toma tu liquidación, es un buen dinero hasta que encuentres otro trabajo.

—Se arrepentirá de esto, excelencia —amenazó.

El mozo salió con deseos de venganza y fue a recoger sus cosas de su cuarto.

—Hiciste bien, querido —dijo la duquesa viuda.

—No lo quiero un día más aquí, estaba harto.

—Yo lo sé, solo lo aguantaste por el hecho de que toda su familia trabajó para nosotros.

—Ellos eran gente honesta y decente, este no creo que lleve su misma sangre.

—Bueno, hijo, ya no importa, se irá.

—Bien, me calmaré porque estoy esperando a lord Brandon Waldow, tengo negocios con él.

—Ese calavera, hijo, no sigas su mismo ejemplo, y piensa también en casarte.

—Madre, basta con ese tema, sabe que soy muy joven, déjeme disfrutar unos años más de mi soltería.

—Tu padre moriría nuevamente al oírte decir eso.

—Padre era igual, se casó muy viejo con usted.

—¿Y eso quieres? ¿Dejar a una familia sola por ser un anciano?

—Madre, es usted extremista.

—Menos mal que tu hermana no caerá en las garras de un mujeriego.

—Claro, ya que la comprometieron al nacer, con un desconocido.

—Es el hijo de un conde, son gente de bien.

—Claro, para comprometer a su hijo de casi ocho años con un bebé, claro que son gente de bien —dijo con sorna.

—Deja el sarcasmo, Arthur.

—No puedo, está en mi —replicó sonriendo.

Emma salió sigilosamente por la puerta de servicio y fue hasta Rain.

—No te ves mal, Rain, me preocupé mucho por ti, sabes que eres mi compañera, dime ¿qué te ha pasado?

La yegua relinchaba como contestándole.

—¿Es en serio? Pobre de ti, amiga, pronto estarás bien y saldremos a pasear por el parque.

El mozo resentido salió por la puerta trasera y vio a la bella damita. Max estaba teniendo la idea para su venganza, tantos años de servir en esa mansión y lo echaron como a un perro.

—Me voy, Rain, ya es hora. Adiós, amiga, te vengo a ver mañana.

—Lady Emma, ¿qué hace usted por aquí?

—Oh, señor Max, vine a ver a Rain, está lastimada y hoy no pude venir más temprano.

—¿Alguien sabe que está aquí?

—No, por eso ya me voy... hasta mañana.

—Usted no va a ninguna parte, milady —dijo tomándola de un brazo —, usted me dará unos gustitos primero, es usted una niña muy bella.

—¡Suélteme! ¿Qué dice, Max? ¿Qué está haciendo? Trabaja para nosotros.

—No más, milady, su hermano me lanzó a la calle como a un perro y ahora quiero mi venganza.

—¿De qué habla? ¡Suélteme!

—Voy a desgraciar a su familia por siempre.

Emma estaba pálida, acababa de entender perfectamente lo que el hombre quería, era muy inteligente.

—¡Usted no hará tal cosa! —espetó ella, y mordió la mano del mozo.

El hombre gruñó de dolor por la mordida.

—¡Maldita, me las pagarás!

Emma se echó a correr lo más rápido que pudo, pero él la alcanzó y entonces la golpeó en el rostro.

—¡Toma esto, ramera, ahora te haré mía!

—¡Auxilio, Arthur, madre! —gritaba desesperada.

—¡Cállate, perra, nadie te escuchará! —decía mientras la golpeaba y le rompía la ropa.

—¡No... por favor! —rogaba entre lágrimas, sangre y patadas.

—Claro que sí —profería el hombre con voz excitada.

Le abrió las piernas y le rasgó la ropa interior, lo iba a hacer. Se bajó el pantalón, pero en ese entonces sintió unas enormes manos en sus hombros que lo tiraron hacia un costado.

—¡Maldito desgraciado!, ¿qué estaba haciéndole?

—Nada, milord, ella es una puta.

—¡Ella es una niña, imbécil! —gritó Brandon mientras comenzaba a golpearlo.

Brandon había llegado justo a tiempo, escuchó los gritos desesperados de una mujer.

—Cuando se lo diga al duque, será hombre muerto —bramó dirigiéndose al mozo tirado casi inconsciente en el suelo.

—Milady, ¿está bien? —preguntó Brandon a Emma.

Ella no hablaba, sangraba por toda la cara y estaba muy asustada, incluso de Brandon.

—Milady, no le haré daño, cálmese... vayamos adentro —dijo llevándosela en brazos.

Él la llevó hasta la sala donde estaba lady Mabel.

—¿Emma? ¡Emma, hija! ¿Qué te ocurrió? —preguntó desesperada—, ¿qué le hizo, calavera desgraciado?

—¿Qué? Yo la rescate de un hombre que intentó violarla.

—¡Arthur, Arthur! —gritó llorando lady Mabel.

—¿Qué sucede, madre? ¿Brandon? ¡Emma, por Dios!, ¿qué te sucedió? —preguntó corriendo hacia ella.

—Max... —respondió a apenas.

—¡Maldito desgraciado! —gruñó Arthur, mientras iba a su biblioteca para traer su arma.

Al cabo de unos minutos, regresó aún muy alterado.

—¿Dónde está? —preguntó esperando la respuesta.

—En los establos —respondió Brandon—. ¿Qué vas a hacer?

—Simplemente lo mataré, nadie toca a mi hermana y vive para contarlo.

Arthur salió enfurecido y encontró a Max intentando levantarse.

—¡Ni siquiera lo intentes, infeliz!—advirtió, Arthur apuntando con su arma.

—Excelencia, perdóneme por favor.

—¡Jamás, eres hombre muerto! —contestó disparándole al pecho. Ese fue el fin del mozo, pero el comienzo de la triste y asustadiza existencia de Emma. Pese a no haber logrado su objetivo, la había asustado y dejado mal herida.

Se culpaba de lo que ocurrió por su belleza, pensaba que nunca más la mostraría, quizás otros hombres querrían lo mismo de ella.

No quería pasar por lo mismo.

—Lady Emma —dijo Brandon —, ¿se encuentra mejor?

Esa pregunta la sacó de sus pensamientos, ella lo miró y lo primero que pensó fue que era un hombre muy agraciado, caído del cielo, pero que debía ser como todos.

—Si —respondió sin mirarlo siquiera—, gracias, milord.

—Lord Brandon Waldow, soy su vecino, milady.

—Gracias por salvarme, de no ser por usted...

—No lo recuerde más...

—Emma, hija, vamos a tu habitación a curarte y cambiarte —interrumpió su madre.

—Sí, madre, y gracias otra vez por lo que hizo por mí, lord Brandon.

—No hay por qué, milady —respondió Brandon al ver que se alejaba la niña más hermosa que jamás había visto.

Capítulo 2

Emma lloraba en su cama, se sentía sucia pese a que Celia le había preparado dos baños en las últimas dos horas, se sentía asquerosa, sin ganas de nada; algo le había robado ese episodio de su vida. No fue su virtud, pero sí su confianza en los demás, sentía que todo se había perdido.

—¿Milady, se encuentra mejor?

—No, Celia, quédate a dormir conmigo por favor, no me dejes sola, debería haberte escuchado cuando me advertiste que no saliera, pero fui tan caprichosa que no te hice caso —se lamentaba Emma.

—Nada malo llegó a pasar gracias a milord, pero cuídese más, milady; una belleza como usted no puede andar sin supervisión mucho tiempo, es una tentación.

—Todo es culpa de esto que no he pedido —dijo mirándose al espejo—, la belleza... si fuera fea y gorda nadie se sentiría tentado.

—Usted no necesita tener que conquistar, milady, recuerde que ya tiene un prometido.

—Claro, alguien a quien no conozco ni me conoce, nunca sabremos si él me querrá por lo que soy o solo por la belleza.

—No piense así, venga y recuéstese en su cama, debe dormir y olvidar este episodio.

En la biblioteca, Arthur se encontraba con Brandon charlando sobre lo acontecido.

—No sé cómo pagarte que hayas salvado a mi hermana, su virtud está a salvo para su prometido —indicó Arthur con tono de alivio.

—¿Prometido? Pero si es una niña —replicó Brandon.

—No me mires a así, jamás la hubiera cedido en matrimonio desde su nacimiento, es algo que tiene que ver con unir familias y fortunas ¿lo sabes, verdad?

—Sí lo sé, es muy común que pase en nuestra sociedad.

—Brandon, tienes mi agradecimiento y mi amistad de por vida, lo que hiciste hoy no tiene nombre, evitaste su ruina; ella aún tiene un futuro brillante gracias a ti.

—No me lo agradezcas tanto, llegué en el momento adecuado e hice lo que me dictaba la conciencia.

—¿Entonces los libertinos tienen conciencia? —preguntó divertido Arthur.

—Para mi desgracia la tengo para algunas cosas y más para las damas en apuros —dijo mostrando una sonrisa ladina en el rostro.

—Menos mal, no me tengo que preocupar por Emma, no está en tu lista.

—Claro, lady Emma... —se quedó pensando— ella será la sensación en el debut en sociedad —afirmó Brandon con la mirada perdida.

Los días iban pasando, Emma se había encerrado en sí misma, estaba dejada y descuidada. Gracias a Dios al menos se bañaba, había perdido su brillo y su gracia, ya no quería ser bella, ya no sabía cómo sentirse así, se escondería de los hombres detrás de una máscara que no representaba lo que era por dentro y por fuera. No confiaba en los demás, no se sentía lista para salir al mundo, ¿cómo un evento pudo transformar su vida de esa forma?

Fue ganando peso, se había dejado estar completamente, quien la quisiera la amaría fea y gorda, vería en su interior y ya no su exterior, la belleza era una oscura maldición.

Lady Mabel, a medida que iban pasando los días, estaba más preocupada, la vitalidad y la belleza de su hija se iban perdiendo con celeridad.

—¡Mírate, Emma! ¿Qué te sucede? —preguntó su madre, la veía triste y decaída.

—Nada madre —respondió apática.

—No eres la misma de antes.

—Ni lo seré más, madre.

—Te estás abandonando, no compartes con nosotros, te pasas las fiestas en tu habitación comiendo como una cerda, no te arreglas ni nada. Eres la hija de un duque, compórtate de acuerdo a tu posición, ¿qué dirá tu prometido cuando te vea en este estado?

—Él no vendrá hasta mi debut madre, y lo que encuentre quizás no sea lo que espera, es una pena...

—Si sigues así es evidente que no va a ser lo que le hemos prometido —replicó su madre.

—¿La beldad de la temporada, no es así? Pues nadie jamás me verá como era, ya no quiero que me admiren —gruñó.

—Hija, estás aún dolida por lo que pasó, pero debes superarlo.

—Es fácil decirlo, esas manos asquerosas no recorrieron su cuerpo ni le rompieron la ropa y mucho menos la golpearon porque era atractiva y por venganza, madre —rememoró con rostro de asco.

—Emma, quiero lo mejor para ti...

—Si quiere lo mejor, madre, aléjese de mí, estoy bien sola.

—Emma, no me hables así.

—Perdóneme, pero ya no quiero seguir con esta conversación, madre.

Emma no estaba interesada en razonar con lady Mabel, su única opción era Arthur, quizás él podría convencerla, era su niña consentida.

—Arthur, Emma está matándome de la preocupación, está gorda y fea, debemos hacer algo...

—Ya la vi, madre, no sé que le está sucediendo, creo que tiene miedo.

—Ridiculeces, Arthur.

—No lo creo, madre, ella está mal, debemos ayudarla.

—¿Cómo si no se deja?

—Dejándola en paz, solo así.

Emma se acercó hasta la puerta del despacho de su hermano, escuchó como su madre y él discutían.

—Arthur, madre —interrumpió — saldré con Celia para hacerme unos vestidos nuevos, los que tengo ya no me quedan.

—Ven aquí, toma el dinero, hazte todos los que te gusten, no lo dudes —murmuró Arthur, dándole el dinero y un gran beso en la frente.

—Gracias Arthur, adiós madre —se despidió.

Camino a la modista Brandon y Bradley estaban bajando del carruaje, Emma creyó haber visto doble, no conocía mucho a los vecinos.

—¿Lord Waldow? —preguntó con ciertas dudas.

Ambos se giraron y respondieron al unísono.

—¿Sí?

—Creo que veo doble —sonrió confundida.

—No, milady, somos gemelos —respondió uno de ellos.

—¡Oh! Por compasión, ¿quién es lord Brandon?

—Soy yo, ¿y usted es? —preguntó sin reconocer a la damita.

—Soy lady Emma —respondió con vergüenza al no ser reconocida.

—¿Lady Emma? No la reconocí —comentó sorprendido.

—Claro que no me reconocerá, solo soy una sombra de lo que fui, pasé solo para agradecerle nuevamente lo que hizo por mí hace tiempo, y pedirle que no lo comente, por favor.

—Milady, no hace falta, jamás lo diría, le doy mi palabra.

—Gracias, hasta luego —se despidió incómoda ante la exhaustiva mirada del gemelo.

—Adiós, lady Emma —contestó observándola partir.

—¿Brandon, ahora te gustan las gordas y feas? —tentó su hermano.

—Ella no era así, algo anda mal.

—Creo que tú andas mal, tus gustos están bajando de nivel, espero no me confundan contigo.

—¡Idiota!, eres mi gemelo, claro que te confundirán conmigo.

—Tú eres mi gemelo.

—No... Yo nací primero, soy el futuro duque de Rutland, el título familiar es mío.

—Igual tengo un título y soy el preferido de madre y de Angeline.

—Créete eso, es porque te confunden conmigo.

Lady Emma llegó con Celia a la tienda de la señora Polett, la anciana modista de Londres.

—Buen día, señora Polett, quisiera encargar unos vestidos.

—Tengo muchos pedidos, niña, no te reconozco como una de mis clientas.

—Soy lady Emma de Lancaster.

—¿Qué? ¿Es una broma? Ella es delgada y...

—¿Hermosa, verdad? Las cosas cambian a veces, señora Polett, tome mis nuevas medidas por

favor.

—Sí, milady —Obedeció la anciana.

Después de encargar los vestidos y salir nuevamente a las calles, se enfrentó a su nueva realidad, todos la miraban con desprecio por no ser como ellos, escuchaba a las señoras hablar.

—¿Quién es esa? Está gorda y fea.

—Tan joven y no deja los pasteles.

—¡Que niña más desagradable!

—Mira hija, si comes muchos pasteles terminarás así.

Esa sería su nueva vida, debía acostumbrarse a esas dolorosas palabras.

Capítulo 3

Londres, 1840.

Una nueva temporada se llevaría a cabo en Londres, todas las damas casaderas andaban como locas en las modistas, había tanto trabajo, tantas cosas que hacer para los demás, menos para ella, pensaba Emma. En esos tres años se había estirado un poco más, pero, ya no era gorda, estaba rellena, lo que las otras damas llamaban el buen vivir.

Emma no se arreglaba ni se maquillaba, era sosa y aburrida, sus vestidos grises, marrones y otros colores funestos, como los llamaba lady Mabel, estaban en su armario, el cuello alto y las mangas largas eran mata pasiones, sin duda alguna; no era en extremo fea, pero no era para nada atractiva.

—Milady, ésta es su temporada, debe conocer a su prometido —contaba Celia arreglando vestidos.

—¡Oh sí, claro! salto en una pata de la emoción por conocer a... —quedó callada— ¿cómo se llamaba?

—Lord Clark Mottengarden, conde de Dudley.

—Claro, seguro es horrible como yo... haremos una buena pareja.

—No es lo que dicen, milady, su prometido dicen que es un hombre de lo más atractivo que existe.

—Es una lástima, no creo que nos gustemos —bromeó.

—¿Milady, qué le hago en su pelo?

—Solo hazme una cola y listo.

—Pero, milady, le he dicho que eso no le sienta para nada —cuestionó la doncella.

—Celia, lo uso hace años, solo sigue mis instrucciones, no me importa si me queda o no, debemos ir a recoger los vestidos que he encargado para conocer a mi prometido y también para mi debut.

—Está bien, milady —refunfuñó.

—¡Y no lo hagas de mala gana, Celia!

—Bueno —respondió con una falsa sonrisa.

Ambas mujeres salieron a las calles de Londres repletas de damas y de caballeros que coqueteaban entre ellos, todos habían regresado para la temporada, nadie quería perderse ninguno de los acontecimientos como nuevos escándalos, beldades, calaveras y otras cosas que

atraían la atención de la aristocracia.

—Madre mataría por verme coqueteando o vistiendo como algunas mujeres, Celia —afirmó Emma.

—Y, le haría bien un cambio, milady.

—¿Desde cuándo te has vuelto contestadora, Celia?

—Milady, usted únicamente habla conmigo, no habla con su madre ni con su hermano, no tiene amigos, ¿alguna otra cosa?

—Oh sí, te necesito, Celia, muero por ti —ironizó agarrándose el pecho.

—No se burle, milady, sabe que es verdad.

Lo que decía Celia era más que la verdad, Emma se había aislado, no quería ver a nadie ni que la vieran, salía lo justo y necesario.

Incluso no hablaba mucho con lord Brandon, que siempre era tan amable y apuesto, a ella le encantaban sus atenciones, pero sabía que eran solo por educación. Además no se permitió pensar en él por su estado, en el que ella misma se había metido muy a su pesar de vez en cuando.

—Celia, pareces mi conciencia, no quiero escucharte más, gracias a Dios hemos llegado —dijo entrando a la tienda —, señora Polett, ¿cómo esta?

—Lo mejor que me permite la edad, milady, ¿viene por sus vestidos?

—En efecto.

—Milady, no acostumbro a hacer esta clase de vestidos, son demasiado...

—¿Horribles para cualquier dama que se ame? Eso no me interesa, pago por lo que pido —respondió cortante.

Con el tiempo Emma también se había vuelto grosera y prepotente.

—Si, milady, pero déjeme decirle que yo sé el potencial que tiene usted.

—¿Potencial?

—Sí, de belleza.

—Esa palabra desapareció de mi diccionario hace un buen tiempo, le ruego que agilice mi pedido —sugirió incómoda.

—Sí, milady.

Al retirar los vestidos supo que la observaban en la calle. Siempre que salía tenía ese complejo que tendía a ignorar, pero esta vez no pudo; un joven alto y guapo, de unos 28 años, la observaba atentamente, no pudo evitar sentirse admirada, hasta el punto que perdió el pie y cayó al piso.

Un hombre fue corriendo a levantarla del suelo.

—Tenga más cuidado, lady Emma —susurró una voz conocida.

—¿Lord Brandon? —preguntó observando su altura y cuerpo completo, esos ojos hermosos eran inconfundibles.

—Si, milady, no tema confundirme con Bradley.

—Es que, ya sabe, son gemelos —alegó.

—Sí, pero soy el más guapo —bromeó Brandon.

—Son iguales —rió ante la broma.

—Fíjese en las diferencias, milady, soy el más inteligente.

—Es usted muy simpático, lord Brandon.

—Me encanta sacarle una sonrisa —dijo en tono coqueto.

—Es muy amable, no siempre tengo la amabilidad de la gente —contó con cierta tristeza.

—Es porque no deja que la conozcan.

—A nadie tiene por qué interesarle nada de mí, más que soy asquerosamente rica y mi dote es escandalosa.

—Su prometido se lleva una joya.

—Claro —dijo burlona —. Me retiro, milord, hasta luego.

—Hasta luego, lady Emma.

El hombre guapo observaba la escena extrañado de que ese aristócrata tan refinado hubiera tratado tan amablemente a la horrenda y rechoncha mujer que había caído al piso, y también la forma tan cariñosa como la miró. Era muy extraño, se notaba que al hombre no podían faltarle mujeres, y mujeres bellas de verdad.

Brandon se quedó pensando en ella y en su sufrimiento, sentía cierta empatía, conocía que tenía un corazón enorme y noble, solo su nefasta forma de dejarse estar era un problema para ser aceptada en la sociedad. ¿Qué diría de ella su prometido cuando la viera? ¿Se quedaría a su lado tratando de conocer su corazón?

Al llegar nuevamente a su casa, Emma se encontró con su madre.

—¿De nuevo traes porquerías a esta casa, Emma?

—Madre —dijo enojada —, no son porquerías, son mis vestidos.

—No sé cómo la señora Polett puede confeccionar ese tipo de trapos tan horribles, no te favorecen.

—Madre, no me interesa —respondió con indiferencia.

—A mi sí y me vas a escuchar, mañana viene tu prometido y deberás, por lo menos, arreglarte para conocerlo.

—Me presentaré como soy, si me ama se casará conmigo y si no, bueno madre, no vale la pena.

—¿Qué te estás haciendo, Emma? —preguntó su madre llorando por la preocupación.

—Madre, por favor... —intentó acercarse Emma, pero lady Mabel ya no estaba.

Le preocupaba el futuro de su hija, ¿y si el conde la rechazaba? ¿Qué sería de ella?

—Celia, mi madre está exagerando sobre lo que está pasando, quizás ese conde tenga el corazón dulce —explicó esperanzada, Emma.

—Dios quiera y sea igual que su apariencia.

—Y otra vez con eso, no siempre ser hermosa es tener el alma hermosa también.

—Es muy cierto, pero conocí a alguien así.

—No me digas que soy yo, o lo que era.

—Sí, milady, era usted.

—Ya basta, Celia, prepárame el baño y pásame un libro por favor.

—Sí, milady.

Todos se empeñaban en que ella regresará a lo que era, una bella joven con un prometedor futuro, pero eso no estaba en sus planes; ella ya no se veía como esa joven bella y segura, sino como una niña escondida detrás de una roca para que nadie la viera. Lo malo era que conseguía el efecto adverso, la miraban, pero para hablar mal de ella y de lo horrible que estaba. Comenzaba a tener miedo de su presentación, sería una vergüenza, su madre moriría y su hermano, quizás, no conseguiría casarse jamás teniendo una hermana horrenda.

Sus miedos la estuvieron persiguiendo constantemente, hasta que por fin llegó la noche y se durmió.

Capítulo 4

—¡Dios, qué horrenda mujer! — exclamó Clark, mientras caminaba por la calle con su amigo Dylan.

—Cayó al piso por estarte mirando —insinuó Dylan.

—Me dio asco, sabes que no tengo esos gustos, mis gustos son muy refinados.

—Sí, lo sabemos, pero debes reformarte; tu prometida te espera mañana.

—No me lo recuerdes —negó con la cabeza el hermoso Clark Mottengarden. Tenía los ojos azules y cabellos marrones tirando al rubio, era alto, casi de 1,80 metros, conservado y arrebatador.

—Quién sabe como sea —dudó Dylan.

—Si no fuera porque hice una probable mala inversión habría roto el compromiso hace tiempo, pero lady Emma es exorbitantemente rica, y su dote es inmensa.

—Hablas como todo un cazafortunas.

—En este instante lo soy, dentro de unos meses sabré si mi inversión fue rentable, invertí casi todo lo que tenía; si algo sale mal, madre y yo estaremos prácticamente en la calle.

—Pero casi ya tienes todo asegurado con tu multimillonaria prometida, ¿no te llama la atención su dote?

—¿Qué tiene? —preguntó Clark con tranquilidad—. Puede que sea porque quieren que vaya bien casada.

—¿O porque se parece a la cerda de dos patas? —predijo malicioso Dylan.

—¡Que la boca se te haga chicharrón! Si me pidiera un beso le vomitaría en la cara.

—Eres cruel, ni por más gorda que sea se merecería algo así.

—Realmente huiría, no aguantaría algo así, no soy tan malo.

—Ya mañana verás cómo te irá en su casa, con su familia.

—No serán mala gente, pero no quiero llevarme mal porque ellos me arruinarían la vida en un chasquido de dedos.

—Lo bueno de ser poderoso es eso, dime ¿qué harás con tu bella amante Marie?

—La conservaré, no la dejaré ir por el momento, necesito una distracción todo el tiempo que pueda.

Clark mantenía una relación secreta con una dama de cuna noble desde hacía un buen tiempo, desde que volvió a Londres. Después de despedirse de Dylan, llegó a su casa y su madre lo

recibió gustosa.

—¡Hijo mío!, ¿a qué hora saliste? Quería desayunar contigo y no te encontré.

—En realidad, madre, estoy llegando, salí ayer por la noche y ahora, si me disculpa, me voy a mi habitación.

—¡Por supuesto, señor conde de la noche! ¿Qué crees estar haciendo, Clark? Tienes una prometida, deja a las mujeres de mala vida a un lado.

—Madre, no me grite y deje esta canción que me la conozco desde que nací, no deja de decirme «tu prometida esto y aquello», me tiene cansado. Soy mayor, hago lo que quiero, ustedes decidieron casarme y como usted tiene palabra yo no puedo romper el compromiso por el honor de esta familia, esto es ridículo, no discutiré más por este mismo tema.

—Quizás te guste.

—¿Y si no?

—Tendrás que aguantar.

—Una vida atado al lado de alguien que ni siquiera, quizás, llegue agradarme alguna vez —gruñó por lo bajo completamente disconforme con su destino.

—Vete ya de mi vista, Clark.

—Eso intento, si dejara de interrumpir cada vez que me voy ya dejaría de ver mi cara —respondió con sorna.

—¡Fuera! —gritó su madre enfadada.

—Que tenga buen día, madre —dijo retirándose a su habitación.

Estaba harto de los reclamos de su madre sobre su vida de excesos y mujeres, era su única salida al vacío que tenía su existencia. Su padre había muerto después de que arreglaran el compromiso con los Mcbean, y él casi no tuvo infancia por encargarse del legado que le había dejado su padre. Su madre había hecho gran parte del trabajo al contratar administradores hasta que él cumpliera la mayoría de edad y pudiera dirigir el patrimonio.

En los últimos meses había invertido en un negocio que, si resultaba, duplicaría su patrimonio, pero si no, lo dejaría en la calle. En el riesgo estaba la ganancia, decía para sí.

***

Brandon estaba en su casa con su familia, una gran y hermosa familia.

—¿Madre, puede calmarse cinco minutos? —preguntó Bradley— Me está poniendo nervioso.

—¡Pequeño mocoso arrogante! ¿Cómo le hablas así a tu madre? nueve meses de sufrir por ti... —replicó ofendida Darline.

—Madre, sería por nosotros, recuerde que tengo un gemelo.

—¡No me desafíes Bradley Waldow, soy muy buena contigo!

—La amo, madre —dijo con cariño.

—Eres un adulador como tu padre.

—Madre, nuestro padre la babea en las faldas —bromeó Brandon.

—¡Brandon! ¿Cómo dices esas cosas? —exclamó avergonzada la duquesa.

—Sabemos que se aman, madre, no debe darle vergüenza —respondió Brandon.

—Cuidado de como hablan frente a su hermana, Angeline está a punto de casarse con Daniel, los preparativos me están enloqueciendo. Esther esta igual, son demasiadas cosas para nuestros hijos —expresó Darline con ansiedad.

—¿De qué hablan, familia? —preguntó Alen al entrar en la sala.

—De la inminente boda de la estrellita de la casa, padre —respondió burlón Brandon.

—Darline, querida ¿no será este niño adoptado?

—No lo creo, es una copia tuya, Alen —contestó Darline con una sonrisa.

—A esa edad, querida, yo estaba metido en el ducado de Malborough, lo acababa de heredar y me fui a Escocia. Era un hombre ocupado en negocios, no como estos vagos que se la pasan bajo las faldas de jovencitas de dudosa reputación —replicó Alen mirando a sus hijos.

—Claro, padre, usted habrá sido célibe —dijo Brandon con tono irónico.

—No, pero me comportaba y nadie decía que era un calavera, las matronas no escondían a sus hijas de mí como pasa con ustedes. Deben reformarse —insistió el duque.

—¿Como tío Brent? —preguntó Bradley.

—Él es un dominado —respondió Alen.

—Después que murió nuestra tía, Violet lo domina —aseguró Bradley.

—¿Dónde está Angeline? —preguntó Alen, cortando el asunto.

—Acaba de subir contemplando una carta de Daniel, sabes que está de viaje y le escribe cartas casi a diario —respondió Darline.

—Todo un Don Juan, Alfred y Esther vendrán la próxima semana para arreglar los últimos detalles de la boda —contó Alen.

—¿Dónde se quedarán?

—En su mansión, querida.

—Lo había olvidado, pensé que debía prepararles una habitación —dijo Darline aliviada.

—No, querida, pero ¿qué tal si vamos a la nuestra? Tengo algo que puede gustarte —soltó Alen con un guiño a su esposa.

Los gemelos miraron asqueados a su padre.

—Adiós, adoptados —bromeó su padre llevándose a Darline en medio de pícaras sonrisa.

—Vamos por Stephen para salir esta noche —sugirió Bradley.

—Ve tú, yo visitaré a Arthur.

—¿A Arthur o a la gordita? —tentó Bradley.

—Más respeto, Bradley, ella es una dama.

—Mejor me voy antes de que te vuelvas loco y sentimental.

—Ya vete, pareces mi sombra...

Bradley ya se iba, pero no podía dejar de tentar la poca paciencia de su hermano gemelo.

—Ojalá que cuando me enamore no tenga esa cara de tonto —masculló mientras salía rápidamente.

—¡Vete! —gritó Brandon arrojándole uno de los adornos de su madre.

—¡Brandon Waldow, estás en un problema! —gruñó su madre apareciendo por las escaleras.

—¡Lo que me faltaba! —lamentó Brandon.

—¡Me conseguirás uno igual, malcriado! —decía Darline entre sonrisas —basta Alen, estoy regañándolo.

—¡Por favor! —masculló Brandon abandonando la casa, no iba a quedarse a ver qué hacían sus padres.

—¿Ya se fue? —preguntó Alen.

—Sí, cariño, misión cumplida; ahora vamos a tomar un poco de té, aunque pensé que me mostrarías «algo».

—Ese «algo» va a ser después de mi té, mi amor.

—¡Eres un bribón! —exclamó sonriendo Darline.

***

Brandon llegó a la casa de los Mcbean, tocó la puerta y pidió al mayordomo ver a Arthur.

—Adelante, pase, milord, le aviso al duque que usted está aquí.

—Claro —respondió dudoso—, emmm...

—¿Se le ofrece algo más, milord?

—¿Lady Emma se encuentra?

—Se encuentra durmiendo, milord, no es de estar despierta hasta tan altas horas —respondió el mayordomo.

El hombre lo hizo pasar al despacho de Arthur.

—¡Brandon! Qué sorpresa, no te esperaba.

—Quería salir de mi casa, es un loquerío, ya sabes que Angeline se casa pronto.

—Tu bella hermana, se me escapó —lamentó burlón.

—Nunca tuviste oportunidad, fue prácticamente algo arreglado, pero con la suerte de que están locos el uno por el otro.

—Esa es una desventaja grande.

—¿Cómo está tu hermana?

—Bien, todo lo que le permite su estado anímico.

—Hoy me la encontré en la calle, iba muy distraída.

—Mañana conocerá a su prometido, veremos cómo le va —comentó preocupado Arthur.

—¿Qué piensas?

—¿Quieres que te sea sincero?

—Claro.

—El conde huirá, es un mujeriego, rodeado de mujeres hermosas siempre, pero puedo manipularlo.

Brandon frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Está en una, digámosle, «falsa mala situación económica»

—No entiendo —expresó Brandon.

—Invirtió todo su dinero en un negocio rentable, que yo estoy dilatando porque en realidad está enriqueciéndose bastante.

—¿Por qué lo haces?

—Para que crea que está en la ruina y no dude en casarse con Emma —explicó Arthur.

—Eres despiadado, Arthur —dijo incrédulo por semejante bajeza.

—Es el futuro de mi hermana, si ese hombre no se comporta lo dejaré en la calle —justificó.

—A Emma no le va a agradar esto.

—No se va a enterar, si tú no le dices.

—Todo sea por su felicidad —dijo al fin triste Brandon, sería partícipe sin querer de un acto bajo de chantaje.

Capítulo 5

Brandon estaba triste y no sabía por qué, Emma era dulce, no importaba su apariencia.

Su hermano literalmente la estaba ofreciendo, o mejor dicho, comprando un marido por medio del chantaje.

Mañana sería un día decisivo para su felicidad o infelicidad ¿sería Emma capaz de soportar un desaire más en su vida?

Al día siguiente, en casa de Emma, su madre estaba enloquecida, el prometido de su hija llegaría y ella parecía sacada de un libro de terror.

—¡¿Qué es este trapo, Emma Charlotte Mcbean?! —exclamó su madre con enojo— No es digno de nadie usar este tipo de porquerías.

—Es mi vestido, madre ¿no le gusta cómo me queda? —preguntó con sorna.

—No, es horrible... y ese cabello... es... es...

—¿Es qué, madre?

—Celia, ve a traer las tijeras del jardinero, voy a pelar la cabeza de esta niña, no comprende que es horrible.

—A mí me gusta como se ve —justificó.

—¿Por qué mejor no me matas ya, Emma? No soporto todos estos disgustos que me haces pasar; arréglate, tu prometido no tardará en venir —alegó su madre.

—Ya se lo dije, madre, me amará por lo que soy.

—La belleza te ayudaría mucho, hija. Entiende, al hombre lo conquistas también por los ojos.

—La belleza no sirve para nada, madre, solo para atraer el mal.

—Emma, por favor, no te castigues así, no fue tu culpa lo que pasó.

—Si no hubiera sido tan estirada y arrogante hoy estaría de otra forma, pero ya no puedo dar vuelta atrás.

—Hija, puedes hacer un esfuerzo por recuperarte, por ser esa Emma llena de seguridad que antes eras.

—No, madre, ella no volverá.

—Es inútil discutir contigo, arréglate lo mejor que puedas, no salgas como un estropajo.

—Haremos lo posible, ¿verdad, Celia?

—Claro, milady.

—Está bien, las espero en una hora abajo.

Lady Mabel salió de la habitación rumbo a la biblioteca, para hablar con Arthur nuevamente, no podía ver el panorama de manera más oscura de la que lo veía.

—¡Arthur, estoy preocupada!

—Emma, ¿no es así?

—Esa niña me llevará a la tumba, Arthur, tengo miedo de que su prometido la rechace —exageró su madre.

—Ten por seguro que lo hará, madre.

—¡No me digas esas cosas, que me siento peor!

—Pero no se preocupe, madre, tengo a Clark donde quiero, si no se casa con Emma, lo arruinaré —consoló Arthur.

—¿Pero qué dices, Arthur?

—Clark invirtió todo su patrimonio en uno de mis negocios, lo tengo en mi mano, y como sabrás mi negocio es rentable. Él es más rico hoy que ayer, pero no lo va a saber porque retendré esa riqueza.

—¿Chantaje?

—Haría cualquier cosa por Emma, madre, y lo sabe perfectamente, ella es mi prioridad —argumentó Arthur para cometer aquel acto.

—¡Gracias por amar tanto a tu hermana, es demasiado mimada por ti, en algún momento debes conseguirte una esposa!

—No se vaya por las ramas, madre, ese tema esta gastado entre nosotros.

—Por hoy no te reclamaré, pues mejoraste notablemente mi humor.

—Bien, vaya para ver que nada falte, madre, no queremos que Clark tenga una mala impresión de nosotros —dijo con sorna.

***

—¡Madre, usted no puede hacerme esto, no voy a aparecer solo en casa de lady Emma!

—Hijo... —decía lady Ana mientras tosía— no... puedo... ir... así... estoy enferma.

—Ayer no estaba así —expresó Clark, sospechaba que su madre lo estaba engañando.

—Seguro es el disgusto... que me das, tengo un pie... en la tumba gracias a ti —seguía con la tos.

—¡Por favor, madre, es una exagerada!

—Anda... ve sin... mí que se... te va a hacer tarde... para... conocerla.

—Siento que voy a arrepentirme toda la vida de ir a esa casa.

—No digas idioteces —dijo su madre olvidando la tos.

—Eso ya le salió mejor, madre, deje de fingir que está enferma.

—Lo estoy, vete ya.

—¡Adiós, si no vuelvo ya sabe por qué...! ¡Huí!

Clark salió de la habitación de su madre, que había solo exagerado un poco la tos que tenía.

—¡Maxwell!

—Diga, milady.

—Trae un té y unas galletas, pásame ese libro que está en la mesita por favor —pidió la condesa.

—Sí, milady ¿el conde se lo creyó?

—No, pero por lo menos no fui, no quiero que se lleve el susto de su vida y que quiera asesinarme públicamente.

—Se lo dije, milady, lady Emma es una mujer muy fea.

—No creí que hubiera cambiado tanto, era una niña preciosa.

—Las personas cambian con el tiempo, en este caso para mal.

—Lo siento por mi hijo, pero somos familia de palabra y debemos cumplir.

Lady Ana había visto a Emma en la modista ayer y no había podido creer lo que vio. Era desagradable a los ojos, pero tenía la mirada tan triste, algo le hacía mal. Observaba a la gente como diciéndoles si no tenían nada mejor que hacer que mirar a una gorda.

Ella sufría, y probablemente sufriría más, Clark jamás se casaría con ella. Él amaba la belleza de las mujeres, era prioridad, y eso es lo que le faltaba a su futura esposa.

Lady Ana era consciente de que no podría huir mucho tiempo para evitar los reclamos de su hijo; claro, debidamente justificados ante semejante error.

Clark fue a la biblioteca, agarró la botella de brandy, se sirvió y luego se bebió un trago tras otro.

—¡Por el coraje y el valor, vamos Clark, no seas negativo! ¿Qué tan malo puede llegar a ser tener a lady Emma como esposa? —se preguntó.

***

—¿Celia, cómo crees que me veo?

Celia la miraba sin saber qué responder, si respondía que se veía bien, le iría mal, y si respondía que se veía mal de todas formas le iría mal.

—¡Celia, habla!

—No me gusta su vestido, milady, es un trapo horrible.

El vestido de Emma era granate, con volados en el cuello, de cuello alto y de mangas largas, la hacía ver de 120 años, además de que le apretaba en las «áreas incorrectas», y resaltaba su «buen comer».

—A mí me agrada, no muestra nada de carne.

—Milady, de hecho muestra más que carne —resaltó irónica su doncella.

—Termina de arreglarme el cabello, hazme un rodete estirado y unos rizos al frente —ordenó enojada.

—Milady, no le favorecen los rizos en la frente, su cara se ve más...

—Redonda... esa es la idea, no quiero dar una imagen errada de lo que soy.

—La está dando escondiéndose detrás de esto.

—¡Basta, Celia! Si continuas en ese plan le pediré a mi hermano que te eche, sabes que él cumple todo lo que le pido —dijo caprichosa Emma.

—Si, milady, disculpe.

—Calladita estás mejor.

Nadie comprendía el empeño que tenía Emma por verse tan mal, podía ser gorda, pero bonita. Ella insistía en colocarse cosas que no la favorecían, cosas que creía le darían seguridad, pero que con el tiempo se convertirían en su enemigo.

Emma bajó las escaleras y su madre la miró como la miraban todos, con desagrado y desaprobación.

—¡Oh, por Dios, no hay cosa que pueda retener a ese hombre a tu lado! —exclamó su madre con tristeza.

Emma ignoró su comentario y se dirigió al hombre que cumplía todos sus caprichos.

—Estoy muy bonita, Arthur, ¿no crees?

—¿Quieres la opinión de la persona que te ama o de la persona objetiva? —preguntó intentando no responder.

—Mejor cállate.

—Es lo mejor —afirmó Arthur desinteresado.

La puerta sonó y todos se giraron para que ver quienes venían, sabía que debían ser el conde de Dudley y su madre.

El mayordomo abrió la puerta y anunció:

—El conde de Dudley, por favor, pase.

Emma lo vio y recordó que aquel era el hombre que ella había estado mirando al caminar por la calle, verlo a él la hizo tropezar, no podía creer que aquel era su prometido. ¡Maldición! ¿Qué había hecho? ¡Ella estaba horrible y él era tan agraciado!

El conde había quedado sin habla, era la gorda horrenda, y estaba aun mas horrenda que ayer, algo había hecho mal en su vida anterior para haber caído tan bajo.

No podía ser mal educado, eran muy influyentes.

—Buenas noches, excelencia, lady Lancaster y... ¿lady Emma? —preguntó incrédulo.

—Buenas noches, milord —respondió Emma nerviosa.

Clark había notado que lo único lindo de Emma era su voz dulce y melodiosa.

—Es un... muy agradable conocerla —dijo nervioso Clark, sabiendo que mentía mientras los otros lo miraban como compadeciéndose de él.

—¿Y su madre, milord? —preguntó la duquesa.

—Ha enfermado... repentinamente... —respondió y se quedó pensando.

¡Su madre lo sabía! Clark pensó en las mil maneras de matar a su madre, y lo haría de la

manera más cruel, la asesinaría, cortaría su cuerpo y se lo daría a los cerdos que probablemente eran primos de su prometida.

Capítulo 6

—Pasemos a la mesa, milord —sugirió lady Mabel agarrando a Arthur—. Usted, acompañe a Emma.

—Claro —obedeció dudoso el conde —, ¿me acompaña?

—Encantada, milord —respondió tomando gustosa el brazo que él le ofrecía.

Emma estaba deslumbrada por los modales de Clark y por su belleza.

Durante la cena muy pocas palabras se dijeron, Clark esperaba que Emma se revolcara como una cerda en su comida, pero eso no ocurrió. Ella apenas probaba bocados pequeños, tenía unos modales excelentes, si fuera diferente quizás hasta tendría gracia.

—¿Y díganos, lord Mottengarden, cómo van sus negocios? —preguntó Arthur para romper el sepulcral silencio.

—He estado realizando unas cuantas inversiones, esperemos que den buenos frutos pronto —comentó, y bebió un trago de su copa de vino.

—Usted no tiene que preocuparse tanto por eso, la dote de mi hija es más que una fortuna aparte de la herencia que tendrá —manifestó lady Mabel.

—Lo entiendo, milady, pero no me gustaría depender de eso —afirmó con modestia, ya entendía el porqué de la poderosa y atractiva dote de Emma, el dinero compensaría lo que el cuerpo no podía, Dylan tenía razón.

—No sea modesto, pronto seremos familia —anunció feliz lady Mabel.

Clark solo pudo sonreír nervioso ante la afirmación de la duquesa.

Terminaron la cena y pasaron a la sala para continuar charlando, Emma prácticamente no hablaba, estaba cohibida por el atractivo de su prometido, solo pensaba en que si él la amaría siendo como era.

Él se portaba amable y atento, no había salido corriendo al verla sabiendo lo mal que lucía aquello, era un avance. Al parecer, el hombre no se dejaba llevar tanto por las apariencias.

Clark estaba a punto de levantarse e irse, no podía ser tan maleducado, pero no podía soportarlo más. Era fea, indecentemente fea, pensaba que si volvía dirigirle la palabra le diría sus verdades.

Creía que sufriría un trauma por estar mucho a tiempo ahí, no entendía porque lady Emma era horrible. La madre era hermosa y el hermano todo un galán, pero ella, no tenía palabras, se veía dulce y buena aunque eso no era un aliciente para casarse con ella. Definitivamente, jamás

lograría tener herederos si se casaba con aquella mujer; para tener herederos debían tener sexo, pero eso no sucedería, esa mujer no era capaz de encender su libido.

—Creo que ya es hora de que me retire —pronunció el conde —, mi madre está mal de la gripe y como sabrán solo me tiene a mí.

—Claro, lord Mottengarden, le recuerdo que usted ya puede empezar a visitar a Emma para conocerse mejor —sugirió la duquesa.

—Muy pronto sabrán de mí nuevamente —replicó sin mirar a Emma.

—Esperaré sus visitas —declaró Emma en un tono muy bajo y temeroso.

—Hasta luego —se despidió Clark, y abandonó aquel lugar. Iba a quedar huérfano porque mataría a su madre.

Clark llegó a la casa como alma que lleva el diablo, encontró a su madre en la sala, esperándolo.

—¡Usted, diabólica mujer, no creo que sea mi madre! —reclamó señalándola.

—¿Ya la viste?

—¿Ya la viste? —dijo imitando el tono de su madre— ¿Que si la vi? ¡Claro que la vi! Pensé que me mordería un brazo la muy...

—No sé qué decir... —alegó su madre.

—¿Usted no sabe? ¡Yo menos sabía que decir!, casi me da un infarto al ver a esa... Esa cosa frente a mí... y usted... ¡Lo sabía, víbora! Se escondió en esta casa.

—No puedo mentir, tenía miedo de tu ira en público.

—Soy educado, madre, pero la educación casi se me fue cuando me tocó esa mujer, no podría casarme con ella nunca.

—Entonces no lo hagas, yo la vi y sé que serías infeliz a su lado, no es tu tipo, y no te obligaré a cumplir con un compromiso así.

—¡Por fin vi la claridad y la salvación! No esperaba menos de usted, madre —dijo burlándose —. Claro que de ninguna forma voy a casarme con ella, no me condenaré a su lado.

—¿Cuándo romperás el compromiso?

—Mañana mismo, madrugaré para eso, soy el más interesado en que esa unión no se realice.

—Verte madrugar será todo un espectáculo.

—Pues guarde los mejores lugares para el espectáculo.

Emma estaba enloquecida, era el hombre de sus sueños, amable, caballeroso, guapo y varonil, despertaba todas las cosas que tenía por dentro.

—Celia, tenías razón es... no tengo palabras, es deslumbrante.

—Se lo dije, milady, usted se la pasa regañándome, sin hacerme caso.

—Perdóname, Celia, mañana voy a arreglarme mejor, dejaré que tú lo hagas.

—Haremos lo que podamos con lo que tenemos, milady.

—No quiero que me desprecie por fea.

—Eso no le interesaba hasta hace dos horas.

—La gente cambia de opinión, y más cuando un hombre tan guapo es el prometido.

—Menos mal, ha entrado en razón.

—Creo que más bien perdí la razón —expresó sonriendo.

Emma al parecer había caído en lo que todo el tiempo estaba tratando de ignorar: la belleza. Clark, conde de Dudley, le había entrado por los ojos, estaba deslumbrada con su físico y con su educación. Ella quería que la amaran por lo que era, pero ella ¿qué estaba haciendo?

A medida que pasaba la noche, más impaciente estaba Brandon pensando en cómo le habría ido a Emma, no entendía el porqué de su preocupación, quizás el buen corazón de la joven le preocupaba, pues no creía que existiera otra razón. Ella era demasiado amable, dulce, inteligente, un sinfín de virtudes de carácter, pero que físicamente asesinaba cualquier tipo de pasión.

—Brandon —interrumpió Bradley.

—Dime...

—Estás raro, y no me digas que no es así, somos gemelos y siento tu inquietud.

—¿No puedo engañarte, verdad?

—¿Es por lady gordita?

—No la llames así, es una dama.

—Será todo lo que quieras, pero mis ojos no me mienten.

—¿Mejor por qué no te vas? —preguntó cansino.

—Vine a consolarte.

—No... tú viniste a burlarte y no a consolarme, además ¿consolarme por qué?

—Porque la gordita ya conoció a su prometido y yo también lo conozco, y sé perfectamente que ella no es del tipo para Clark Mottengarden, pero habrá quedado deslumbrada por él.

—Eso no es de mi incumbencia, solo me preocupa que trato le den, no quisiera que nadie la trate mal; desde que la salvé, quiero protegerla.

—¿La salvaste? ¿De qué?

—Es un secreto, no voy a faltar a mi palabra.

—Mmm... ¿Conque eso es lo que te ata a ella? La posibilidad de que sufra. Y déjame decirte que sus probabilidades de sufrir son inminentes.

—Gracias, ¿sabes cuánto me tranquilizan tus palabras, Bradley?

—No creo que mucho.

—Bien. Creo que has cumplido con tu «obligación» de hermano al preocuparte por mí, pero igualmente, gracias por nada.

—Muy bien, pero a lo que vine, vamos a salir con Stephen ¿vienes? —preguntó levantándose de la silla.

—Ya me voy a dormir.

—Dos días, Brandon, dos días que te estás volviendo raro.

—Adiós —fingió bostezar —, me da sueño tu reclamo.

—Que sueñes con los angelitos y que uno de ellos no caiga en tu cabeza por el peso.

—¡Basta...! ¡Adiós!

Bradley intentaba sacarle una sonrisa haciéndole chistes, no tenía mala intención, pero a veces él no estaba de humor, era el más serio de ellos.

Clark no podía dormir porque pensaba en la manera más sencilla para dar por terminado ese estúpido compromiso. Hablaría directamente con el duque de Lancaster, apelando al ser racional de su interior; y si se negara a romper el compromiso, simplemente se iría a Escocia, se escondería una vida si fuera necesario, pero no se casaría. Le daría vergüenza sacar a esa mujer por la calle a su lado, ¿qué dirían de él? Lo tildarían de un cazador de dotes, eso era lo peor.

—¿En qué problema me han metido mis padres? —murmuró intentando conciliar el sueño.

Capítulo 7

El conde se levantó tan temprano, incluso antes que la servidumbre, pero luego volvió a su habitación pues no había quien lo atendiera. Dos horas después ya pudo bajar para desayunar, estaba sentado leyendo el diario y comiendo una tostada.

—Cumpliste, tu interés por salir de ese compromiso es realmente grande.

—Buen día, madre, creo que mi interés por salir de ese compromiso es más que grande, ¡es enorme!

—Estás de buenas.

—Y quiero permanecer así —dijo mientras masticaba unos huevos revueltos—, espero que el duque de Lancaster acepte liberarme de tan mal matrimonio.

—Dios lo quiera, si eso te hace feliz.

—Eso me haría más que feliz, volvería a mi tranquila vida y mi madre dejaría de atormentarme con una prometida que ya no existirá. ¡Libertad! —gritó y se tomó de un sorbo el jugo.

—No dejaré de perseguirte, debes poner tu vida en orden.

—Ya está ordenada, me voy, no quiero perder más tiempo, me urge la libertad.

—Mucho éxito, hijo mío.

Clark tenía una enorme sonrisa en la cara al salir para romper ese compromiso. Ya pensaba en todo lo que haría: buscaría a la bella Marie y le haría el amor tantas veces que ella le pediría que parara, nada le haría cambiar de planes.

Unos minutos después, ya se encontraba en la casa del duque de Lancaster, tocó la puerta y el mayordomo salió a recibirlo.

—Quisiera hablar con su excelencia—pidió.

—Adelante, milord.

Arthur se encontraba desayunado solo, su madre tenía dolor de cabeza y Emma todavía no bajaba, él debía ir a atender sus negocios e inversiones con Brandon.

—Excelencia, lord Mottengarden lo busca.

—Entonces ha llegado el momento —afirmó levantándose de la mesa.

Arthur ya suponía que él venía a romper el compromiso. Sin embargo, no se imaginaba que fuera tan pronto y tan temprano.

—Llévalo a mi despacho —mandó Arthur.

—Como ordene, excelencia.

Entró a su despacho y Clark estaba mirando todo a su alrededor.

—Me suponía que usted vendría, no sabía que sería con tanta premura.

—No veo por qué la sorpresa —comentó sarcástico Clark..

—Sé por qué está aquí, quiere romper el compromiso con Emma.

—Es usted más que brillante, excelencia.

—¿Ni siquiera la conocerá? Ella es...

Clark lo cortó.

—Ella no es de mi agrado, es sencillo, me niego a casarme con su hermana.

—Quería hacerlo por las buenas, conde de Dudley pero me veré en la penosa necesidad de hacerlo por las malas; que conste, lo intenté.

—¿A qué se refiere? Usted de ninguna manera puede obligarme a casarme con ese...

—¡Más respeto! Supongo que es un caballero, Clark, y Emma es una dama, no siempre tuvo esa apariencia, ella era hermosa...

—Lo dijo bien, era... no sé en qué momento.

—Ya me cansé de sus insultos, se casará con ella y punto —aseveró Arthur.

—No lo haré, no me condenaré a la vergüenza eterna.

—Lo hará porque usted está en mis manos.

—No me haga reír... —dijo burlón Clark.

—Su patrimonio completo está en una de mis emprendimientos Clark ¿no es acaso un riesgo muy grande haber puesto esa cantidad en una inversión?

Clark dejó de reír, fue un golpe muy bajo.

—¿Qué... qué dice? —preguntó pálido.

—Ya ve que ahora podemos hablar —sonrió Arthur burlándose del rostro de Clark —, mi hermana es lo más importante para mí, y sencillamente usted va a cumplir con su promesa de casarse, si no quiere que los deje en la calle, a usted y a su madre. Lo haría sin compasión si usted vuelve a insinuar que quiere romper el compromiso —presionó el duque.

Clark estaba tan pasmado que no podía hablar.

—Hable, conde, ¿o será que ya ha decidido que no romperá?

—Es usted un miserable —replicó frustrado.

—No más que usted, todo sea porque mi hermana no sufra, vaya pensando en la boda, querido cuñado —ironizó Arthur

Emma bajaba las escaleras, el día se perfilaba hermoso para estar en el jardín.

—¿Y mi hermano? —preguntó al mayordomo.

—Está en la biblioteca con el conde de Dudley, milady.

—¡¿Es en serio?! —expresó con emoción.

El conde salió con cara de pocos amigos y se encontró con Emma.

—Lord Mottengarden —pronunció Emma—, ¿ha venido a visitarme?

Clark iba a contestar, pero Arthur lo hizo por él.

—Buen día, Emma, el conde estaba deseoso por conocerte mejor, vino a pedir un paseo por el jardín contigo. ¿No es así, milord?

—Milord, es usted tan galante.

—Claro —dijo con voz dudosa. Estaba acorralado, no tenía forma de deshacerse de ese compromiso, debía encontrar una solución para eso.

—Vamos, milord, vayamos a conocernos mejor.

Clark le ofreció el brazo mirando con odio al duque, lo tenía en sus manos y ahora tenía que aguantar a la horrenda prometida de la que no pudo liberarse.

—Claro, vayamos, milady.

Arthur tenía una sonrisa de triunfo en la cara, había asegurado el matrimonio de su hermana.

Ya en el jardín, ambos iban caminando mientras Emma le hablaba.

—¿Dígame, milord, de qué actividades disfruta usted? —preguntó con pasividad.

—No tengo muchas, milady, soy alguien bastante ocupado —respondió sin más.

—Ah, también es madrugador —opinó.

—No, milady, raras veces madrugo.

—¿Entonces lo hizo para venir a verme? —inquirió llena de ilusiones.

<<No, gorda infame>>, pensó Clark.

—Si, milady, más tarde tendré todo el día ocupado, buscando algunas soluciones a malas inversiones.

—Milord, ya no debe preocuparse, mi herencia es como para armar un nuevo país, nunca tendrá apuros.

—Milady, no se ofenda, pero no soy un cazafortunas, ni un aprovechado, he trabajado desde muy joven por mi patrimonio.

—Disculpe si me extralimité en mi comentario, milord, sé que usted es rico, pero solo quería hacerle saber que tiene mi apoyo para todo.

—Es muy amable de su parte, milady.

Clark veía que ella no era mala, pero sería la culpable de su infelicidad, debería jugársela un poco, divertirse a costillas de ella para vengarse de su hermano. Ya encontraría una forma de hacerlo.

Unos minutos después, Clark se despidió y dejó alucinando a Emma, con sus buenos modales y amabilidad.

Para ella, él era todo un caballero y suyo, buscaría la forma de enamorarlo, y para eso debía cambiar un poco.

—¡Celia, estoy tan contenta, el conde ha venido solo para dar una vuelta conmigo!

—Que bueno, milady —contestó Celia, que no estaba muy animada, pues había escuchado lo que el mayordomo contó en la cocina sobre la conversación entre el duque y el conde. Ese hombre odiaba a Emma y ella estaba enamorándose de él.

—No te veo muy animada por mí, Celia.

—Lo estoy, milady, solo que tengo un poco de cansancio, he estado haciendo modificaciones a sus vestidos para que luzcan mejor.

—Eres un verdadero genio, quiero que al conde le guste como soy, haré muchos esfuerzos por cambiar lo más que se pueda mi apariencia, eso ayudará a que él se enamore de mí.

—Usted se verá tan bella —la animó su doncella.

Abajo, Brandon había llegado junto a Arthur.

—Hoy vino Clark a romper el compromiso.

—¿Tan rápido? Son apenas las once.

—Pues creo que Clark estaba en la puerta desde las cinco de la mañana, su interés era la medida de su acción, quería romper con ella a toda costa.

—¿Y qué hiciste?

—Era casarse o perderlo todo.

—Espero que Emma no lo sepa.

—También lo espero, ella está muy animada con él.

—¿Muy animada? ¿Crees que se está enamorado de él? —preguntó Brandon un poco desilusionado.

—Estoy seguro.

Una punzada de decepción hincó a Brandon en su pecho, Emma sufriría al lado de un hombre que nunca la amaría.

Capítulo 8

Brandon ya se retiraba de la casa de lady Emma, cuando se la encontró en el jardín.

—La vida se empeña en que la encuentre, lady Emma —murmuró Brandon con dulzura impregnada en su voz.

—Lord Brandon —respondió sonriendo — ¿Cómo está?

—Muy bien al verla, milady ¿y usted?

—Estoy muy bien.

—Tiene el semblante cambiado, lady Emma.

—Quizás sea el amor —alegó, sin darse cuenta.

—¿El amor? ¿No es un poco precipitado para hablar de ello?

—No, milord, creo que mi prometido es un caballero que se merece que lo ame.

—No se confíe, milady, todavía es muy pronto.

—¿Qué insinúa?

—Me parece que se está apresurando al entregar su corazón al conde, existen otros caballeros.

—Míreme, milord, ¿cuántos cree usted que caerían rendidos ante mí? La cantidad es evidente, cero.

—No se demerite, milady, quien la conozca puede llegar a enamorarse de usted.

—Eso deseo que ocurra con lord Mottengarden.

—Si es lo que desea, espero que se le cumpla. Hasta luego —se despidió, en tono malhumorado.

—Adiós, lord Brandon —finalizó Emma observando cómo su no tan agradable vecino se iba.

¿Por qué? ¿Por qué le molestó que Emma quisiera que lord Mottengarden se enamorara de ella? Él no podía enamorarse de ella, no era su ideal, para nada, pero algo, algo lo atraía a ella como abejas a la miel. No podría cortejarla, su juicio se le estaba nublando, se encontraba comprometida y enamorada. <<Maldita sea>>, caviló.

Estaba confundiendo sus ganas de protegerla con otra cosa, eso debía ser lo que nublaba sus pensamientos. Lady Emma era la dulzura personificada, su voz, sus gestos, su evidente inteligencia le parecían atractivos, pero al parecer ella estaba completamente deslumbrada por el conde.

***

Clark, por su lado, fue a buscar a su amigo Dylan, para contarle todo, mientras se agarraba del pelo y se apretaba la cara.

—Pues no sé cómo te vas a librar de eso, quizás si vendes tu alma al demonio. No quieres ser pobre, ¿o sí? —cuestionó Dylan.

—Claro que no, recurro a ti porque eres un experto en leyes, no así como consejero sentimental.

—Voy a pensar en una solución, mientras tanto mi querido amigo, tendrás que seguir cortejando a tu amada lady Emma, o quizás mejor, cásate y mátala días después y aparte de tener tu dinero te vuelves inmensamente rico —sugirió en broma Dylan.

—No soy un asesino, Dylan, pero si sigo así, créeme que será una opción muy válida, ella no es mala, solo es... fea como el diablo, ¿sí? Creo que siento por ella una inmensa lástima con una rabia todavía más inmensa por lo que me hizo su hermano, pero no se saldrá con la suya, aunque muera en el intento.

—¿Y qué harás ahora?

—Fingir y preparar mi plan para hacer pagar al duque todo, y le daré donde más le duele, en la gorda. Así que mi buen Dylan, ve pensando en un plan, ya me está desgastando esto, creo que le haré una visita rápida a Marie.

—Claro, Clark, déjame todo, te tendré una solución rápida que te ayudará en tu venganza, lo prometo.

Unas horas después Clark visitó a su amante Marie, una joven noble que estaba por convertirse en solterona.

—Cariño, que placer verte aquí —afirmó Marie al verlo.

—No vine a charlar, Marie, quiero descargarme, necesito de eso —dijo Clark con voz gutural.

—Ya sabes que siempre estoy disponible para ti, soy tuya —se ofreció.

Él literalmente se abalanzó sobre ella, besándola apasionadamente, mientras le manoseaba completamente el cuerpo, la necesitaba con urgencia.

—Cálmate, cariño —sugirió mientras sufría sus achaques.

—Cállate... necesito esto...solo aguanta —contestó mientras continuó castigándola duramente, hasta que se liberó completamente fuera de ella; él era muy cuidadoso con su simiente, no la dejaría en cualquier lugar.

Después de un merecido descanso, Marie sentía curiosidad por lo que le sucedía a su amante.

—¿Puedes contarme que te sucede, Clark?

—Ya lo sabrás pronto, confórmate con saber que mi vida está de cabeza hoy, y que quiero que la tierra me trague.

—Tuviste un muy mal día —dijo fingiendo comprender.

—No un mal día, sino el peor de todos, creo que soy hasta capaz de volverme un asesino.

—Exageras, cariño, nada puede ser tan grave.

—¿No? Que tengas que casarte por obligación, o mejor dicho por chantaje, es grave. No,

espera, y lo peor es que mi prometida es horrible, gorda, una vaca.

—Esta vez sí que se ve mal tu situación, mis pésames más sinceros —sonreía, mientras lo tomaba en burla.

—No te burles Marie, que esto no tiene nada de cómico, mejor me voy antes de que termine peor mi día —expuso agarrando sus ropas para irse, su amante no lo había ayudado demasiado.

Claramente Clark no podía ocultar su malestar y su impotencia, también debía enfrentar a su madre, ella era la culpable de todas sus penurias.

Después de un día duro, entre malas y pésimas noticias, llegó a su casa.

—¿Hijo, como te ha ido? Parece que no muy bien, tienes mala cara.

—Que me fue mal fue una expresión amable, porque en realidad me fue fatal.

—¡Oh no! Dime qué ha pasado.

Comenzó nuevamente Clark con su relato, el semblante de su madre fue cambiando de la tristeza a la ira.

—¡Cómo pudiste, Clark Mottengarden, conde de Dudley, hacernos esto! —gritó histérica—, todo lo que teníamos... Ahora te casas, porque lo haces, ¿me entendiste?

—Esto es su culpa, madre, si se hubiera fijado, no, mejor dicho, si usted y mi padre hubieran sido más inteligentes, nada de esto estaría pasando.

—¡No menciones a tu padre que debe estarse revolcando en su tumba por su hijo sin cerebro!

—¿Sin cerebro? Pues debe ser la herencia ¿no?

—¡A mí no me hablas así, jovencito malcriado! —dijo su madre mientras lo golpeaba con su abanico.

—¡Basta, madre, no me golpee!

—Te lo mereces por ingrato, eres un mal hijo, mira en qué quedamos ahora.

—Estoy pensando una solución, Dylan me ayudará.

—Ese abogado del diablo, me da confianza, solo que sus soluciones no serán muy legales.

—Es lo de menos, sea como sea, me libraré de ese estúpido compromiso.

***

Emma se pasó el día en la modista, pidiendo un nuevo vestido para su debut, debía verse mejor para su prometido.

—Esperemos que le guste, milady.

—Señora Polett, también lo espero, estoy muy animada.

—Por fin haré un vestido decente para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Los otros no son de mi estilo, ni mi abuela los usaba, este la favorecerá y le hará verse más delgada.

—No creo que sea mágico, pero le creo, el amor me hace creer —confesó.

—¡Ha entrado en razón, ya era hora! Ahora debe dejar de... ya usted sabe.

—No, no sé.

—¡Comer!

—Es fácil, puedo hacerlo o eso creo.

—A los hombres les gustan las mujeres no tan delgadas, ni tan gordas, debe tener un equilibrio.

—He bajado un poco —manifestó, Emma, con un brillo especial.

—Pero aún tiene como veinte kilos de más, milady.

—Ya lo sé... tengo que hacerlo lentamente.

Emma estaba muy animada con su prometido, era todo un sueño, iba pensando por la calle muy distraída como ya se le hacía costumbre cuando chocó con un hombre.

—Lo siento mi... —calló al ver con quien chocó.

—No se preocupe, iba usted muy distraída.

—¿Lord Brandon?

—No, soy lord Bradley, su gemelo —respondió sonriendo.

—Disculpe la confusión, es que...

—Somos iguales, la verdad ya no, él se corto el cabello hoy y yo voy a eso en este instante, no podría dejarlo que me abandone, ¿a quién culparía de mis andanzas? —bromeó.

—Ustedes, milord, si me permite decirlo, son muy divertidos.

—Y muy guapos.

—De eso no cabe duda, envíele mis saludos a lord Brandon.

—Estará complacido al recibir ese saludo, se lo aseguro, milady. Hasta luego —afirmó Bradley, despidiéndose.

Ella pensó por qué estaría complacido con su saludo. Lord Brandon era muy elegante, pero ella no tenía ojos para otro que no fuera su prometido, sería indecente fijarse en otro caballero estando comprometida.

La amabilidad y preocupación de su vecino comenzaba a colocarla en una situación un tanto incómoda, haciéndola pensar más de la cuenta en él.

Capítulo 9

Bradley iba pensativo por las calles, por eso había chocado con lady Emma. Ambos iban en las nubes, él pensando en Anne, su bella Anne, ella fue todo lo que él deseaba, y también lo que deseaba el barón de Ros.

Nunca olvidaría el fatídico duelo que se había llevado a cabo hace ya cuatro años, cuando era muy joven. El barón era un hombre experimentado casi 25 años mayor, pero él era un tirador experto, su padre lo había entrenado. Se habían retado a duelo por el amor de Anne. Sin embargo, las cosas no salieron como lo esperaba, el barón murió en el duelo, y lady Anne también, a causa de una enfermedad. Todo había sido en vano, perdió lo que más amaba, a la dulce Anne.

—Ya sé en qué piensas cuando tienes esa mirada —aseguró Brandon en la barbería—: Anne.

—Fue hace mucho.

—Aún no lo superas, ¿no es cierto?

—No digas tonterías —masculló Bradley, aunque quería responder que no lo había superado, no sabía si sería capaz de amar de nuevo.

—A mí no puedes mentirme.

—Hablando de ti —dijo cambiando de tema—, lady Emma tropezó conmigo en la calle y te envió sus más cordiales saludos.

—¿En verdad? —preguntó sorprendido.

—Primero le pasó lo que les pasa a todas, nos confundió.

—Es normal, deberíamos estar acostumbrados, de hecho, vine a cambiarme el peinado para que ya no nos confundan.

—Y yo, hermanito, vine a hacerme el mismo corte que tú.

—¿No puedes ser original? Es suficiente que seas igual a mí.

—Es culpa de madre, ella me ha malcriado, siempre lo elije todo igual para nosotros.

—Hace mucho que no lo hace, somos grandes, ya no pequeños enanos babeantes.

Ambos hermanos eran idénticos: cabello rubio y ojos grises, 1,85 metros de alto, esbeltos y airosos galanes, eran como un paraíso, juntos. Su familia completa parecía traída del cielo, ángeles llenos de belleza. Todas las damas querían pescar a los gemelos, eran un premio doble, los querían para tener hijos agraciados y un gran título. Cada uno sería duque, eso no se veía todos los días.

—¿Crees poder conquistar a lady Emma, Brandon?

—¿Qué? ¿Por qué me preguntas? No tengo el menor interés amoroso por ella, solo me preocupa que alguien intente dañarla de nuevo, no sé si esta vez podré salvarla.

—Algo de ella te gusta, yo no veo que pueda ser, pero te agrada mucho.

—Me agrada, sí, es amable y dulce, a pesar de estar un poco, digámosle, desarreglada.

—Si te gusta el exceso de carne, entonces quizás esa no sea la mejor forma de describirla —ridiculizó Bradley.

—Basta ya, Bradley, seguro eras así de boca floja cuando compartíamos el vientre de madre.

—Me adoras, no podrías vivir sin mí, soy como tu sombra.

—Sí, eres molesto, me voy. Gracias por el corte, Francis.

—De nada, milord —se despidió el barbero.

Brandon pensó en lo que le dijo Bradley, conquistar a Emma, pero era tarde para eso, estaba comprometida y muy feliz con el prometido que le habían impuesto.

Fue a su casa, cortó una rosa blanca para llevársela a lady Emma, no sabía por qué lo hacía. La rosa blanca era solo destinada a personas especiales, y para él, Emma lo era, con aquella rosa la haría sentir bella y especial.

—Ahora valor, para que esto parezca solo por educación y no con otras intenciones —se dijo intentando convencerse de aquella mentira.

Lentamente fue caminando y, cuando iba a pasar frente a su casa, la encontró saliendo al jardín, ataviada con un vestido nuevo y un poco más abierto de lo que solía usar, con el cabello recogido en un precioso moño, todo de rosa. Estar enamorada le estaba haciendo bien, se podía ver un poco de la antigua Emma, esa niña hermosa que había visto años atrás.

Se fue acercando hasta ella con cautela.

—Nunca he visto una flor rosa entre tantas margaritas —galanteó Brandon.

—¡Lord Brandon! —exclamó, sorprendida. Su nuevo corte lo hacía más atractivo, resaltando sus facciones, específicamente, sus incitantes labios.

—Para usted, milady —manifestó, Brandon, entregándole la rosa blanca.

—Jamás me habían regalado una rosa, milord, es tan hermosa —susurró percibiendo el delicioso aroma y levantando la mirada hacía el—. Gracias, milord.

Estaba enternecida, ese presente le estaba haciendo latir el corazón apresuradamente.

Él sonrió tímidamente, pero con cierto grado de coquetería que estaba teniendo efecto en ella.

—¿ Y su prometido, milady?

—No lo sé, quizás venga a verme en estos días —respondió.

—¿De veras quiere casarse con él? —la cuestionó Brandon con amabilidad.

—Es lo que espero de alguien para mi esposo, solo que yo no cumplo las expectativas de cualquier hombre. Como sabe, estamos comprometidos desde que nací, sé también que no soy lo que él esperaba, pero me trata bien y eso es suficiente para mí —indicó.

—¿No quiere algo más para usted?

—¿Y qué puede ser? —preguntó confundida.

—¿El amor, quizás?

—No sé si alguna vez llegue a amar, pero lo que siento creo que es parecido al amor, lo sabré cuando lo compruebe con mi marido.

—¿Y si no es a su futuro marido a quien ama?

—En ese caso ¿a quién será? ¿A un hombre como usted? —cuestionó con sorna.

—Puede ser —respondió sosteniendo su mirada.

—¿Qué dice, milord? —inquirió embrollada.

—Solo piénselo, lady Emma —murmuró tomando su mano y besándole los nudillos—, hasta luego.

Ella quedó sin habla, lord Brandon Waldow prácticamente le había pedido que lo tomara en cuenta. La rosa era un detalle que ella no podía pasar por alto, la guardaría en su libro preferido, su primer recuerdo de su héroe personal.

—¿Lady Emma, qué hace aquí? —preguntó su doncella al verse interrumpida durante sus tareas.

—Mira, Celia —dijo, enseñándole la rosa.

—Es hermosa, milady, ¿de dónde la trajo?

—¡Me la dio lord Brandon! —expresó con voz chillona.

—¿Qué?

—Yo tampoco puedo creerlo, solo vino para eso.

—Quizás esté enamorado de usted.

—No lo creo, lo habrá hecho para agradarme, además estoy comprometida. Iré a guardar esta rosa.

Emma no sabía qué pensar sobre el detalle. Le encantaba, pero no se permitía alegrarse completamente, no era atractiva y, además, él era deliciosamente apuesto, un manjar del que ella no podría disfrutar. ¿En qué estaba pensando? Ella estaba muy contenta pensando en su prometido, él también era muy apuesto y grácil, debía tratar de que él se enamorara de ella por su forma de ser, y a parte se arreglaría un poco, quizás eso ayudaría más. Se sentía cómoda con ese compromiso arreglado, pero lord Brandon estaba comenzando a ponerla pensativa.

Brandon salió complacido del jardín de los Mcbean. El rostro de Emma al recibir la rosa no tuvo igual, ese brillo en sus ojos, no de sorpresa, sino de felicidad. Apostaba que su prometido aun no le había llevado nada, y estaba seguro de que no lo haría.

Para el conde de Dudley, Emma no era nada, simplemente la llave para recuperar su fortuna; quién sabía qué haría después con ella.

Brandon creía tener esperanzas, Emma se las había dado de cierta forma al insinuarle «alguien como usted».

¿Qué pasaría si intentaba robarle el mandado a Clark? El conde saltaría en un pie, y él también, pero debía asegurarse primero que Emma le correspondería de alguna forma.

Se había vuelto loco, quería robarse a la prometida de otro hombre, estaba sorprendido de sí mismo y del rumbo que tomaban sus sentimientos y pensamientos por ella.

Capítulo 10

Los días iban pasando, lord Clark Mottengarden no la visitaba con frecuencia. Habían transcurrido tres días de su última visita, ella todavía no había tenido la oportunidad de mostrarle que estaba mejorando su aspecto para estar más acorde con su prometido. Pero quien casi no se perdía nada de ella era lord Brandon, cuyas atenciones la estaban perturbando.

—Pareces un acosador —susurró Angeline colocándose al lado de Brandon.

—¡Angeline, me asustaste! —exclamó Brandon agarrándose el pecho.

—Tú me estás asustando, Brandon, ¿estás enloqueciendo? ¿De nuevo acosando a nuestra vecina? —preguntó, mirando por la ventana— ¿Por qué no vas y le dices lo que sientes? Aunque no está muy acorde al tipo de mujeres que estás acostumbrado a frecuentar.

—Tú no llegas a imaginarte lo hermosa que ella es, bueno fue, pero que puede llegar a ser nuevamente con el estímulo adecuado.

—¿Crees ser ese estímulo?

—No lo sé, no obstante, lo intentaré —manifestó sin perder de vista el paisaje al jardín vecino —. Ahí sale, adiós Angeline —dijo apurado Brandon y le dio un beso a su hermana en la mejilla.

El día estaba esplendoroso y Emma salió a disfrutar de aquella jornada soleada. Estaba en el jardín y de la nada apareció lord Brandon, sorprendiéndola.

Él se pasó toda la mañana espiando la casa del duque esperando que ella saliera, así la abordaría sin utilizar siempre a su hermano para verla, todo parecería una coincidencia.

—Buen día, milady, está usted muy hermosa con ese vestido —indicó Brandon.

—Buen día, milord, hace que me sonroje; no creo que sea cierto, pero lo dejaré pasar. ¿A qué mujer no le gustan los halagos? —sonrió con dulzura.

—Se lo digo con absoluta veracidad, milady, la vi y no pude evitar venir a saludarla.

—Acabo de salir, lord Brandon, ¿usted me estaba espiando? —preguntó con una mirada acusadora, pero amistosa.

—No es de caballeros —mintió.

—¿Usted es uno? Mmmm... Me quedan algunas dudas, siempre me atrapa al salir de mi casa.

—La vida se empeña en que nos encontremos —alegó al verse casi descubierto.

—No suena muy convincente, milord —reprochó Emma.

—¿Y qué sería convincente para usted, lady Emma? —inquirió acercándose como un felino en plena cacería y Emma era la presa.

—Yo... — murmuró, asustada, retrocediendo hasta chocar con una escultura del jardín.

—Dígame, Emma… —presionó llamándola por su nombre y acercándose aun más a ella.

Su nombre en sus labios parecía poesía, ella no podía evitar mirarle los labios, él estaba tan cerca, podía casi sentir como su respiración la quemaba.

—Le pido que no vuelva a llamarme por mi nombre, lord Brandon.

—Yo le pido que me llame por mi nombre, Emma —concedió él acercando su rostro al de ella.

—Mi... Mi... milord ¿qué está haciendo? —preguntó entrando en pánico por semejante acoso.

—Solo quiero robarle un beso, milady.

Ella intentó alejarse al ver que las intenciones de Brandon eran esas.

—¿Qué? ¿Por qué? Hay otras mujeres que podrían darle eso, milord —intentó nerviosamente persuadirlo.

—No lo quiero de ellas, lo quiero de usted —expresó Brandon con voz ronca por la pasión, se acercó y pegó su nariz a la de ella, mientras su respiración alteraba a Emma.

—¿No desea un beso? —preguntó tentador.

—Yo, yo, milord… —Decía ella abriendo los labios, muriendo por un beso, y él solo rozaba sus labios contra los suyos, haciendo que cayera a un mar de ansiedad.

Él la tomó de la cintura, y la miró a los ojos.

—Pronto, milady, pronto… —declaró con la mirada llena de deseo y luego se retiró dejándola deseosa.

Fue el momento más excitante en la vida de Emma, sus labios la habían hipnotizado, su aliento en la cara le hacía temblar las piernas. Deseaba un beso, pero no era correcto dárselo a quien no fuera su prometido.

Emma todavía se tocaba los labios por el roce que tuvo con Brandon, cuando apareció su prometido y la tomó desprevenida.

—¡Lord Mottengarden! —exclamó asustada.

—¿No era a quien esperaba, lady Emma? —preguntó desconfiado.

—Claro que lo esperaba, milord, pero no sabía cuando vendría a verme —contestó, e intentó calmarse.

—Pues parece que vine en mal momento, vi a un Waldow saliendo de aquí, ¿cuál era?

—Lord Brandon Waldow.

—¿A qué ha venido? —curioseó Clark.

—Tiene negocios con Arthur, además es nuestro vecino, viene seguido.

—Muy bien, vine a pasar un poco de tiempo con usted, lady Emma —propuso Clark.

—Gracias por acordarse de mí —agradeció Emma, sonrojándose.

Clark había llegado hasta el portón y vio como Brandon estaba casi besando a Emma, no le importó, pues él no quería nada con ella, pero tampoco sería un hombre engañado para pasar por alto ese tipo de comportamiento.

No pudo evitar que las palabras le salieran en un tono receloso por ver a un Waldow metido en

el jardín. Su visita había sido obligada por una nota explícita del duque para que fuera a visitar a Emma que, para su sorpresa, estaba más arreglada, era menos fea y su ropa más alegre; aunque seguía gorda, pero más presentable.

—¿Le gusta mucho el jardín? —preguntó Clark para hacer conversación.

—Lo disfruto mucho, también disfruto montar, tengo una yegua, Rain, hace tiempo que no sale al parque —comentó con una agradable sonrisa.

—En algún momento saldremos a un paseo, lady Emma —mintió Clark.

—¿Le gustaría tomar un té?

—Sería un placer, milady.

Ella tocó la campanilla y el mayordomo apareció.

—Ordene, milady.

—¿Puede traemos un té y bollos aquí en el jardín, por favor?

—Sí, milady, con permiso.

Emma le sonrió al mayordomo y lo despidió.

—Es usted muy amable con la servidumbre, lady Emma —opinó Clark, halagando su buen trato para ordenar.

—Puede decirme Emma. Son personas como nosotros, no sé porque no debería ser cortés con ellos.

—Emma, no me malentienda, solo que muchas damas no suelen ser como usted —aclaró—, y usted, puede llamarme Clark.

—Es bueno llamarnos por nuestros nombre, Clark, pronto estaremos casados —afirmó Emma bajando la mirada avergonzada por su comentario.

Un escalofrío recorrió la espalda de Clark. ¿Casado? ¿Con ella? Ni hablar, era amable y buena, pero no, no despertaría nunca la libido en él.

Tomaron el té y Clark se retiró. Emma solo tenía un defecto, era fea y gorda, no era de su tipo y haría lo que sea por no casarse con ella. Si fuera hermosa, sin duda se casaría, la belleza era un requisito indispensable para él dentro de una relación.

Mientras se retiraba, Clark pensaba en que debía llevarla a su baile de presentación. Imaginaba la vergüenza que pasaría, lo tildarían de cazafortunas directamente, pero ¿qué podía hacer? Era tan inevitable como la muerte, nadie creería que allí había un compromiso para unión de fortunas, sino para la absorción de una.

Brandon había visto llegar a Clark, se cruzaron en la calle y agacharon cabezas para saludarse.

¿Por qué se había aparecido ahí si él no quería verla? Los celos empezaban a crecer dentro de Brandon, Emma estaba enamorada de Clark y no de él. No obstante, había decidido que no desistiría hasta que ella se casara con Clark. Todavía tenía tiempo de hacer lo que fuera para que no se casara.

***

Emma no podía dormir esa noche, los ojos grises de Brandon la estaban matando, le hacía sentir cosas que no debería, estaba tan confundida.

Quería saber qué se sentía ser besada, y para sacarse la curiosidad le pediría un beso a quien correspondía, y ese era su prometido, no su adorable y caballeroso vecino, su héroe personal.

—¡¿Por qué tiene que ser tan perfecto?! —reclamó Emma—, soy un desastre.

Emma lloraba de rabia, se sentía tan horrible rodeada de tan agraciados hombres, merecía la horca por gorda, aunque pensándolo bien, quizás la soga se soltaría por sus varias libras de más.

—¿Está bien, milady? —preguntó Celia que todavía estaba por el pasillo—, la escuche gritando.

—Nada, Celia, solo que no sé que me sucede, quisiera ser otra.

—Usted puede, pronto será otra —animó su doncella.

—Gracias por estar siempre animándome, Celia, no sé que habría sido de mí sin ti —dijo confortada por Celia.

Recostada y con los ojos cerrados solo podía pensar en su vecino, Brandon, aquellos labios no salían de su mente, debía olvidarlo y pensar solamente en su prometido. No era correcto lo que estaba sucediendo.

Capítulo 11

El baile de presentación había llegado y Emma estaba nerviosa. Iría al baile, le pediría un beso a Clark para saber lo se sentía ser besada, y no podía con aquella duda que su vecino había sembrado en ella.

Le daba vergüenza mirar a Brandon, después de esos roces, no dejaba de pensar en sus insinuaciones, necesitaba experimentar y quien mejor que su prometido. Él era atento y amable, le gustaba, y por sobre todo, era lo correcto.

—Milady, ese vestido le sienta bastante bien, ha bajado unas libras, aquí le sobra —dijo su doncella, mientras agarraba bajo los brazos del vestido.

—Sí, he perdido un poco, estar prometida me hace bastante bien.

—Me alegro, milady.

—¿Qué joyas tengo para combinar con este vestido verde?

—Tiene estas esmeraldas y las perlas, milady.

—¿Cuál... cuál... me quedaría mejor?

—Creo que las perlas, milady, la harán resaltar.

—Tienes razón, colócame las perlas, el collar, los aretes y la pulsera —ordenó Emma.

—Sí, milady —obedeció.

Su madre entró a la habitación para apurarla.

—¿Ya estás lista?

—Ya casi, madre ¿ha venido el conde por mi?—preguntó acariciando su cabello.

—El conde te esperará en la fiesta.

—Pero si él dijo que me llevaría del brazo —expresó decepcionada.

—Va a ir un poco más tarde, tiene negocios que atender —justificó su madre.

—Está bien, es un hombre ocupado —se resignó Emma.

La decepción era casi tan palpable como su piel, pero no podía hacer nada si era muy ocupado, tenía cosas que hacer al igual que su hermano.

Clark había acudido al llamado de su amigo Dylan, su abogado, tenía noticias para él, un plan que lo salvaría de ese horrible compromiso.

—¿Y bien, Dylan, qué tienes?

—Después de esto me besarás el trasero de por vida, mi querido lord Mottengarden —expresó, Dylan, con burla.

—Depende de lo que sea que tengas. Debe ser muy bueno, o más que simplemente bueno.

—¡Es genial! Como sabes, soy abogado y me sé todas las mañas —se alabó.

—Mi madre dice que eres el abogado del diablo —opinó.

—¡Eso me viene muy bien hoy! A lo que has venido —dijo serio—. Tengo la solución a todos tus problemas de dinero con el duque de Lancaster, sin tener que casarte realmente con lady cerda, digo lady Emma.

—¡Habla ya...! —exclamó ansioso —. Vas a darme un infarto.

—El plan es el siguiente: lleva a lady Emma al altar.

—¡Pero dijiste que sería sin casarme! ¿Me estás tomando el pelo?

—No me dejas terminar, sí que estás impaciente. Como te decía, llevarla al altar, o sea a un falso altar; tengo un obispo corrupto en la mira para que no los case realmente, pero es mejor que todo lo hagas en secreto con tu familia y la de ella, claro, por la reputación de ambos —explicó Dylan.

—Pero eso no resuelve lo de mi patrimonio.

—Estás equivocado, negociarás con el duque de Lancaster que te casarás con su hermana si te da todos los documentos de la inversión y las ganancias el día del matrimonio.

—¿Será que lo aceptará? —preguntó dudoso.

—Debes persuadirlo a que lo haga.

—Si esto resulta, mi buen amigo, besaré más que tu trasero, incluso el suelo que pisas.

—Tendré a un conde a mis pies, me encanta, tú consigue que acepte el trato y yo me ocupo de la parte legal de falso matrimonio.

—¡Te quiero tanto, Dylan! —lo abrazó.

—Ya vete, tu prometida te espera —sonrió burlón.

—¡Oh, claro! Iré a pasar la vergüenza de mi vida, hundiré mi reputación de libertino adorador de bellas mujeres con esa cosa en mi brazo —se quejó Clark.

—Yo no iré, sabes que las aristócratas solo quieren a condes, duques, vizcondes y marqueses, no así a abogados millonarios —justificó Dylan con un deje de tristeza.

—Quizás alguna se fije en ti.

—Sí, claro; ni si desparramo millones, son inalcanzables.

—Mejor dicho es inalcanzable ¿verdad? —inquirió con una sonrisa ladina.

—La señorita Lucy Lowel es un sueño inalcanzable, sobrina de un conde, estoy más que frito.

—¿Por qué no lo intentas?

—¿Para ser rechazado? La miraré de lejos, te acompañaré solo para verla.

—¡Vamos mi buen enamorado amigo Dylan! —dijo burlándose.

—Espero que nunca te suceda y te sea imposible acceder a ella.

—No me enamoraré, nunca.

—Nunca digas nunca.

***

Brandon y Bradley ya estaban listos para partir y llevarse a su hermana con ellos, debían cuidarle el mandado a Daniel de Huntly mientras él estaba en su viaje. Stephen, futuro duque de Norfolk, también la cuidaría, pues Daniel era su mejor amigo. Los Bellamy ya estaban en Londres y acudirían todos juntos al baile de los Thompson.

—¡Bradley, te odio, ponte otro chaleco, no quiero verme igual a ti! —se enojó Brandon al ver que su hermano estaba vestido igual que el.

—¿Por qué no te cambias tú? —preguntó Bradley para enfurecer a su gemelo.

—¡Voy a matarte! Yo me vestí primero, ¡qué poca originalidad!

—Pues no me cambiaré, hazlo tú.

—¡Bien... lo haré! Y usaré algo amarillo —dijo burlón. Bradley odiaba ese color.

—¡Eres de lo peor Brandon! —lo acusó.

—Te lo buscaste, no dejaré que algunas jovencitas crean que soy tú.

—¿Miedo a que te compliquen con lady Emma?

—Adiós Brad —se despidió, evitando contestar.

Todos los Waldow y Bellamy fueron a la fiesta en caravana, era raro ver a dos familias con historias cruzadas yendo juntas a una fiesta.

—¿Padre, porqué no fui con Angeline, Brandon, Bradley y Stephen en el carruaje de los jóvenes? —preguntó lady Helen Huntly.

—Simple, está Stephen, debe ser un degenerado como su padre —respondió su padre, Alfred.

—Alfred, Stephen es un buen muchacho y está buscando esposa ¿por qué no dejas que trate más a Helen? —preguntó Alen—. Así como tu hijo se acercó a Angeline.

—Mmm... —Alfred parecía meditarlo.

—Eres un padre celoso —expresó Darline —. Debes dejarla que lo trate.

—Está bien, lo haré. Podrás bailar con él, claro, si tú lo deseas.

—¡De verdad lo deseo! —respondió su hija con más vehemencia de la necesaria.

—Ahora sí que me lo llevaré de yerno —aseguró Alfred agarrándose la cabeza.

Todos fueron anunciados al entrar, eran toda una sensación.

Las jovencitas casaderas ya estaban mirando a los tres jóvenes, y los caballeros observaban a Angeline y Helen.

—Helen, tú vienes conmigo —ordenó Stephen —, yo cuidaré de ti.

—Está bien —contestó ella sonrojada. Estaba feliz, se enamoró de él desde que lo conoció, y sabía que había cierta atracción, él buscaba esposa, solo faltaba que se lo pidiera.

—Yo me quedo con ustedes —afirmó Angeline.

—¡Corrección! Te quedas con Bradley —alegó Brandon, el debía buscar a Emma.

—¡¿Qué?! —exclamó Bradley.

—Estar con ella te salvará de las jovencitas que adoran a los guapos duelistas.

—Qué gracioso. Ven, Ángel, tengo que cuidar la mercadería ajena —mandó con humor Bradley.

Brandon buscaba a lady Emma, la encontró ya bailando con su hermano Arthur. Ella estaba más bonita cada día, se arreglaba, las cosas iban para bien.

Hicieron contacto visual y a ella le recorrió un escalofrío, comenzó a respirar más agitada.

—¿Estás bien? —preguntó Arthur.

—Sí, solo estoy cansada, descansaremos después del baile.

—Está bien, te llevaré junto a Clark.

—Bien —aceptó ella.

El vals terminó, y Arthur localizó a Clark con su amigo Dylan.

—Amigo, ahí viene tu prometida, y ha mejorado un tanto su aspecto —agregó sorprendido.

Clark la observó, y sí, había mejorado, pero no lo suficiente para él.

—Clark, le traigo a mi hermana, está un poco cansada, llévela al jardín para que tome un poco de aire. Señor Warren… —saludó Arthur con un gesto de cabeza.

—Excelencia —respondió Dylan, con una inclinación.

—Acompáñeme, Emma —apresuró Clark, llevándose a Emma de mala gana fuera del salón. Odiaba al duque de Lancaster, era un cretino, altanero y mandón.

Brandon observaba la escena, iban al jardín. Él se apresuró a salir tras ellos por la preocupación, siempre ocurrían cosas ahí.

Los siguió sigilosamente, como para escuchar la conversación de ambos.

—¿Cómo está pasando la noche, Emma?

—Muy agradable, Clark.

—¡Cuánta intimidad! —masculló, para sí, Brandon.

—Clark, quisiera pedirle un favor —habló temerosa.

—Dígame...

—¿Podría darme un beso? —preguntó nerviosa.

Brandon no lo podía creer, le estaba pidiendo un beso a ese hombre y no a él, que se lo había ofrecido.

Era de entenderse, aquel era su prometido, pero estaba seguro de que Clark no le cumpliría y él estaría ahí dispuesto a saciar la curiosidad de Emma.

Capítulo 12

Brandon quería estrangular a Emma, él estaba disponible para besarla, pero no, ella prefería a otro, estaba muy decepcionado.

Clark la miraba con los ojos desorbitados. ¿Un beso? ¡Ni hablar! Jamás se lo daría, sobre su cadáver.

—Querida Emma, jamás me aprovecharía de usted, es una dama —justificó Clark—, además estamos en un jardín, hay una reputación que cuidar.

—Pero si solo será uno pequeño, tengo curiosidad por saber cómo se siente —defendió Emma.

—Se lo daré después de casarnos, Emma.

—Está bien —se resignó—, ¿podría dejarme un momento a solas? —pidió casi corriéndolo de su presencia por la decepción.

—Como guste, milady, luego la busco —se despidió Clark, salvado por un pelo de tener que besarla.

Emma estaba rabiosa y decepcionada, no sabría qué era un beso, todo era la culpa de lord Brandon. Era el culpable de su lamentable momento en pareja, si él no hubiera despertado su curiosidad nada de eso ocurriría.

—¿No quiere que le enseñe yo? —preguntó Brandon, que apareció repentinamente asustando a Emma.

Casi muere de un infarto al escuchar su voz, al mirarlo solo podía ver a un hombre tan guapo y elegante.

—¿Enseñarme que, milord? —preguntó nerviosa.

—Lo que es un beso, lady Emma, ¿puede hacerme un favor? Llámeme Brandon —indicó.

—No es correcto, tengo un prometido y usted no debería estar aquí a solas conmigo —balbuceó Emma.

—Eso no me importa, milady —murmuró acorralándola.

—No...no ¡es... está bien! —retrocedió Emma hasta tocar con su espalda con un enorme árbol, aquel era el fin de su huida.

—¿Qué no está bien Emma? —inquirió con voz seductora.

—Mi... milord, por favor —tragó saliva, estaba agitada y excitada, él le provocaba sensaciones extrañas.

Brandon se acercó aun más, y posó sus manos en su cintura.

—Usted tiene algo especial, milady, ¿será su perfume? ¿Quizás sus hermosos ojos? No lo sé, pero me gusta —declaraba Brandon, jugando con los bucles del cabello de Emma. Estaba jugueteando con la antelación de ella por recibir un beso, haría que aquel momento fuera ansiado.

—Eso no puede ser, no soy el tipo de mujer con quien se involucraría un calavera como usted, milord —insistió, para que la dejara en paz, a pesar de que no deseaba eso.

—No se desmerite Emma, tiene algo que me atrae a usted —afirmó Brandon —, ese fanfarrón de su prometido no quiso cumplir con su pedido, así que yo lo cumpliré por él.

—¡¿Estuvo escuchando?! Es un acosador —expresó con indignación.

—Querida mía, yo la debería haber besado aquel día, pero no me animé —confesó.

—¡No se burle de mí, lord Brandon!

—No me burlo —dijo Brandon, excitado; se pegaba a ella para que sintiera que no era una broma—, esto que siente no es una burla, lady Emma.

Ella ya no podía hablar, estaba volviéndose loca, ese hombre acabaría con su cordura, estaba siendo atrevido.

—¡Es usted un impertinente, milord! —acusó Emma empujándolo, pero él la atrajo nuevamente.

Brandon miró directamente a los ojos de Emma, deseaba que aquel momento fuera sensual y apasionado. No pudo contenerse más y la besó suavemente.

Ella lentamente fue siguiendo su paso. Era la cosa más deliciosa que había probado, sabía a fresas y miel, estaba más que dolorosamente contento, ya después se daría un baño helado.

Emma estaba recibiendo su primer beso y no era de su prometido, sino de su vecino, su héroe, se estaba volviendo loca, él la incitaba a pecar salvajemente, la hacía sentir extrañamente libidinosa.

Brandon, completamente ido, la llevó hacia los matorrales del jardín donde se apoderó con más fuerza de sus labios y acarició zonas prohibidas a su dulce Emma.

Aquel era un momento que ambos disfrutaban, besos y caricias. Brandon estaba dispuesto a complacer a Emma en todo lo que pudiera, deseaba demostrarle cuánto le gustaba y que aquello era real.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Emma, alejó sus labios de Brandon para poder observarlo.

—Porque me encanta, Emma —respondió con simplicidad.

—Pero eso no puede ser... ¡míreme por favor! ¿Qué ve?

—Veo a la mujer más dulce y preciosa que existe.

—No mienta, lord Brandon —expresó, con cierto enojo.

—No miento, milady, no se case con Clark, hágalo conmigo —declaró con decisión.

—¿Qué? Usted no está bien, milord. Estoy comprometida desde mi nacimiento, debo cumplir, seré una condesa.

—¿Es por un título, milady? Porque usted se convertiría en mi duquesa, la duquesa de Rutland,

le ofrezco hacerla feliz, Emma, no me importa como luce o lucirá. Usted me ha cautivado.

Ella estaba indignada, parecía una muy mala broma.

—¿Se está burlando de mi? ¿Hizo usted algún tipo de apuesta? —inquirió levantándose de golpe —¿Quién creería que al calavera más calavera le gustaría una gorda? ¡Es ridículo!

—Estoy en mi sano juicio, y no aposté nada, se lo aseguro.

—¡No voy a tolerar su falta de respeto por mí, lord Brandon! Manténgase alejado, me voy a casar, tengo ya una vida asegurada con un hombre que me respeta y me tiene afecto.

—¡Ese hombre no siente nada por usted! ¿Qué no lo ve? —espetó enfurecido.

—¡Veo a un caballero, no a un rufián seductor como usted!

—¿No me escuchó, verdad? ¡Quiero casarme con usted! —exclamó hastiado.

—Pues yo no... ya estoy comprometida.

Brandon, con su orgullo herido, fue tomando distancia de ella.

—Está bien, lady Mcbean, no la molestaré más con mis confesiones y mis propuestas tan insultantes, ya no se las reiteraré jamás. Que tenga buena noche.

Ella veía como se había roto su amistad con Brandon, y no entendía.

«¿Qué acababa de pasar?», se preguntó. «¿Por qué él se le había declarado, ¿era buen actor o estaba siendo sincero?»

En la fiesta, Brandon se había despedido de todos, se fue, estaba dolido en su orgullo. ¿Qué se creía para rechazarlo? ¡Sería un duque, por el amor de Dios! Era un caballero y estaba enamorado, pero ella estaba deslumbrada por otro hombre, eso no hacía más que ofenderlo y hundirlo más en su miseria.

Clark, mientras tanto, se acercó a Arthur para poner su plan en marcha.

—Excelencia, quisiera hacerle una proposición —habló Clark.

—Hable, lo escucho —contestó, temerario, Arthur.

—Accedí a casarme con Emma, quisiera pedirle que todo mi patrimonio me sea entregado intacto ese día, después de la ceremonia. Evidentemente, así usted se asegura que no saldré huyendo con eso.

Arthur lo pensó, su único interés era casar a Emma, ya estaba hecho, ¿qué le importaba el patrimonio del conde? Nada, no le hacía falta.

—Está bien, milord, me parece un trato justo.

Clark quería gritar de alegría, Dylan tenía razón, le besaría el trasero de por vida. Continúo en la charla con su falso cuñado hablando de temas varios para no levantar sospechas sobre su maléfica salida a sus problemas.

Horas después, la fiesta estaba llegando casi a su fin, y Clark se encontró con Marie.

—Marie, querida —recitó dándole un enorme beso en los labios, nadie los vio o al menos eso creyó, excepto lord Bradley, el gemelo de Brandon, que lo había visto.

—¿No debería usted estar con su prometida? —inquirió Bradley, acusatorio.

—¿Usted es lord Brandon? Creo que usted se ocupa bien de ella —agregó con cinismo, Clark.

—Soy lord Bradley —corrigió—, no me parece correcto que estando comprometido se exhiba con lady Marie.

—No se meta en mis asuntos, lord Bradley, no son de su incumbencia. Hasta pronto —se despidió Clark con Marie del brazo.

Aquel debía ser el individuo más falso y arrogante que se pudiera conocer, le comunicaría eso a su hermano.

Capítulo 13

Bradley le contaría a Brandon que su amada Emma era una vaca ya en todos los sentidos: gorda y cornuda. Lástima que se había retirado tan temprano.

Brandon se había ido directo a su casa, estaba rabioso, ella lo rechazó. Él le ofreció el cielo y las estrellas, pero Emma estaba ciega, no veía en lo que se estaba metiendo, ese hombre jamás la haría feliz. Era una tonta, pero ya no mas ruegos, lo había decidido.

—Hasta aquí llegue, no oirá más una propuesta de mis labios —sentenció Brandon con enojo.

—¡Aquí estabas! —exclamó Bradley después de haberlo buscado en su habitación.

—Ahora no, Brad, quiero estar solo.

—Solo te tengo un chisme —sonrió Bradley.

—¿Desde cuándo te has vuelto chismoso? —cuestionó Brandon mirando con rareza a su gemelo.

—Desde que vi algo que te interesará.

—¿ Y qué crees que puede interesarme? —preguntó con total incredulidad.

—Lady Emma, claro está.

—No me interesa —respondió cortante.

—¿A qué se debe ese cambio? —consultó Bradley, ajeno a la situación por la que su hermano estaba pasando.

—Le pedí que se casará conmigo y me rechazó —comentó con rabia.

—Entonces no tiene sentido que te cuente que tu pequeño bollo está teniendo cuernos como un toro. Clark la engaña con lady Marie, la solterona.

—Se lo merece, esa mujer ingrata —afirmó de boca para afuera.

—Eres malvado, Brandon, ¿no la ayudarás?

—¿Ayudarla? ¿A qué? No haré el papel de tonto de nuevo, no lo vale. Pensé que era una mujer que buscaba algo más que un matrimonio por conveniencia, pero ya lo ves.

Estaba completamente herido por las palabras de Emma, nunca se había detenido a pensar que podía ser cierto su enamoramiento por ella. Lo había juzgado más por su físico que por sus sentimientos, conociéndose de años, no pensaba que aquella dama le diría tantas calamidades juntas.

Emma no podía dormir, Brandon estaba enamorado de ella, debía ser una horrenda burla, jamás le había insinuado nada hasta que apareció Clark en escena.

Brandon era apasionado, la había hecho sentir mujer, estaba confundida, no podía ser que ese hombre lleno de ímpetu y gracia se haya fijado en una cosa como ella. Era imposible, un muy mal chiste.

Podía sentirse halagada, pero en lugar de eso se sentía como el bufón de la corte, no podía ocurrir que alguien como él se enamorara de ella. ¡Era imposible! Sin duda, sería un hecho que la sociedad objetaría ese tipo de aberración contra la vista; ver a tal espécimen cerca de ella.

***

Al día siguiente, Clark fue donde Dylan a comentarle que lo había logrado, debían continuar con el siguiente paso.

—¡Ya sabía que lo conseguirías! —lo felicitó Dylan.

—Fue más que fácil, el hombre no desea mi riqueza, solo quiere ver casada a su hermana.

—Muy noble de su parte —ironizó.

—¿Noble? ¿Dónde tienes el cerebro, Dylan? ¡Me chantajeó! ¡Qué poca memoria tienes! —exclamó Clark con cierto enojo.

—¡Es a modo sarcástico, animal! —se defendió Dylan. —Ahora lo siguiente, la boda.

—¡El gran acto! —se refirió Clark, con una sonrisa ladina.

—Sí, ya hablé con el hombre que te comenté, le pagaré una suma interesante que por cierto me reembolsarás después, cuando recuperes todo tu dinero. El matrimonio puede hacerse en una semana, a puerta cerrada, tu madre y la familia de ellos —enfocó Dylan—. ¿Cuando crees que sea prudente? Tú solo dilo.

—Iré a hablar con Emma, la convenceré de que se case conmigo en una semana.

Dylan miró a su emocionado amigo con ciertas dudas, el plan en sí era perfecto, pero ¿y las consecuencias?

—Tengo una duda, ¿en qué momento le contarás que la usaste?

—Quizás ese mismo día, o al día siguiente, primero tengo que tener los papeles conmigo y luego veré qué hacer —respondió con frialdad.

—Ni se te ocurra consumar el falso matrimonio —advirtió Dylan.

—¡Eso ni lo digas de broma! No corre peligro a mi lado, ten por seguro que ninguna hebra de su caballera será tocada por este caballero.

—Lady Emma saldrá bastante mal de esta situación.

—No me importa, es amable, pero más me importa mi bienestar y el de mi madre.

—¿Ya sabes que su hermano te buscará por mar y tierra cuando se entere?

—Lo presumo, aunque ya sé dónde ir, dejaré a mi madre y me iré a Francia.

—Tendrás que volver luego.

—Sí, pero ya estará olvidado todo después de eso —se confió Clark.

—Esperemos que lo olviden, su reputación podría quedar arruinada de por vida —sopesó

Dylan, con cierto cargo de conciencia, todo lo hacía por ayudar a un amigo.

—¿Qué más da? Ya está arruinada siendo tan desagradable, por lo menos dinero le sobra. Podrá en el futuro pagar algunos favores masculinos, no creo que falten necesitados en Londres.

—Lo haremos, entonces, sin remordimientos —sentenció Dylan.

Clark no sentía la más mínima compasión por Emma, solo quería alejarse de ella. Era agradable, pero no compensaba vivir casado con ella por el resto de su vida, se arrepentiría de no llevar a cabo ese plan. Si todo salía bien, nadie saldría herido y serían todos felices.

Llegó por la tarde junto a Emma, encontrándola pensativa en el jardín.

—¿En qué piensa, Emma? —la sorprendió Clark, con un tono dulce.

Ella pensaba en Brandon, en todo lo que le hacía sentir, quizás el conde le diera también esa sensación en el futuro.

—¡Clark! —exclamó sorprendida—, no pensaba en nada, solo estaba distraída.

—No es lo que parecía, pero en fin, vengo a hablarle.

Emma recuperó la compostura después del susto que le dio su prometido, debía ser un aliciente para que su conciencia se arrepintiera de pensar en Brandon.

—Lo escucho —sonrió con gracia.

—Vine a pedirle que se case conmigo, en una semana —soltó Clark con ligereza.

Ella quedó muda tratando de entender lo que sucedía.

—¿Qué? ¿Está usted seguro? —preguntó mirándolo como si aquello fuera algo descabellado.

No era la respuesta que él había esperado, pensó que le diría: «¡Oh, sí, claro!»

—Sí, estoy seguro, Emma —contestó.

—Pero si no hay tiempo para los preparativos y todos esos detalles —explicó Emma. ¿Estaba acaso negándose a contraer matrimonio?

—Será algo muy íntimo, Emma, y luego nos iremos a una de mis propiedades en Sussex.

—Yo... —dudó por unos instantes, ella quería y no quería, pero ya estaba comprometida, así que para qué darle tantas vueltas. Debía dejar a un lado la propuesta de su vecino—. Sí, está bien, acepto.

—Muy bien, ahora hablaré con su hermano para que la boda se celebre en una semana.

—Vaya... —invitó perdida.

Emma todavía seguía ida, ya debía dejar de pensar en Brandon y en todo el calor que despertaba en ella, iba a ser una mujer casada en una semana. Su madre entraría en pánico al saber que no se haría una gran fiesta.

Clark no lo pensó demasiado, entró sin ser llamado al despacho del duque.

—¿Clark? ¿Qué hace aquí? —preguntó confuso Arthur.

—Excelencia, vine a pedirle a su hermana que se case conmigo en una semana.

—¿Y aceptó?

—Lo hizo...

—Excelente, soy un hombre de palabra, lord Mottengarden, cumpliré con nuestro trato, y

espero que usted también lo haga —sentenció Arthur mirándolo con severidad.

Tenía en su conciencia el peso de que no era un hombre de palabra, pero al diablo, sin remordimientos.

—Claro que lo haré —mintió.

—Pues felicidades, en una semana tendrá lo que me pidió.

—Gracias, excelencia, lo veré el día de la ceremonia. Tendré muchos negocios que atender antes de la boda; su hermana y yo partiremos a Sussex, por ese motivo no vendré a verla, debo prepararlo todo —se excusó para no visitar a Emma.

—¿Tan lejos? —se inquieto Arthur.

—Sí, me gusta el campo —volvió a mentir Clark.

—Usted será su marido y decidirá por ella, le hará bien un cambio de aires —se resignó Arthur triste, su hermana ya no estaría a su cuidado.

—Por supuesto, ahora con su permiso me retiro —dijo Clark, pero no sin antes recordar algo —. Un detalle, será algo muy íntimo, solo la ceremonia y luego nos iremos.

—¿Por qué de esa forma, Clark? —inquirió Arthur. A parte de que todo era apresurado, ni siquiera harían una fiesta decente.

—Usted lo sabe —respondió con resentimiento ante su chantaje.

—No haga sufrir a Emma porque lo mataré. Tenga presente una cosa más, no será al primero que mate por hacerle mal a Emma; por ella soy capaz de todo y otro muerto no hace peso en mi conciencia. ¿Queda claro, Clark? —advirtió Arthur, amenazante

Clark miró con recelo al duque, al parecer había matado a alguien por su hermana.

—Muy claro, excelencia. Adiós —se despidió rápidamente.

El duque no era tan tranquilo como parecía, estaba loco, en definitiva.

Iba cavilando sobre las palabras del duque, sentía curiosidad por conocer sobre eso. Sin embargo, al salir se cruzó con Brandon. No pudo resistir la tentación de dirigirse a él.

—¿Usted aquí? —preguntó Clark.

—Tengo negocios con el duque —respondió frío.

—Quizás este queriendo negociar las faldas de lady Emma, lord Brandon Waldow —comentó burlón.

Esa expresión hizo montar en cólera a Brandon.

—¿Y usted, Clark, quizás ahora va a negociar los honorarios de lady Marie? —contraatacó Brandon.

—Su hermano es bastante comunicativo —afirmó con ironía.

—Sí, ya lo ve.

—En una semana se le acabarán las ganas de visitar esta casa, lord Brandon Waldow. Emma aceptó casarse conmigo y después nos iremos a Sussex.

Brandon lo miró con rabia, tenía ganas de partirle el rostro.

—Es usted un... —no terminó la frase, perdería la educación si lo hiciera— todo lo que puede

hacer el dinero. Hasta luego, lord Mottengarden —sermoneó disgustado, y dejó a Clark solo.

Capítulo 14

Brandon se sentía realmente mal, ella se casaría en una semana con esa rata farsante.

—Lord Brandon, ¿qué hace usted aquí? —preguntó Emma al verlo atravesar la entrada a la mansión. Sin darse cuenta, su corazón había brincado de emoción al verlo.

—Buen día, lady Emma, no se preocupe, no he venido a rogarle más, si me permite quisiera darle mis sinceras felicitaciones por su próximo enlace —expresó Brandon en un tono dolorosamente frío.

Los ojos de Emma denotaban culpa y tristeza.

—Usted me confunde, ayer me pidió que me casará con usted burlándose de mí, seguramente —se limitó a expresar con rudeza por las felicitaciones recibidas.

—Jamás me burlé de usted, le hablé de mis sentimientos, y usted me pateó como quien patea a un perro callejero. Soy un futuro duque, milady, y no creo que las mujeres me falten en algún momento. ¿Qué importa haberme enamorado de usted, si se casará con otro? Que tenga un buen día —culminó el retirándose al despacho de Arthur.

Emma sintió que las lágrimas caían como cataratas por su rostro, le dolían las palabras de su vecino, había dejado de ser amable. No pudo soportarlo más, subió a su habitación a llorar.

¿Por qué le afectaba tanto lo que le decía lord Brandon? ¿Y si se había enamorado de él?

—¿Brandon? Hoy creo que es un día muy sorpresivo para mí, primero mi futuro cuñado y ahora tú —expuso Arthur con sorpresa al recibir otra visita.

—Claro, tu agradable cuñado me contó las novedades —dijo Brandon en tono triste.

—¿No estás feliz? Emma se casará.

—Estoy saltando de felicidad, se casará con un desgraciado que la engaña —contestó un poco alterado.

—Sabes que él no la ama, pero Emma está muy animada.

—Ya lo creo —ironizó.

Arthur notaba la extraña actitud negativa de su socio de años.

—¿Qué sucede contigo? ¿Viniste a echarme peste? —acusó Arthur.

—¿Sabes qué me sucede? ¡Odio a Clark! —gruñó Brandon, —porque se lleva a la mujer más maravillosa que conozco, se lleva a la mujer que con su dulzura me enamoró, Arthur.

—¿Qué dices? —inquirió el duque con sorpresa y confusión.

—Estoy enamorado de tu hermana, no sé cómo sucedió —explicó.

—No... no... entiendo —murmuró Arthur echando su peso en el sillón nuevamente.

—Le pedí matrimonio ayer...

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? —cuestionó.

—No te preocupes que no me aceptó, está convencida que lo hacía tomándole el pelo —contó mientras caminaba hacia un asiento.

—¿Quién lo creería?

—¿Tu también? ¡Me voy Arthur no puedo estar aquí! —manifestó ofendido.

—Brandon, cálmate. Entonces es cierto que estás enamorado de Emma —entendió Arthur.

Brandon se tiró nuevamente al sillón, se agarró el cabello y luego pasó las manos por la cara en gesto de frustración.

—Dolorosamente lo estoy, ella cumplirá su palabra y se casará con Clark, no le importó que yo la quisiera y la hiciera duquesa en un futuro.

—Lo siento tanto, Clark no la ama y se la llevará, di mi aprobación para el matrimonio —se disculpó Arthur.

—Lo sé, solo me queda resignarme y continuar con mi vida.

En la habitación, Celia intentaba consolar a su lady, y ni siquiera sabía el porqué de tamaña tristeza que la afligía.

—Milady, por favor, deje de llorar y háble me —La doncella intentaba saber qué le sucedía.

—Yo... Brandon... Clark... ¡no puedo decir nada! —gritó y continuó llorando a mares.

—¡Niña, levántate de esa cama y vamos a preparar tu ajuar, en una semana serás una condesa! —decía su madre entrando como una tromba en la habitación de Emma.

—Madre, ahora no, por favor.

—¿Por qué lloras? ¿No estás emocionada por casarte con ese conde tan guapo?

—No es eso madre, estoy un poco melancólica —justificó Emma.

—¡Deja eso ya y prepárate que vamos a sacarte las medidas para el vestido de novia, la señora Polett te aprecia tanto, hija, que te hará el más hermoso que hayas visto! —brincaba la duquesa de emoción.

—Yo...

—¡Anda, arriba, anímate, esto es una fiesta!

La madre de Emma no entendía que ella no estaba para celebraciones, pero accedió de todos modos, quizás ella le contagiase la emoción que sentía para casarse.

Se acercaba la boda, y casi todos los días iban a la modista, pues Emma estaba bajando rápidamente de peso por los nervios del matrimonio y también por lord Brandon, se sentía tan mal al no poder corresponder a sus sentimientos, a cada momento se convencía más de que probablemente no quería casarse.

Mientras Brandon sufría en silencio como si tuviera los días contados, Emma se casaba en dos días, claro que tenía sus días contados.

Una mañana, Brandon pasó frente a la tienda de la señora Polett, Emma se estaba probando su

vestido de novia; se veía radiante en este, había perdido peso.

Él se quedó mirando a través del vidrio para contemplarla. No pudo aguantar más, golpeó su puño contra el vidrio de forma que aplacara un poco su frustración por verla antes de casarse con otro hombre.

Las mujeres se dieron vuelta a mirar de donde provenía el golpe. Emma lo vio y se llevó las manos a la boca. Era Brandon y estaba observándola, sufriendo por ella.

—¿No es ese uno de los gemelos Waldow? —preguntó una de las modistas que hacía correcciones al vestido

No podía responder, estaba demasiado afectada y desesperada por desaparecer, no podía verlo más.

—¡Señora Polett, quiero quitarme el vestido, por favor!

—Pero si te lo estoy ajustando, niña.

—¡Por favor, señora Polett, ajústelo como desee, ya no puedo estar aquí! —exclamó Emma entrando a los cambiadores.

Brandon la vio desaparecer, para no decir que fue a esconderse de él, y le dolió hasta el alma, debía olvidar a Emma, pero no sin antes despedirse de ella.

Lloraba copiosamente en el cambiador, mientras se quitaba el vestido. Ella debía mantenerse fiel al conde, se casarían, él no merecía ser engañado. Lo que debía hacer era consumar lo más pronto posible ese matrimonio, tener un hijo y todo quedaría olvidado.

Creía que esa era la solución ¿pero dónde quedaba el amor? Ella soñaba con el amor, pero estaban la obligación, la palabra y además la seguridad de un matrimonio arreglado. Por más que Brandon le dijera que estaba enamorado de ella, no podía creerle, no se sentía capaz de atraer a nadie, no era atractiva y él era todo lo que una mujer podía desear: guapo, joven, rico, amable, y futuro duque. ¿Qué oportunidad tenía la vaca de Londres de que fuera cierto que él la quería? Ninguna. Aquel pensamiento quizás la consolará, pero no contenía su sufrimiento por lord Brandon.

Al llegar a su casa, encontró una rosa blanca en el jardín con una nota.

Mi Dulce Emma,

Mi corazón sufre al saber que usted será de otro, guarde esta flor como recuerdo del duelo al amor que siento por usted, hoy deberé enterrar este sentimiento.

Guardo los mejores recuerdos de usted, vestida de novia. Estaba hermosa, mi bella lady.

Suyo.

Lord Brandon Waldow

¿Qué quería Brandon? ¿Matarla de remordimientos? ¿Con esto él la olvidaría? Un dolor se esparció por su pecho, la respiración le faltaba, cometería un error al casarse con Clark, lo sentía por hacer sufrir a un caballero, pero ya la decisión estaba tomada, no había más vueltas que dar. En dos días sería la condesa de Dudley, le gustara o no.

***

El día del matrimonio había llegado. Brandon solo agarró una maleta y se dirigió a la salida.

—¿Brandon, a dónde vas? —preguntó su padre.

—Me voy un tiempo a Hertfordshire, con el tío Brent —respondió.

—¿Así, tan de repente?

—Por amor, padre —contó Bradley.

—¿Es eso cierto, Brandon?

—Lo es.

—¿Quién es la lady que no te corresponde? —inquirió con sorpresa, no creía que alguien ignorara a uno de sus hijos.

—Lady Emma Mcbean, se casa hoy —respondió Bradley.

—¿La vecina de buen comer? —se sorprendió el duque.

Brandon colocó un rostro poco amable a su padre.

—No le diga así, por favor. Sí, es ella, ustedes no la conocen como yo, desde hace años la he visto y sé lo hermosa que es y no lo demuestra, pero ustedes no lo entenderán —explicó.

—Brandon, hijo, huir no es la forma de enfrentar los problemas, ponle cara —animó su padre.

—¿Para enfrentarme a qué? ¿A otra negativa? No... ya no... me voy por unos días y luego regresaré, me hará bien.

—Brandon, quédate conmigo aquí, yo te ayudaré —insistió Bradley.

—¿Tú ayudarme? Tienes la fortuna de que lady Anne esté muerta y no casándose con otro.

Ese fue un golpe bajo para Bradley, él aun amaba el recuerdo de Anne. Su hermano estaba dolido, nunca se había enamorado y ahora que lo hizo, no era correspondido.

—Perdón, Brad, no quería decir eso, me iré, no soy una buena compañía para nadie. Avisen a madre y a Angeline que me fui, estaré aquí para la boda de ella con Daniel.

Capítulo 15

Días después de la boda...

¿Cómo se había visto envuelta en tanta infelicidad? Todo resultó ser un engaño, una gran mentira. Ella creyó haberlo sacrificado todo por ese «matrimonio» que no era más que un teatro, donde Clark era el mayor titiritero, pero ese dolor y humillación no se lo iba a dejar pasar.

—Me las pagará, conde de Dudley. Juro que mi venganza será implacable —pronunciaba Emma desde un carruaje rumbo a Escocia.

Algo en su dulce y frágil corazón había cambiado. Se llenó de rencor y de desprecio, algo que jamás sintió, ni siquiera por el hombre que había intentado abusar de ella.

Dos hechos habían cambiado su forma de ver el mundo. El primero fue que la belleza era un peligro y el segundo, que no ser bella era el pecado más grande e imperdonable del mundo.

Clark se lo hizo saber de la forma más humillante. Ya no podía volver a Londres, no como lady Emma, porque su reputación ya para ese momento estaría arruinada. No encontraría marido, ni lord Brandon sería capaz de casarse con una mujer escandalosa.

***

El día de la boda...

Arthur llevaba a Emma del brazo hacia donde estaba Clark. Ella creía que su futuro esposo se veía reluciente, con una sonrisa en la cara, parecía muy contento.

—Emma, se ve usted bien hoy —la halagó Clark, sorprendido por sus propias palabras. Su poco agraciada prometida había bajado varias libras y casi le bailaba el vestido.

—Muy amable, usted se ve muy elegante como siempre, Clark —correspondió Emma.

La ceremonia había sido corta, firmaron un papel falso que había redactado el señor Dylan Warren, nada tenía valor legal dentro de ese matrimonio.

Al terminar, ambos iban a subir al carruaje, cuando Arthur se acercó a Clark.

—He cumplido con mi palabra y usted también, milord, tome lo que le pertenece —dijo Arthur devolviendo la fortuna de los Mottengarden.

Clark miraba los papeles, eran sus títulos, pagarés y otros documentos que acreditaban toda su herencia.

—Gracias, excelencia —respondió con un atisbo de sonrisa.

Subió al carruaje, con los papeles en la mano, mientras Emma lo observaba con curiosidad.

—¿Qué son esos papeles, Clark?

Él no sabía qué responder, de hecho, no sabía qué hacer con Emma en ese momento. No sabía hasta donde llevar la falsedad de aquel matrimonio.

—Solo papeles de algunas inversiones que hice con su hermano.

—Muy interesante —opinó sin realmente estar interesada en los negocios. — ¿Cuándo llegaremos? Sussex se encuentra a una buena distancia.

—Nos quedaremos en una posada al paso, para reposar del largo viaje.

—No conozco Sussex, cuénteme cómo es.

—Es muy bonito, crecí en aquellas tierras, tengo una mansión muy grande y muchas caballerizas.

—Los caballos provocan fascinación en mi persona, ¿Rain podría ser trasladada allí?

—¿Es su yegua?

—Sí. Antes, cuando era más pequeña, incluso la visitaba de noche.

—Es peligroso salir sola de noche —acotó Clark.

—Créame que ese peligro ya lo pasé y por no hacer caso, casi termina en tragedia para mí.

—Cuénteme.

—No quiero hacerlo. Me trae muy malos recuerdos —se pausó—. ¿Sabe que no siempre fui lo que soy hoy? Una noche en particular cambió mi vida y me convertí en lo que ve frente a usted, Clark.

—¿A qué se refiere?

—No siempre fui gorda y fea, me rendí ante el miedo, pero ahora que estoy casada ya no tengo que temer.

—¿Temer a qué?

—A la belleza. La belleza no hizo más que traerme desgracias.

Clark estaba sorprendido. ¿Belleza aquella mujer? ¿Qué, antes no era fea?

—Era toda una promesa, la más bella de todas, me había dicho mi madre pero...

—¿Pero qué?

—Un hombre intentó... —no pudo continuar al recordar la fatídica noche en que fue golpeada brutalmente.

—¿Qué intentó, Emma? —preguntó Clark, devorado por la curiosidad.

—Tomarme contra mi voluntad. Sin embargo, lord Brandon Waldow llegó a tiempo —aseguró Emma recordando a Brandon. Aquel era su héroe y gran amor.

En ese momento comprendió el porqué de la estrecha relación de lord Brandon Waldow con Emma, la conoció antes y sabía algo que él ignoraba.

—Lo siento tanto Emma. Una experiencia sin dudas muy difícil para ti.

—Más de lo que cree. Me llevó a ser lo que soy hoy, por miedo a sufrir lo mismo. Para mí, la belleza solo atrae el mal y el sufrimiento.

Llegaron a la posada. Emma bajó del carruaje y luego la alcanzó Celia.

—¿Clark, dormiremos juntos o separados? —preguntó Emma.

—Separados por hoy Emma, es mejor que descansemos —excusó Clark.

—Bien —aceptó con tranquilidad.

Clark los registró y luego cada uno subió a su habitación.

Un sentimiento de culpa lo invadió al enterarse lo que había acontecido con Emma en el pasado. Él le daría otra puñalada aun más profunda ¿cómo podía hacerlo?

—¡Dios, no puedo hacerlo! ¿Qué le diré? Maldita sea —masculló encerrado en su habitación.

El dolor que le causaría a esa muchacha sería peor que el intento de violación que había sufrido.

Iría a verla y le diría todo lo que pasó en ese mismo instante, la devolvería a su casa y todo arreglado.

Fue hacia la habitación de Emma y tocó la puerta.

Ella lo recibió. Tenía el cabello largo, pasando de la cintura, rubio y sus ojos lo miraban fijamente.

—¿Clark, quiere pasar? —lo invitó.

—No, solo vine a ver cómo estaba y a desearle buena noche —mintió cobardemente.

—Gracias, que pase buena noche también.

Después de que ella cerró la puerta, él se molestó consigo mismo.

—¡Por el carajo! —gruñó molesto por no haber tenido el valor en aquel momento, pero ya lo haría en Sussex.

Al día siguiente, estaban en Sussex. Era un lugar tan bello como lo había dicho él, la enorme mansión era parecida a un castillo de piedra gris.

—Es enorme, Clark —pronunció Emma, deslumbrada.

—Es imponente —admitió —, vayamos dentro, hay poca servidumbre, aún no han llegado todos.

—No importa, Celia puede atender nuestras necesidades.

—Excelente.

Fueron hasta las habitaciones del conde y la condesa donde él le indicaría cómo se distribuía el lugar.

—Ésta puerta...

—Ya sé para qué sirve, Clark. En casa había una, aunque nunca se usaba, mis padres dormían juntos.

—Mis padres también.

—Qué agradable coincidencia, quizás algún día podamos también dormir de esa forma —comentó con confianza al hallarse en el lugar más intimo de la casa. Si quería consumar su matrimonio debía contar la distancia que los separaba y tratarlo como lo que era, su esposo.

El sonrió nervioso, dirigiéndose a la puerta.

—Iré a recostarme, Emma, quedas en tu casa —condescendió Clark y se retiró.

—Descansa, yo haré lo mismo.

El matrimonio aún no se había consumado, no estaba cumpliendo con su objetivo de olvidar a Brandon. Hacer que ese matrimonio progresara, sería todo un sacrificio si no podía olvidarlo.

—Celia, prepárame un baño y el ajuar interior por favor.

—Sí, milady, usted está pensando en...

—Sí. No me avergüences y ve a hacer lo que te pedí.

Emma se arregló lo mejor que pudo y se atrevió a dar el paso a la habitación del que ella creía era su esposo.

Clark estaba casi sin ropa cuando la vio entrar.

—¿Emma, qué haces aquí? —preguntó cubriéndose.

—Vine a... a... cumplir —confesó con cierto temor.

Sintió como el temor se apoderaba de él.

—Emma, yo no...

Emma se acercó a él y lo besó, buscando las sensaciones que le daban los besos de Brandon, pero no las encontró.

El intentó zafarse, pero ella besaba muy bien, sabía a fresas.

Maldito fuera su cuerpo traicionero, la pegó a su cuerpo para sentirla.

—Tómame, Clark —pidió Emma, deseaba olvidar a su amor prohibido.

No podía, no estaban casados. Al parecer había llegado el momento de acabar con aquel teatro.

—No, Emma, no puedo hacerlo —dijo Clark.

—¿Por qué no? —inquirió confundida.

Tomó aire y mucho valor para hablar con la verdad.

—Porque en realidad no estamos casados. Todo fue una treta para recuperar mi fortuna —confesó, al fin.

—¿Qué estás diciendo?—palideció.

—Quise terminar el compromiso contigo al día siguiente en que te conocí, no quería casarme con alguien como tú.

Ella se sentó en la cama y continuó escuchando.

—Tu hermano me chantajeó. Yo había invertido todo mi patrimonio en una de sus empresas, y él aprovecho eso para obligarme a casarme contigo, pero conseguí una solución.

—Fingir un matrimonio —pronunció con voz fría y lágrimas en los ojos.

—Perdóname Emma, no quería hacerte mal, pero no eres la mujer que deseo. No quise llegar a esto.

—¿Soy fea no es así, lord Mottengarden? Soy gorda y asquerosa para que usted me toque —afirmó Emma al ver el desprecio en su rostro.

—No lo diga de esa forma.

—Lo digo porque es así, me utilizó, no, perdón... me utilizaron, usted y mi hermano, cada

quien para cumplir sus miserables objetivos —dijo ahogada en lágrimas de rabia e impotencia.

—Emma, no se ponga así —pidió Clark al verla desgarrada.

—¡No me llame por mi nombre!, yo que me sentía afortunada por no tener que buscar esposo, rechacé a lord Waldow por cumplir con usted. ¿Ahora quién va a querer a una cerda con la reputación mancillada por haber huido con un conde desgraciado y calavera?

—Lady Emma, perdóneme, pero no podía hacer otra cosa, usted es buena aunque no la quiero.

—Me ha arrastrado a este juego hasta hundirme.

—No sé qué hacer para solucionarlo, Emma, quizás arreglarle otro matrimonio.

—¿Para qué me hagan lo mismo? No milord, usted pagará por esto en algún momento.

Capítulo 16

Esa noche, Emma tomó todas sus pertenencias y las subió en el carruaje.

—¿Milady, qué sucede? ¿Por qué nos vamos?

—Cállate, Celia, y sube, te explico en el camino —ordenó, muy enojada.

Emma le contó a su doncella, desconsolada, lo que había pasado. La habían destrozado por bella y por fea, no tenía cabida en ningún lugar.

Para ese entonces, ya estaría siendo la comidilla de Londres y Brandon ya no querría saber nada de ella al volver. Le había reiterado que nunca más le propondría matrimonio por sus infinitos rechazos.

Solo le quedaba irse de Inglaterra.

Después de horas de viaje se quedaron en una posada, donde Emma pidió papel y pluma para remitirle una carta a su hermano.

> Querido Arthur,
>
> Solo puedo decirte que a ti te debo mi infelicidad, has chantajeado para que el conde se casara conmigo, y todos creímos en ese matrimonio, pero en realidad no existió, nada era legal.
>
> Soy todavía soltera y con la reputación mancillada por haber huido con un hombre al que creía mi esposo. No volveré a Londres, estoy decepcionada y abatida, te pido que no retes en duelo a Clark, yo me encargaré de hacerle pagar esta humillación que me ha hecho.
>
> Dile también a lord Brandon que lamento profundamente no haber aceptado su propuesta, pese que a mis sentimientos por él son los mismos que los suyos, jamás me aceptará de esta manera.
>
> Un beso a madre.
>
> Adiós.
>
> Emma

Emma pensaba en qué hacer y a dónde ir, no se le ocurrió nadie que pudiera tenderle la mano.

—¿Y si vamos a casa de su tía Linette, milady? —propuso la doncella.

—Irnos a Escocia es una buena idea, podré rehacer mi vida y buscar mi venganza —reconoció.

—¿Qué dice, lady Emma?

—Lo que oyes ¿piensas que dejaré a Clark burlarse de mí de esta manera? ¡Nunca! Soy una

Mcbean y nosotros nunca nos rendimos.

—Pero, milady, usted no es así...

—Algunas cosas cambian, Celia, y yo he cambiado con esto. Deseo tanto la venganza, como algo que nunca pensé desear —explicó con rencor impregnado en su voz.

—Milady, olvide esto e inicie de vuelta. Estoy segura de que lord Brandon la aceptará como fuera.

—¿Olvidar? ¿Me pides que me olvide que gracias a ese hombre ahora ya no puedo volver a mi casa? ¿Crees que Brandon o algún hombre querrá casarse conmigo? A razón de todo esto, Celia, que soy una bendita vaca que no puede elegir y menos ser elegida.

—Pues usted está así porque quiere. Usted puede ser bella nuevamente. Piense, milady, si quiere una venganza con sangre o un corazón roto —increpó la doncella—. ¿Cuál cree que dolería más?

—¿A qué te refieres? Habla claro.

—Sea bella de nuevo, use su belleza como venganza, le hará ver lo equivocado que estaba y se arrepentirá de lo que le hizo. Hará que lord Mottengarden desee volver al pasado y desposarla.

Emma pensaba en las palabras de su doncella, le subiría el sueldo por inteligente.

—¿Crees que podré lograrlo?

—Milady, le falta poco para ser lo que antes era. Con su tía la ayudaremos, estoy segura.

***

En Londres, Arthur recibía la carta de Emma, la leía y no podía hilar sus pensamientos de manera coherente.

—¡Desgraciado mal nacido! —exclamó.

—¿Arthur, qué te sucede? —preguntó su madre.

—El maldito me vio la cara, madre, Clark es rico de nuevo. Nunca se casó con Emma, todo fue fingido, nada era legal —contó con palpable frustración.

—¡No puede ser! —se desesperó lady Mabel.

—Ella no volverá a Londres, cree que su reputación está caída.

—¡Oh no, mi niña...!

—Madre, usted invente algo para que Emma no caiga en desgracia. Yo iré por Brandon para buscar a Emma.

—¿Por qué lord Brandon Waldow?

—Porque él ama a Emma, y me ayudará.

Arthur no perdió tiempo y fue a la casa de Brandon, pero no lo encontró.

—Excelencia, mi hermano no se encuentra, se ha ido a Hertfordshire el día que su hermana se casó, no pudo soportarlo —comentó Bradley.

—Lord Waldow, ayúdeme a llegar donde esta él, debemos salvar a Emma.

Bradley y Arthur partieron rumbo a Hertfordshire aquel mismo día.

Arthur no podía concebir que su hermana no volviera junto a ellos, no sabía que su reputación estaba resguardada hasta el momento.

Llegaron varias horas después hasta Hertfordshire.

Buscándolo por el campo, encontraron a Brandon leyendo bajo un árbol cerca del arroyo.

—¡Brandon! —gritó Bradley, al verlo.

—¿Qué haces aquí? Quiero estar solo y tú... ¿Arthur? ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido por estar acompañando a su hermano.

—Necesito que me ayudes a buscar a Emma.

—Ella debe estar con su esposo —afirmó Brandon fingiendo desinterés.

—Todos fuimos engañados. Clark fingió el matrimonio, en realidad nunca ocurrió —explicó Arthur.

—¿Cómo es posible?—dijo sobresaltado.

—Seguro fue obra de Dylan Warren, su abogado, pero el hecho es que Emma no quiere que lo rete a duelo, quiere vengarse por su cuenta y no sé donde está, no sé qué fue de ella. Me dijo que no volvería a Londres... mejor toma la carta —explicó Arthur.

Brandon la leyó y aquello, al parecer, lo despertó del letargo de haberla perdido, ella le correspondía, debía encontrarla y decirle que él la querría de cualquier forma.

—Vamos, Arthur, no debemos perder tiempo —alegó Brandon tomando el libro para volver a la mansión y emprender la búsqueda.

Los días que siguieron fueron infructuosos, llegaron a Sussex y ahí estaba Clark, solo en su mansión, bebiendo.

Brandon no pudo resistirse al verlo, le causaba el más infinito de los corajes.

—¡¿Cómo has podido hacerle algo así a Emma, eres una rata infeliz?! —increpó tomándolo de las prendas.

—Es culpa de su hermano, me chantajeó —se justificó Clark.

—Maldita la hora en que te cedí a mi hermana, eres de lo peor —alegó Arthur mirándolo con un odio desmedido.

—No peor que usted, excelencia —habló Clark con sarcasmo.

—¡Cállate! Si le pasa algo a Emma te mataré yo mismo —amenazó Brandon entre dientes.

—Vámonos, Brandon, no vale la pena, continuemos nuestra búsqueda —pidió Arthur con seriedad.

—Ojalá te mueras, rata —expresó Brandon tirando al suelo a Clark para ir tras Arthur.

Clark se sentía realmente culpable, Emma era una dama dulce y él la transformó. Estaba desaparecida, probablemente se culparía de por vida si algo le pasaba.

Brandon estaba desesperado, no sabían nada, no había enviado ni una carta para dar con su paradero.

<<¿Emma, dónde estás?>> se preguntaba Brandon, con constancia, agarrándose la cabeza por

la frustración.

***

Emma había llegado a la casa de su tía Linette,. Era una mujer muy bella a pesar de su edad: rubia de ojos azulados, y rostro de ángel.

—¿Emma, eres tú? —preguntó al no reconocer a la dama del carruaje.

—Sí, tía —respondió llorando y lanzándose a sus brazos.

—Pero niña ¿qué te ha sucedido? No te veo desde hace cinco años, estás diferente.

—Lo sé, tía, te lo contaré todo después de que mis posaderas dejen de dolerme —comentó con un toque de humor para pasar sus malos ratos.

—Pasa, mi niña.

Emma le relató todo lo ocurrido, le habló de la declaración de lord Brandon, de su falso matrimonio y de su venganza pendiente.

—Querida, opino como tu doncella, y tengo todo lo que necesitas. Puedes quedarte conmigo el tiempo que desees, tu prima se casó hace tiempo y casi no viene —la confortó Linette.

—Gracias tía, prometo portarme bien.

—Eso espero. Mañana mismo empezaremos a ponerte hermosa, cariño.

—No se preocupe, haré todo lo posible por quedar perfectamente, tengo mucho que ganar y nada más que perder —indicó con una sonrisa triste.

—¿Ganar? ¿Qué crees ganar?

—Iré por Clark, lo enamoraré y le partiré el corazón en mil pedazos y también veré si aún puedo recuperar a Brandon, siendo hermosa no tendré vergüenza de estar a su lado.

—Niña, por lo que me has contado no creo que a ese hombre le guste tu venganza.

—Esa venganza es lo primero, el amor puede esperar. Deseo ver a Clark destrozado y clamando, por mi amor y por mi belleza —concluyó. Aquel vengativo pensamiento empezaba a consumirla con rapidez.

Capítulo 17

Escocia, 1842.

—Emma, ten cuidado, no te pases de lista, por favor —rogaba su tía.

—Tía, no me llame así, ya no soy Emma, recuerde que soy lady Charlotte Mcbean, prima de Emma.

—¡Oh sí, claro! ¿Y no será sospechoso que te lleves a Celia por todas partes? Iré contigo a Londres, jovencita, eres un peligro sola.

—Sé defenderme sola ahora, tía, he practicado tiro y esgrima.

—Claro, y también has entrenado a esa lengua venenosa que adquiriste.

—¿Lo dice por esos amables caballeros que pidieron mi mano? ¿El conde, el mequetrefe marqués, y el pequeño duque? Se lo merecían, ninguno está a la altura de esta mujer que soy hoy —aseguró con altanería.

—Estás muy alzada, niña.

—Debo llegar con la actitud correcta si quiero lograr mi propósito que es hundir en la miseria a Clark. Evidentemente, tía, mi actitud no será la misma con Brandon, si no está casado claro está, seré como un lobo disfrazado de oveja.

Emma iba a guardar su libro donde estaban sus dos rosas blancas que le había regalado Brandon, pero antes lo abrazó con afecto.

—Quizás me acepte —, pronunció con humildad del corazón.

—Si sigues con la idea de vengarte, no lo creo.

—Tía, basta de esas cosas tan negativas que me dice, trato de que Charlotte se sienta segura —reclamó.

—Sí, Emma —obedeció su tía, rodando los ojos.

—¡Tía!

—Bien, Charlotte, yo tengo mis maletas ya hechas, necesito un poco de emoción en Londres y también ver a tu madre y a tu hermano.

—Sí, claro, ellos me reconocerán en el acto.

—Guardarán el secreto.

—Tía, hospedémonos en su casa de Londres. No quiero ir a donde esta mi madre, Brandon es mi vecino, o al menos lo era.

—Está bien querida, mueve ese bello cuerpo para irnos.

Emma empezó a hacerse llamar Charlotte, por su segundo nombre, nadie la reconocería, ni siquiera Brandon. Era tan bella y delgada que nadie creería que era la misma Emma.

Llevaba el cabello solo en parte recogido casi todo el tiempo y no usaba peinados recogidos completos, ni los bucles. Dejaba a su cabello ser libre, lo que la hacía aun más bella.

No perdieron más tiempo y partieron hacia nueva temporada en la agitada Londres.

***

Londres, 1842.

—Nada, se la tragó la tierra —decía Brandon, frustrado.

—La buscaste por casi dos años, Brandon, es momento de que...

—¿Qué la olvide? La quiero y me quiere, no descansaré hasta encontrarla.

—Has sido célibe dos años, Brandon, incluso siendo nombrado marqués por nuestro padre, tienes damas postradas a tus pies, no quisiera ser tú —declaró su gemelo.

—Mira quien lo dice.

—Yo solo... ¡ya basta...! siempre me usas contra mí mismo.

—Pues, tienes cola que te pisen.

—No has salido en mucho tiempo, en dos días es el baile de máscaras de tía Mariane, iremos quieras o no.

—Iré porque siempre me insistes, quizás así dejes de hacerlo.

Brandon no había cesado su búsqueda al igual que Arthur, nadie recibió cartas de ella en todo este tiempo.

***

Clark volvió a su vida de locura y descontrol, muy poco tiempo le duró el sentimiento de culpabilidad por lo que hizo con Emma.

—Marie, ya basta.

—¡No me dejes, Clark!

—¡Ya no quiero estar contigo, estás descuidada! ¿Entiendes?

—¡No todo es belleza, eres repugnante, este hijo puede ser tuyo! —le reclamó Marie con vehemencia.

—Puede, pero no lo es y lo sabes, vete y dile a tu otro amante que te mantenga.

—¡Vete de aquí! ¡Te arrepentirás de esto!

—¡Lo que digas! ¡Hasta nunca, Marie! —se despidió burlón dejando en medio del llanto a Marie.

Clark estaba harto de ella, lo quería culpar de su embarazo sabiendo que ella andaba con otros

caballeros.

Probablemente, les cantaba la misma canción a los otros.

Al salir del lugar que durante años había compartido con Marie como amantes, fue junto a su amigo Dylan, cuando en el camino se cruzó con un carruaje desconocido, el cual le llamó poderosamente la atención al ver a la hermosa joven que iba adentro.

—Hemos llegado, querida —avisó la tía Linette—, baja para que entremos.

En ese momento, Charlotte bajó del carruaje sin percatarse de que Clark la había visto.

Después de unos segundos, ella giró la cabeza y también lo vio. El odio en su interior renació rápidamente, debía acercarlo a ella para empezar su venganza, tenía que aprovechar cada oportunidad que tuviera y hundirlo.

Emma tomó su abanico y lo lanzó al suelo para probar su caballerosidad.

Clark corrió a levantarlo. Cuando se lo iba a pasar, la miró directamente a los ojos. Era la mujer más bella que había visto nunca, sus labios rojos y su cabello suelto eran todo un sueño.

—Milady, esto es suyo —indicó en tono amable.

Ella lo miró fingiendo sorpresa.

—Muy amable, caballero, a veces una puede ser tan torpe —se excusó con falsa modestia.

Aquella voz de sirena casi lo enloquece, su tono era de pura dulzura y coquetería, debía saber quién era ella.

—Déjeme presentarme, mi dama, soy Clark Mottengarden, conde de Dudley, ¿y usted, milady?

—Lady Charlotte Mcbean de Kirkwall, milord, un placer conocerlo —se presentó.

—¿Mcbean dijo? —preguntó con sorpresa.

—Sí, milord, soy prima del duque de Lancaster.

Al escuchar aquellas palabras, supuso que esa mujer debía saber algo de lady Emma.

—¿Sabe algo de lady Emma?

A Emma le sorprendió que él tan siquiera se acordara de ella.

—De ella, nada, solo que hace años se fue y no sabemos por qué —respondió con toda tranquilidad.

Clark respiró sintiendo que aún tenía oportunidades de coquetear con la recién llegada.

—¿Milady, sería tan amable de concederme un baile en la fiesta que organizan los Lowel? Claro, si es que ha venido a participar de la temporada.

—Nos veremos ahí, milord, si quiere un baile conmigo deberá competir con los demás caballeros —indicó Emma.

—No lo dude, milady, hasta dentro de dos días —pronunció sonriente Clark.

—Hasta entonces, milord —se despidió Emma fingiendo amabilidad.

Ella quería estrangularlo como no tenía idea, lo odiaba, necesitaba su venganza, y el primer paso estaba dado. La vida lo ponía nuevamente en su camino para hacerle pagar todas las cosas que había hecho para humillarla. Esa fiesta sería el principio, aunque tal vez se encontrara con Brandon, pues los Lowel eran sus parientes.

***

Clark iba más que feliz llegando junto a Dylan.

—¿A qué se debe tanta felicidad? —preguntó con tono irónico.

—He conocido a la más bella de las mujeres existentes en Inglaterra, mi amigo —alegó Clark con una sonrisa que partía su cara en dos.

—Siempre dices lo mismo —objetó Dylan ordenando sus papeles en el escritorio.

—¡Oh no! cuando la veas lo sabrás, quedé en invitarle un baile en lo de tus futuros suegros.

—No lo son ni lo serán, nunca me darán a su hija y lo sabes, no te burles. Los Lowel son de muy alto vuelo y yo no estoy a la altura de la señorita Lucy.

—¿Por qué no intentas que te acepten?

—¿Y qué les diré? ¿Qué soy un abogado y nada... nieto de un aristócrata? ¿Y que hasta ahí llega mi nobleza? No, gracias, dirán que no tengo nada que ofrecer a la señorita Lucy —lamentó.

—Se nota que le gustas, eres bien parecido, no creo que el título importe demasiado, además lord Harold es el segundo hijo ¿qué más da?

—No importa. No discutiremos más este asunto, está muy gastado, mejor cuéntame más de tu musa —se burló cantarín.

—Es rubia, de ojos entre azules y verdes, una boca delicada y una voz de sirena, se llama lady Charlotte Mcbean, aunque obviamente es hija de alguien que heredó un título escocés.

—¿Mcbean? De...

—Sí. De esos mismos Mcbean.

—Creo que te meterás en problemas con esa joven.

—No, no, no sabe nada sobre lo que pasó entre Emma y yo. Emma se fue muy lejos o al menos eso me dijo la sirena.

—Si es su pariente, ni se te ocurra —pidió Dylan—, ya tuve que resolverte un problema con ellos, no quiero tener que resolver otro.

—Veremos cómo se dan las cosas, quizás al final sí forme parte de los Mcbean —sonrió sin vergüenza.

—¿Es que no te mides? Has vuelto a tus porquerías. Debes realmente salir de tu vicio por las mujeres.

—Todavía no conozco a una que me de todo lo que necesito, así que continuaré buscando —explicó Clark, mirando el rostro molesto de su amigo.

Capítulo 18

Llegó el día de la fiesta, y Brandon estaba tan decaído que no quiso ir. Sabía que le había dicho que sí a Bradley, pero no estaba con el ánimo suficiente para enfrentar la noche.

—Brandon, vamos, levántate ya, me preocupa verte así —dijo Bradley estirándolo de los brazos.

—Brad, no iré a ninguna parte, estoy demasiado cansado.

—¿Cansado de qué? ¿De pasarte llorando y echarte a morir aquí, leyendo quién sabe qué cosas? ¿Son esas las novelas de madre? —se horrorizó su gemelo.

—Están buenas, deberías dedicarles un poco de tiempo —sugirió Brandon.

—No. Me harán llorar como a ti, y la verdad es que quiero salir también del hoyo, vamos a la fiesta. Es de la tía Mariane, ella nos adora, no podemos fallarle.

—¡Ay Dios, que eres insistente! Voy a cambiarme y ni se te ocurra copiarme, no quiero jugar a ser tú.

—No lo haré, vamos rápido que ya estamos muy tarde —apresuró Bradley.

Media hora después, Brandon estaba totalmente listo, bajó las escaleras y encontró a Daniel y Angeline.

—Buenas noches. ¿Dónde dejaron a la pequeña lady Emeline? —saludó Brandon.

—Buenas noches —respondieron ambos al unísono.

—La dejamos con su niñera, claro, no podíamos perdernos la fiesta de tía Mariane —alegó Angeline.

—Eme está en buenas manos —dijo Daniel.

Ya había pasado un año y unos meses del aquel ansiado matrimonio. Se veían tan felices pese a que casi perdieron a Angeline, que había heredado la enfermedad de su madre.

Daniel ya no quería tener hijos por miedo a que volviera a ocurrir algo similar y que esta vez sea ya imposible salvarla, aunque ella insistía en buscar un heredero para el marqués.

—¿Bradley, ya estamos todos listos? —preguntó Brandon.

—Faltan madre y padre.

—Pues ve a buscarlos.

—Ve tú, yo no pienso ser partícipe de sus... sus... cosas —se excusó Bradley sonrojado.

—¿No están un poco viejos para eso? Padre ya está por los 63 años y madre le pisa los talones —sugirió Brandon.

—Déjalos, son felices —decía Angeline—, iré a buscarlos para que ustedes no se escandalicen, muchachos puritanos.

—¡Búrlate Angeline! —se quejó Bradley.

Montados en dos carruajes, partieron a la fiesta. Fueron anunciados en la entrada, llamando la atención de los presentes.

Las jovencitas empezaban a pegarse por los gemelos que, con cara de pánico, comenzaron a escurrirse hasta llegar donde estaba Stephen.

—¡Stephen! —gritó Bradley —, por fin alguien decente en todo este barullo.

—Oh no, ya vienen ustedes, me espantan a las candidatas.

—También nos alegra verte —dijo sarcástico Brandon.

—¿No saben si ha venido lady Helen? —preguntó Stephen mirando a los alrededores.

—A Daniel no le va a gustar que preguntes por su hermana —alegó Bradley, con burla.

—¡Cállate! Ahí viene —se desesperó Stephen.

—¡Stephen, qué gusto verte! ¿Todavía no has conseguido esposa? —inquirió Daniel saludándolo.

—No, aún estoy en eso.

—Te estás haciendo viejo y te estás perdiendo de algo muy bueno —aseguró Daniel.

En ese momento escucharon que fueron anunciados el marqués de Huntly, la marquesa y su hija.

—Ya llegó por quien llorabas, Stephen —delató Bradley para ponerle sabor a la noche.

El rostro de Stephen se había puesto pálido como una hoja, Bradley no pudo decir aquello en el peor momento, era justamente frente a su hermano.

—Yo...

—¡Habla ahora, Stephen, antes de que pierda la cabeza! ¿Estás interesado en mi hermana? ¿En mi hermanita? —preguntó Daniel, cargado de celos mientras lo miraba fijamente— Piensa bien antes de responder, amigo.

Stephen tragó saliva y agarró valor.

—Sí. Estoy interesado en ella, pero no sé cómo acercarme sin que tú o tu padre me maten.

El rostro de Daniel se suavizó, y le tocó el hombro.

—Ven conmigo. Te ayudaré. Sé que tus intenciones son buenas y yo te apoyo, no podría dejar a mi hermana en mejores manos.

—¿Es...es...en serio? ¿No irás a matarme en el jardín?

—Vamos, querido amigo, antes de que me arrepienta...

—¡Éxitos, Stephen! —exclamaron los gemelos al verlos partir. Stephen era un excelente joven, Helen no podría estar más que orgullosa de tenerlo a él como pretendiente.

***

Emma aun no bajaba del carruaje, esperaba que apareciera su hermano Arthur.

—Mote, dígale a aquel caballero rubio con chaleco verde que hay una dama que necesita hablar con él en este carruaje —ordenó Emma.

—Sí, milady.

El lacayo fue corriendo hasta Arthur que iba entrando con su madre.

—Mis disculpas caballero, tengo una dama que necesita hablar con usted en aquel carruaje —expresó el sirviente con la cabeza gacha y señalando el lugar.

Arthur, desconcertado, miró el carruaje sin escudo.

—Está bien, iré. Usted, madre, adelántese... —pidió a su madre mientras él iba hacia donde lo esperaban.

—Ten cuidado, Arthur, que no sea una loca cazafortunas —advirtió preocupada la duquesa.

—Sé cuidarme, madre.

Siguió al lacayo hasta la oscuridad donde se encontraba el carruaje, él le abrió la puerta.

—Suba, excelencia —pronunció una voz suave y conocida que venía de adentro.

Cuando al subir vio a su tía Linette, estaba todavía más desconcertado.

—¿Tía Linette? ¿Qué hace usted aquí?

—Vine a acompañar a Charlotte —alegó.

Él observó a la bella mujer que estaba frente a él y la reconoció.

—¿Emma?

—Hola, hermano, soy yo... Espero que nadie me reconozca aparte de ti —sonrió contenta por ver a su hermano.

—¿Pero qué haces aquí? ¿Dónde estuviste y qué te paso? ¿Sabes lo que pasamos buscándote?

—¿Pasaron?

—Brandon y yo, él está destrozado, todavía no se resigna a que hayas desaparecido.

—¡Oh, mi valiente Brandon! Ya tendré tiempo para verlo —indicó con una sonrisa —, ahora necesito que me ayudes y le digas a todos que soy tu prima.

—¿Por qué, Emma?

—Ya no soy Emma, soy Charlotte Mcbean, porque estoy preparando mi venganza hacia Clark. Pagará por lo que me humilló, y luego tú y yo saldaremos cuentas —advirtió con seriedad.

—¿Por qué no dejas que mate a Clark?

—Ya no quiero que ensucies tus manos por mí. Mi venganza será peor que la muerte, lo dejaré muerto en vida.

—Dios, ¿qué harás, Emma?

—Enamorar a lord Mottengarden y llevarlo hasta la locura, ahora que soy hermosa cualquier cosa se me permitirá.

—¿Y qué hay de Brandon? Él me ha confesado su devoción a ti.

—Sus sentimientos son plenamente correspondidos, pero no tengo tiempo para el amor. Es tiempo de cobrar las deudas que ese conde del demonio tiene conmigo.

—Emma, ¿qué te ha pasado? No te reconozco, tú no eras así...

—¿Sabes quién me hizo así? Tú... —lo señaló —, que me vendiste y Clark que me humilló fingiendo un matrimonio, diciéndome que jamás le gustaría. Hice el ridículo tratando de consumar el supuesto matrimonio, y fue ahí donde me di cuenta de todo.

—Perdóname, Emma, pensé que te estaba asegurando el futuro —respondió Arthur arrepentido.

—Aunque, gracias a eso, ahora soy lo que siempre debí ser y que ese mozo me arrebató, la belleza y las ganas de ser bella.

—Emma, por favor, piensa bien lo que harás.

—Ya lo tengo todo listo, entraré después de ti, y dile a madre que no se ponga a cacarear al verme, cuéntale de mi plan, yo los visitaré después.

—Está bien, Charlotte —aceptó Arthur—, adiós.

—Y recuerda, Clark cree que no sé lo de Emma, solo salúdame en la fiesta.

—Bien —asimiló su hermano bajando del carruaje y pensando en lo que su desorientada hermana estaba tramando.

Clark llegó a la fiesta acompañado de su madre que no dejaba de ofrecer a cuanta dama estuviera en su campo visual.

—¡Mira cuántas damas hermosas y elegantes hay para ti, hijo!

—Muy lindas —coincidió distraído Clark mirando a todas partes esperando encontrar a lady Charlotte.

—Lady Linette de Kirkwall y lady Charlotte Mcbean de Kirkwall —anunciaron en la entrada.

Todos giraron y se quedaron mudos. Lady Charlotte era esplendorosa, parecía una mariposa con su vestido dorado y escotado, que envolvía su delgada figura. Una bella cintura capaz solo de compararse a una avispa, y el pelo más extravagante.

—Es bellísima —comentó Bradley.

—¿Quién? —preguntó Brandon que estaba distraído.

—Esa mujer, lady Charlotte Mcbean de Kirkwall.

—¿Mcbean? —Eso llamó la atención de Brandon, de todas formas miró hacia donde ella estaba y vio a la mujer más bella que sus ojos habían registrado.

Al observarla con detenimiento, su altanería y narcisismo podían verse en su rostro.

No sabía que existiera alguien así y aquello no le agradó. Sus ojos no brillaban como una dama con buenas intenciones, quizás fuera una cazafortunas o solo él se estaba figurando la maldad, en semejante mujer perfecta, al simple ojo humano.

—Mira quién se le está acercando primero para completar su carnet —comentó Bradley, cizañero. Sabía cuánto molestaba a su hermano la presencia de Clark cuando coincidían.

—Clark... tal para cual...

—¿Por qué dices? ¿No te gusta la dama?

—No. La verdad que siento algo extraño cuando la veo, es una fachada de algo efímero y

superficial. Me voy al jardín, no debí venir, no me divierto, ni soy buena compañía —alegó aun mirando hacia el conde con absoluto desprecio.

Capítulo 19

Clark se acercó a Emma y le completó el carnet.

—Buenas noches lady Charlotte, se ve usted tan hermosa esta noche —la alabó Clark, condescendiente.

—Gracias, milord, muy amable.

—He firmado para un vals, milady, espero no le moleste.

—No, milord, ¿qué le parece si bailamos el que está por empezar ahora? —sugirió ansiosa.

Emma quería deshacerse de Clark y buscar a Brandon, lo había visto retirarse al jardín. En realidad, no sabía si era Brandon o Bradley, ya averiguaría después.

Fueron a la pista y comenzaron a danzar. Clark era un buen bailarín, ella estaba siendo la envidia de la noche, todas las damas y caballeros tenían los ojos puestos en ella.

Se sentía en las nubes, y pensar que antes ni siquiera notaban su existencia. En ese momento se dio cuenta de cómo era importante ser bella en la sociedad londinense.

—¿En qué piensa, lady Charlotte? Está usted muy callada.

—En la compañía, milord, es usted muy agradable.

—Gracias por el cumplido, milady, cuénteme algo sobre usted —pidió sonriendo.

—Me gusta la lectura, la esgrima y algunas prácticas de tiro —contó Emma, como si le hablara del clima.

—Son actividades demasiado rudas para una dama tan refinada como usted, le faltaba practicar boxeo —opinó con deje de burla.

—Créame que quise hacerlo, pero ya mi tía no me dejó, dijo que esa disciplina haría que me viera poco femenina.

—¿Por qué quiso practicar esas violentas disciplinas? —inquirió curioso.

—Defensa, milord, hay demasiados hombres con no muy honorables intenciones —justificó.

—¿Usted cree que podría ser yo uno de ellos?

—Quién sabe, aun no lo conozco pero le digo una cosa, he venido a buscar esposo y no otra cosa —tentó, de manera de dejarle claras sus intenciones.

—Muy directa —expresó un poco sorprendido por la brusquedad con la que se lo dijo.

—No quiero que existan malas interpretaciones, milord —insinuó con mirada penetrante.

El vals estaba llegando a su fin, ambos se despidieron y fueron hacia sus familias.

—Dylan, qué gusto —saludó Clark.

—¿Cómo estás? Te vi bailando con esa mujer tan bella.

—Ella es de quien te hablé.

—Lo recuerdo, te has quedado corto en la descripción.

—Es toda una fiera, que me gusta —contó Clark, observando a Charlotte mientras charlaba.

—¿Y será que le agradas para que te brinde sus atenciones?

—No lo sé, pero intentaré seducirla al menos. Ella viene a casarse y yo no sé si estoy listo aún —agregó guasón.

—Probablemente nunca lo estés, y quizás... —Dylan se quedó callado.

—Mira, la señorita Lucy —anunció Clark al verla pasar.

El hombre estaba totalmente atontado por ella.

—¿Dylan? ¡Dylan, hombre! —lo golpeó Clark.

—¡Qué! —respondió despertando.

—No seas tan evidente, ve a pedirle un baile.

—¿Pe...Pero si no quiere? —repuso con tibieza.

—¡Ve!—animó Clark, y vio que su amigo salió disparado a buscar aquel baile.

—Buenas... no... noches, señorita Lucy —pronunció, Dylan, tartamudeando con el rostro rojo como un tomate.

—Buenas noches, señor Warren —correspondió Lucy.

—¿Me permitiría completar su carnet para alguna pieza? —pidió esperanzado.

—Está lleno, pero para usted le diré a uno de mis primos que le ceda un vals.

Dylan colocó una sonrisa tan grande que le tapaba toda la cara. Su Lucy le daría un vals, era su sueño.

—Será un honor, señorita.

—El honor será mío, señor Warren.

Para Lucy, Dylan era un joven atractivo solo que sin título. Se sabía que era el hijo de la hermana menor de un conde sin hijos varones, solo con hijas, por lo que al morir este, probablemente heredaría el título de su tío. A ella en realidad, no le importaban los títulos, pues su padre no tenia ninguno, ni su madre. Pensaba que el señor Warren era una buena opción para el matrimonio: honorable, atento y trabajador.

Emma estaba, por el momento, conforme. Había tirado el señuelo del matrimonio para que Clark se apurase a cortejarla.

Después de tanto bailar, sus pies la estaban matando. Pero no podía resignarse todavía, debía ver a Brandon.

Empezaría por averiguar si el que estaba en el salón era Brandon o Bradley.

Ella se acercó al gemelo presente.

—Buenas noches, milord —saludó —, busco al lord Brandon.

—Buenas noches, milady, en realidad, ya no somos simples lores, soy el marqués de Blandford, y mi hermano es el marqués de Granby, si usted quiere puedo ser Brandon —

respondió con coquetería.

—Entonces debo suponer, señoría, que usted es su gemelo —distinguió.

—El más guapo de los gemelos —aclaró él en tono divertido.

—Ya lo creo, siendo gemelos. ¿Dónde podría encontrarlo?

—Él ha salido al jardín hace un buen tiempo.

—Muchas gracias, señoría, que tenga una buena noche —se despidió, emprendiendo la salida al jardín.

Brandon estaba solo sentado en uno de los bancos del jardín de sus tíos, al lado de las rosas blancas.

Era prácticamente una costumbre en todas las residencias donde vivían los Lowel que existieran rosas blancas, la condesa de Derby había llevado un brote a cada casa de sus hijos y en todas habían florecido.

Se sentía triste y solitario. Arrancó una rosa blanca, se la llevó a los labios, miró a la luna, y pensó en Emma.

Emma lo miraba desde la puerta de salida al jardín. Brandon tenía la rosa blanca, probablemente estaba pensando en ella. Se sintió ahogada y con ganas de llorar, veía en él un joven triste besando la rosa ¿qué debía hacer? Presentarse a él como Charlotte, o decirle que era Emma, su Emma.

Dio unos pasos sobre algunas hojas y él se giro bruscamente, saliéndose de sus pensamientos.

—Disculpe, señoría, no sabía que había alguien más aquí —se disculpó, Emma acercándose.

—Ya me retiraba, milady —respondió dando unos pasos hacia la puerta.

Ella no podía dejarlo ir.

—Es una bella rosa, ¿espera usted a una dama? —cuestionó esperando darle conversación y que no se fuera.

—No. En realidad, estoy esperando que algún día aparezca nuevamente —contó sin darse cuenta de que le contaba sobre su vida a una desconocida.

—¿A dónde fue su dama?

—Es una buena pregunta, pero a la que no tengo la respuesta.

—¿Señoría, quiere usted hacerme compañía un momento?

—No es correcto que esté aquí solo con una dama como usted, milady, no tengo muy buena reputación.

—No me importa el qué dirán.

—A mi sí, milady, no quiero que piensen que me estoy aprovechando de usted, en el jardín de mis tíos.

—Le aseguro que no lo pensarán —dijo ella acercándose a él, mientras Brandon daba un paso atrás.

¿Qué le sucedía a esa mujer? Su voz le recordaba a Emma, tenía un tono muy dulce, pero Emma era diferente.

—Me retiro, milady, que tenga buena noche —se despidió, huyendo.

—Desearía ser esa dama misteriosa a la que usted espera —alegó antes que se marchara.

Eso lo paralizó, y él se giró para contestar.

—No creo que quiera serlo, ella sufrió mucho mientras estuvo aquí, y no deseó lo que le ofrecí, pensó que me burlaba de ella.

Ella nuevamente fue hacia él y puso sus manos en su pecho.

—Estoy segura de que ella no supo apreciarlo, señoría, quizás por miedo.

El la miró directamente a los ojos, podía jurar que eran iguales a los de Emma.

—¿Usted es familiar de Emma?

—¿Emma Mcbean? Sí, soy su prima.

—¿Usted sabe dónde puedo encontrarla?

—Emma se fue de Inglaterra —le recordó.

—¿Pero a dónde?

—No lo sabemos, lo cierto es que no volverá.

Brandon se puso aun peor. Emma jamás volvería. No tendría probabilidades de encontrarla.

Emma notó aun más su semblante entristecido después de decirle aquella mentira.

—¿Usted estaba enamorado de Emma? Ella era fea... y...

—No diga nada más —la defendió —, ella era hermosa. Por fuera no se la podía ver, pero por dentro era como esta rosa blanca, pura e inocente.

Con aquella comparación, Emma cayó seducida por su amado.

—En verdad que usted parece estar enamorado.

—Enamorado de alguien que no volverá, quizás también deba irme de Inglaterra.

—¡No, por favor, no se vaya! —exclamó con miedo a no verlo, y se pegó a su pecho con un abrazo.

Él, sorprendido por el abrazo, no pudo alejar a la dama. Al parecer, su primera impresión sobre ella lo había engañado, tal vez no estuviera hueca.

—¿Milady, qué hace? Podrían verla y su reputación estaría por el suelo después de esto.

—Le dije que no me importaba el qué dirán —dijo soltándose un poco de él y mirándolo a los ojos—, quiero un amor como el suyo, quiero un amor de verdad.

Estaba seguro de que nadie en el mundo estaría tan sorprendido por el giro que dieron las cosas.

—Pues con Clark no lo encontrará, él fue quien dañó a Emma.

Eso ella lo sabía muy bien.

—¿Señoría, podría pedirle algo?

—¿En qué puedo ayudarla?

—Deme un beso —pidió.

—¿Un beso? —cuestionó, confundido.

—Deme un beso —reiteró, decidida.

—No, yo no...

—Por favor —rogó con los ojos brillándole por las lágrimas que amenazaban con salir y delatarla.

—Por favor, milady —dijo para que lo librara de besarla.

Vio que una gota escapaba de sus ojos.

—¡Está bien, pero no llore! —cedió—, no entiendo porque llora.

—Es que... es que... Usted me conmueve —justificó, mientras él le cubría los labios con los suyos.

Capítulo 20

Él la besaba tan suavemente que la hacía tocar el cielo con las manos.

Brandon pensaba solo en Emma, su prima besaba como ella. Era como saborear fresas y miel, estaba concentrado, y sobre todo convencido de que era Emma.

Bajó los labios por su cuello, llevado por la tentación de probar su piel, mientras ella gemía, como si aquello fuera una cruel tortura.

Sus manos viajantes, bajaron hasta el escote de la dama, haciendo que se fuera perdiendo la inocencia de aquel beso.

Un susurro ininteligible, escapó de los labios de Emma, se sentía viva en los brazos de Brandon.

—Emma... —murmuró mientras subía nuevamente a sus labios para continuar con el inspirador beso, hasta que abrió los ojos y la empujó. —Lo siento, milady, no debí perder el control de esa manera —expresó avergonzado—, mejor me retiro. Tome —volvió a decir, obsequiándole la rosa blanca.

—No se disculpe, lo he disfrutado tanto, o más que usted —sonrió—, espero volver a verlo —dijo agarrando la rosa y llevándosela a los labios.

—Hasta luego, milady —se despidió, volviendo al salón.

Emma quedó con una sonrisa en los labios, amaba a Brandon, lo deseaba con el alma, pero no podía todavía estar con él sin antes hundir a Clark en la miseria del amor.

—Charlotte —la llamó su tía —, estuviste aquí con un caballero a solas, es peligroso.

—Él no es peligroso, tía, era Brandon —contó, y sintió el aroma de la rosa.

—¡Oh, mi niña! ¿Se lo has dicho? Entró un poco afectado al salón.

—No, tía, solo sé que ama demasiado a Emma.

—¿Por qué no le dices que eres tú?

—No puedo, no me dejaría en paz para terminar con mi verdadero objetivo, no pararía hasta que me case con él.

—Ya olvida la venganza y date la oportunidad de amar, que este hombre lo rete a un duelo por tu honor.

—No, tía. Quiero tomar esto yo misma, es mi venganza no de él, ni de Arthur; es solo mía.

—Estás ciega por la venganza, ¿perderás al amor por eso?

—Si debo perder el amor, lo haré, mis deseos de ver sufrir a Clark son más grandes que

cualquier cosa.

—¿Incluso más grande que el dolor que le causas a ese joven que te ama?

—¡Basta, tía! quiero irme ya de la fiesta, vámonos —pidió. Ya no toleraba los intentos de su tía por convencerla de no vengarse.

—Como gustes —consintió su tía.

Clark vio que lady Charlotte se retiraba, entonces corrió hasta ella y le dijo:

—Espere, milady.

—¡Milord! —expresó con sorpresa.

—Quisiera invitarla a un paseo por el parque mañana —promulgó.

—Oh, claro, búsqueme en Mayfair, a las diez.

—Ahí estaré. Hasta nuestro próximo encuentro —se despidió, coqueto.

Brandon, que todavía no se había ido, escuchó lo que Clark y Charlotte hablaban, debía advertir a la prima de Emma. Estaba en peligro cerca de aquel hombre que había embaucado a Emma, huyó por la vergüenza de que su reputación estuviera mancillada de por vida. Gracias a Dios, nunca nada se supo sobre ese hecho. La gente preguntaba a dónde había ido Emma, a lo que su madre respondía que había ido Francia, a casa de unos parientes. Era todo un teatro montado alrededor de su desaparición.

Había decidido que mañana él también daría un paseo por el parque.

—¡Brandon! ¿Ya te encontró la belleza? —preguntó Bradley.

—¿A qué te refieres?

—A lady Charlotte, te estaba buscando, le dije que estabas en el jardín.

—Me encontró, charlamos y... ¡un momento! ¿Ella te preguntó directamente por mí?

—Sí, me preguntó por lord Brandon primeramente, pero le aclaré que ya eres marqués.

—Pero si no me conoce ¿para qué me buscaba?

—Es rara, tengo la impresión de que la conozco de algún lugar.

—Yo lo siento todavía más.

Ella tenía un secreto, ¿cuál era ese secreto? ¿Por qué había preguntado por él?

Solo podía ser Emma. Esta prima tuvo contacto con Emma y ella le habría contado todo.

Esa era la única explicación racional que existía, y él le sacaría la verdad a esa dama.

***

Por la mañana, Emma se levantó temprano junto a su tía y fueron a la mansión de su hermano.

—¡Emma! —exclamó su madre—, ¿por qué me has hecho esto? —reclamó llorando.

—Madre, era necesario. El conde se burló de todos nosotros, en especial de mí. No podía volver, todo Londres se burlaría de mí —indicó Emma.

—Tu reputación está intacta, mi niña —contó su madre.

—Eso es bueno, pero por el momento no soy Emma.

—Vuelve a la casa con nosotros, hija.

—No, madre. Primero, está Clark.

—¡Por Dios, Emma! Sé razonable, por favor —pidió lady Mabel.

—Estoy siéndolo, tomaré la justicia por mí misma, es lo que corresponde.

—Emma, desperdicias tu juventud, pronto cumplirás 20 años —intentó persuadirla con aquel argumento.

—Todavía soy joven —justificó.

—Emma —llamó Arthur—, Brandon aún te espera.

Aquella afirmación hizo que ella se removiera incomoda en su asiento.

—Por favor, no vuelvas a mencionarlo, me hace daño.

—Tú lo estas dañando mucho más con este engaño —acusó su hermano.

—¡Ya basta! —reclamó—, déjenme hacer esto. No debí presentarme ante ustedes. Vámonos, tía, ya no tenemos más que hacer aquí, además, tengo un paseo con Clark.

—¿Vas a salir con ese truhán? —increpó Arthur, enojado.

—Sí, es parte de mi propósito.

—¿Hasta dónde llega tu gran propósito, Emma? —cuestionó cansino.

—Hasta donde tenga que llegar —refirió decidida—. Si tengo que fingir un matrimonio lo haré.

—¡Emma, por Dios! —se sorprendió su madre, sin haber imaginado hasta donde llegaban las intenciones de su hija.

Ante tanta acusación, ella se levantó, haciendo que su tía la siguiera en esa acción con presteza.

—Adiós, familia —se despidió rápidamente.

De vuelta en la mansión de su tía, debía prepararse para la llegada de Clark.

—Celia, arréglame lo más que puedas, Clark vendrá pronto y quiero impactarlo —expresó Emma observándose en el espejo, mientras se acomodaba el cabello.

—Tengo el vestido ideal, milady... —sonrió la doncella con complicidad.

—¿Cuál es?

Celia se acercó al armario, metió la mano y le mostró un hermoso vestido de paseo, color azul verdoso, entallado, con un bello tocado a juego, luego sacó unos guantes de encaje champagne y zapatos del mismo color.

—Maravilloso, no recordaba haberlo comprado.

—Era un regalo de unos de los caballeros que estaba tras usted —explicó su doncella—, pero como siempre pedía que arrojara todos los presentes a la basura... este era tan hermoso que no tuve el valor de hacerlo.

—Fue una buena decisión.

—¿Y qué hago con su cabello, milady?

—Solo usa algunas horquillas para colocar el tocado —mandó.

La doncella obedeció y fijó el tocado con gran destreza.

Una sonrisa se formó en el rostro de Emma tras apreciarse en el espejo. Aquel detalle hacia resaltar sus bellas facciones, ya no era un gran redondel.

Terminó de vestirse y perfumarse cuando su tía fue a buscarla.

—Charlotte —dijo su tía—, el conde te espera abajo.

—Perfecto. Ha llegado el momento. ¿Cómo me veo?

—Hermosa como siempre, mi niña.

Clark la esperaba en vestíbulo con su sombrero en las manos, ansioso esperando por la dama.

—Lord Mottengarden —expresó, bajando las escaleras y extendiendo la mano para que él la besara—, es usted muy puntual.

Él no tenía palabras para describir la belleza de lady Charlotte, estaba impresionado.

—Se ve usted… no tengo palabras lady Charlotte —dijo besándole la mano enguantada.

—Entonces eso es muy bueno, ¿iremos caminando?

—Traje mi calesa, milady... —indicó educado.

—Llámeme Charlotte —pidió para que la tuteara, aquello debía servir para que el infeliz tomara más confianza y cayera con mayor rapidez.

—Y usted Clark, por favor —siguió la corriente.

—Bien, Clark, —pronunció con voz suave—, vámonos.

Clark frunció el ceño. Le parecía haber escuchado esa voz en algún otro lugar ¿Pero dónde?

Él la ayudó a subir a su calesa.

—Hoy será un día agradable, pues es atípico un clima tan propicio para un paseo en Londres —comentó Clark para iniciar su conquista con la joven.

—Coincido con usted, Clark —manifestó sonriendo por fuera, pero por dentro quería arrojarlo entre las ruedas de la calesa.

Iban sonriendo en la calesa. Mientras observaban el paisaje, Emma divisó un hermoso caballo blanco con Brandon en su lomo, su corazón latía desesperado por salir de su pecho. Después de aquel beso apasionado no podía sacárselo de la mente.

—Buen día, Clark —saludó Brandon, con una educada reverencia.

—Granby —respondió inclinando la cabeza—, le presento a lady Charlotte de Kirkwall.

—Tuve el placer de conocerla anoche —pronunció, mirándola directamente.

Emma, se había sonrojado por el tono en que lo dijo y la virulenta mirada que le dirigió.

—Buen día, señoría —cumplió Emma, coqueta—, espero haya tenido una excelente velada.

—Muy buena, milady. Gracias —dijo envolviéndola con una sonrisa lobuna cargada de galanteo.

Clark estaba siendo dejado de lado, se sentía celoso. Ella lo miraba de manera extraña, le brillaban los ojos y eso no le gustaba. Debía alejarla de él.

—Fue un placer saludarlo, señoría. Nosotros nos despedimos, continuaremos con nuestro paseo —dictó Clark.

—Grandes son las casualidades, también daré un paseo. Estaré por el parque. Hasta pronto —

se despidió inclinando la cabeza, dirigiéndole nuevamente una mirada pícara a la dama.

—Adiós —repuso Emma, ocultando la emoción que la embargaba.

Una vez que Brandon terminó de desaparecer de la visual de ambos, Clark manifestó:

—Odio a ese fulano.

—¿Por qué lo odia? —cuestionó con fingida inocencia.

—Por nada, solo no lo soporto —eludió.

Él lo odiaba por Emma. Le recordaba constantemente lo que había hecho contra ella, y estaba casi seguro de que trataría de ganarse la atención de lady Charlotte, a modo de venganza.

—Ha quedado usted muy callado, Clark —mencionó al verlo pensativo.

—Aquí está bien, bajemos —dijo él.

—Muy bien —aceptó ella.

La presencia de Brandon incomodaba visiblemente a Clark. Todo salía a pedir de boca, y probablemente su valiente caballero le sería útil en esta ocasión.

Ambos daban vueltas por el parque, mientras Brandon leía un libro sentado bajo un enorme roble.

Las damas lo observaban intensamente, les parecía muy atractivo un hombre con una buena lectura en las manos.

Emma, que caminaba tomada del brazo con Clark, lo miraba con disimulo, o al menos, más que las demás damas que cuchicheaban sobre su amado.

—Clark, estoy sedienta ¿podría ser tan amable de traerme una bebida, de ser posible?

—Claro, Charlotte —respondió galante y señaló un banco—, espéreme en ese banco.

Ella, obedientemente, fue hasta ahí y se sentó.

Brandon, como si nada, cerró su libro y se escurrió entre los matorrales detrás de donde estaba Emma.

—Milady, le dije que no encontrará la felicidad con Clark —mencionó rápidamente.

Ella brincó por el susto y se giró para ver de dónde salía la voz.

—¡Señoría! ¿Qué hace metido ahí? —preguntó visiblemente sorprendida al verlo a él.

—¿Qué no es obvio? —cuestionó—, le estoy dando una advertencia.

—Sé lo que hago, no necesito de sus advertencias.

—No lo sabe, no cometa el mismo error que Emma. No se fíe de ese rufián.

Emma se levantó del banco y se metió con él a los matorrales.

—¿A qué error se refiere?

—Enamorarse de Clark —aseguró Brandon mirándola a los ojos.

—¡Ella no...! —Iba a confesar, pero se detuvo—, y yo tampoco.

—No podría asegurarlo, el conde tiene sus encantos.

—Como los suyos, supongo —provocó, mirando a sus labios.

—Me disculpa, pero no hago cosas como las que él hace, aléjese de Clark, se lo repito.

—¿Por qué lo haría? —inquirió, desafiante, quería besar aquellos labios nuevamente.

—Es peligroso.
—¿Tanto como usted? —volvió a tentarlo.
Sin entender porque, acercó a lady Charlotte hasta el.
—No me tiente, milady, puedo llegar a serlo —amenazó, con más pasión de la necesaria.
—Quiero correr ese peligro con usted —respondió con la respiración acelerada.

Capítulo 21

—Dígame ¿cuál es su plan? ¿A qué ha venido? —preguntó curioso. La actitud de aquella dama lo estaba desconcertando, y lo hacía sospechar.

Ella siguió respirando agitada por su cercanía.

—¿Vengar a Emma? ¡Dígame donde esta ella!

—¡Qué cosas dice! —dijo palideciendo.

—¡Hable! —ordenó zarandeándola.

—Me hace daño —acusó ella.

—Lo siento, no quería dañarla —se disculpó—, usted es demasiado hermosa para desperdiciar su vida con ese farsante.

—Déjeme decidir eso. ¿A usted también le importa la belleza? —inquirió con enojo, por hacer énfasis en esa acotación para que ella no estuviera con Clark.

El no entendía la pregunta.

—No soy partidario de las apariencias, milady, y lo sabe, de lo contrario no estaría enamorado de Emma.

Emma razonó y aquello era definitivamente cierto.

—Buen punto, por favor, déjeme terminar mi deber, y usted vaya a verme esta noche a Mayfair, en casa de lady Kirkwall.

—¿Deber?

—¡Váyase! Hablaremos después —dijo plantándole un beso en los labios a Brandon.

Él quedó sorprendido mientras ella sonreía volviendo al banco.

Esa mujer estaba probablemente demente, ¿qué pretendía?

Lentamente se fue retirando, subió a su caballo todavía desconcertado, tenía una cita con la misteriosa prima de Emma.

—Charlotte, está sonrojada —mencionó Clark al verla con el rostro rojo.

—Es por el calor —justificó, sabiendo plenamente que era la vergüenza de besar a Brandon.

—Pues esta limonada le vendrá como anillo al dedo —sonrió.

Ella tomó lo que le ofreció.

—Clark, quiero preguntarle algo.

—Dígame.

—Quiero saber qué relación tenía con mi prima Emma.

—Debo decirle que eso es un asunto bastante oscuro en mi vida —confesó.

—¿Por qué?

—Porque fui un canalla, es una historia demasiado larga, no la quiero recordar —se pausó—, yo era su prometido, en realidad, nos habían prometido de niños.

—¿No pudieron elegir dejarse?

—Yo estaba obligado a casarme con ella, su hermano me amenazó con dejarme en la ruina junto con mi madre, por eso cometí una canallada, no tengo perdón, pero lo hice. Ella era una buena joven, pero me repugnaba su aspecto por más que había mejorado su apariencia, soy amante de la belleza.

Volver a escuchar cuanta repugnancia le produjo lo que ella había sido la llenaba aun más de odio y deseos de venganza.

—¿No le dio la oportunidad de cambiar? —preguntó para ver si respondía con sinceridad.

—No, porque le mentí, ella me odió y creo que debe hacerlo hasta el día de hoy.

«No sabes cuánto» pensó Emma.

—Creo que ya lo habrá perdonado, no es rencorosa —mintió descaradamente.

—Lo dice a modo de consuelo, supongo —asumió Clark.

Se levantaron del banco y caminaron por el parque nuevamente, pero con la conversación cambiada. Clark estaba contento, ella no lo había juzgado por lo de Emma, era agradable y bonita. Aquella dama sí merecía ser una condesa.

—Charlotte —mencionó Clark —, me gustaría hablarle sobre mis intenciones para con usted.

—Dígame —pronunció para escucharlo.

—Me había dicho que usted ha venido a buscar un esposo, no quiero desviarla de su objetivo, pero quizás podría incluirme en su lista de candidatos. Mañana me gustaría hablar con su tía, para cortejarla, supongo que ella es su tutor —manifestó Clark.

—Puede dirigirse a mi tía sin problemas. Hablaré con ella sobre usted, me cae muy bien —declaró coqueta.

El notó su coqueteo y, simplemente, aquella era una señal de correspondencia.

—¿Me dejaría darle un beso? —preguntó Clark, confiado.

Ella solo podía pensar en lo irónica que era la vida, él le pidió un beso, cuando en el pasado la había rechazado por falsa decencia o, mejor dicho, por fea.

—Claro. Como ya me corteja, puede darme uno.

El sonrió y ella le siguió el juego. Clark se acercó y posó sus labios sobre los suyos, ella respondió al beso.

No besaba mal, pero no sentía nada más que desprecio por él. Clark quiso profundizar el beso, pero ella lo detuvo.

—Es solo uno, milord, y usted se está aprovechando.

—Disculpe, Charlotte.

—Por hoy es suficiente, lléveme a casa para que pueda charlar con mi tía.

—Perfecto.

El la llevó a la casa y la depositó en la entrada.

—Hasta mañana, Charlotte —se despidió, besándole la mano.

—Adiós, Clark —correspondió.

—Estaré ansioso de volver pronto.

Emma lo despidió con una sonrisa, hasta verlo desaparecer.

Al entrar en la casa, se sintió realizada.

—Casi estás donde te quiero, gusano —expresó limpiándose la boca con un pañuelo. Debía limpiarse ese apestoso beso.

—¡Emma! Esos términos no te los enseñó nadie conocido —reclamó la tía.

—¡Tía, tengo novedades! —expresó emocionada— ¡Clark quiere cortejarme, vendrá mañana a pedirte eso!

—Te ves emocionada.

—Claro que lo estoy, está saliendo todo bien, lo está haciendo demasiado fácil.

—Bien, entonces le diré que eres toda para él.

—Gracias, tía. Hay otra cosa, Brandon vendrá a verme esta noche, quiero quedarme a solas con él.

—¿En mi casa? Respeto las buenas costumbres.

—Tía, no haré nada malo, solo quiero estar en privado con él, quiero hacerlo participe de mi plan.

—¿Qué quieres de él?

—A él, tía. Lo usaré para destruir a Clark. Le daré celos con Brandon.

—Cuando se lo propongas quizás te ahorque y, te lo advierto, no te salvaré, Emma.

—Todo saldrá bien, tía, déjelo en mis manos.

La noche había tendido su manto sobre Londres, y Emma estaba lista para recibir a Brandon. Se vistió con un hermoso vestido rosa, un poco provocativo, se recogió el cabello y se colocó su perfume.

—¿Cómo me veo, mi querida Celia? —preguntó presuntuosa.

—Parece un hermoso e inocente flamenco, milady.

—Eso es hermoso. Bien, solo tengo que esperar y estoy nerviosa —expresó—, no sé por dónde empezar.

Brandon había llegado y se había puesto en el recibidor, esperaba impaciente a la inconsciente lady Charlotte.

—Bienvenido, señoría —se inclinó Emma.

—Buenas noches, milady, se ve usted deslumbrante —halagó.

—Gracias, señoría ¿puede acompañarme al salón?

—¿No la acompañará su carabina?

—No, este es un asunto privado.

—¿Privado? —cuestionó.

—Mucho.

—Pues acabemos pronto entonces.

Llegaron a un salón hermoso, decorado de manera muy femenina, con un gran diván cerca de la ventana.

—La escucho, milady.

—Es usted muy directo —distinguió Emma.

—No quiero permanecer más de lo necesario, solo quiero saber ¿qué pretende saliendo con Clark?

—¿Acaso está celoso?

—Su belleza no es una razón para enamorarme, estoy enamorado de su prima, espero lo entienda.

No sabía si sentirse feliz o triste por aquella aclaración.

—Estoy aquí, para saber qué quiere, además de cómo hallar a Emma —continuó hablando Brandon.

—Mal jugado, señoría —aseguró acercándose lentamente, mirándolo a los ojos—, ¿quiere saber de Emma? Yo le puedo decir lo que desea, pero…

—¿Pero qué? —preguntó ansioso.

—Usted debe ayudarme.

—¿Cómo?

—Quiero destruir al conde de Dudley, para vengar a Emma.

—¿Cómo quiere que la ayude?

—Es muy sencillo, quiero que sea su competencia, sé que lo odia —insinuó.

—No entiendo.

—Cortéjeme —esclareció, insolente.

—¿Ha perdido el juicio?

—No, usted, mi querido marqués, me agrada y mucho. Me parece un excelente prospecto a prometido, mi querida prima fue una estúpida al no aceptar su propuesta de matrimonio.

—¿Ella le habló de eso?

—Lo sé todo, solo simulo no saber para que Clark no sospeche de mi.

—¿Cuándo podré saber algo de Emma si la ayudo en su plan?

—Muy pronto.

—Sepa las condiciones para que la ayude.

—¿Qué condiciones? —preguntó burlona.

—No la tocaré.

—No lo acepto, quiero que usted me bese, y me acaricie.

—Me niego a mal pensar de usted, milady.

—Tengo intacta mi virtud, señoría.

—No lo parece, su desfachatez en el momento de proponerme esto me hace desconfiar —confesó.

—Puede usted comprobarlo —insinuó intentando seducirlo.

—Si lo comprobara, usted ya no sería virgen.

—Señoría, no estamos llegando a ningún acuerdo —dijo Emma.

—¿No cree que es mejor que se lo proponga a Bradley? El es mi gemelo, y estoy seguro de que la ayudaría sin rechistar.

—No, lo quiero a usted.

—Pues seguiré buscando por mi cuenta a Emma —decidió intentando irse.

—¿No le gusto? ¿O prefiere a las gorditas?

—Prefiero a las honestas y de buena moral, como Emma.

—Ella cambió, y no sabe cuánto.

—Y usted sí lo sabe, y se niega a decirme dónde está.

—Deme un beso y le diré su última parada —chantajeó Emma.

—¿Me está extorsionado? ¿Qué le dirá a Emma, después? ¿Que soy un mentiroso y que mi amor por ella no es real?

—Juro quedarme callada —declaró ella.

Brandon no podía mentirse a sí mismo, le recordaba tanto a Emma, besarla se sentía como besarla a ella.

—Nunca pensé que me iban a chantajear de esta forma —contó avergonzado—, lo haré solo porque usted me la recuerda, tiene sus mismos ojos, y sus labios saben a los suyos.

—Imagine que soy ella.

—No será difícil —dijo y empezó a besarla tortuosamente.

Emma estaba feliz, respondía al beso con pasión y desenfreno.

Brandon la tomó de la cintura y la atrajo hacia él pegándola completamente, mientras ella aprovechando su cercanía, enterró las manos bajo su chaqueta, comenzó a abrírsela para acariciarlo.

El cerró los ojos ante su contacto, después de tanto tiempo, se sentía atendido.

Ella se dio cuenta de que él estaba degustándose en sus caricias y aquello lo aprovecharía a su favor. Lo arrastró hasta el diván y lo recostó ahí

—¡Solo era un beso! —le recordó ronco.

—No solo quiere eso y lo sabe.

—Yo…

Emma se trepó sobre él y se abrió la parte delantera del vestido.

Brandon era capaz de llevarla a la locura, cuánto había perdido al rechazarlo. Y en ese momento, ella se estaba aprovechando de su inocencia y de sus ganas de saber sobre ella.

Capítulo 22

—Suélteme, milady —pidió mientras sentía el peso de su cuerpo sobre el suyo

En realidad, no deseaba que lo soltara, pero no le sería infiel a Emma y menos con su prima.

—Usted solo disfrute —replicó ella, con una voz que no reconoció, estaba poseída por la pasión que sentía por aquel hombre.

—No me haga esto, por favor —rogó mientras acercaba sus labios a aquella generosa tentación.

Ella gimoteó al sentir sus labios cuando acariciaba aquel lugar.

Brandon estaba perdiendo el control de la situación, en cualquier momento aquello escaparía completamente de sus manos y acabaría en un terrible desastre.

Mientras él estaba perdido en aquellas sensaciones, ella le quitaba la chaqueta.

—Charlotte, por favor deténgase, llevo demasiado tiempo sin estar con una mujer y esto me está matando —confesó Brandon, ya adolorido por su contacto.

Emma hizo un mohín, le sonrió y fue cerrando nuevamente su chaqueta.

—¿Haremos un trato, entonces? Podría tener más de esto —insinuó con coquetería, mientras se alejaba lentamente.

—Haré un trato, pero no quiero tener nada con usted, no la deseo, deseo a Emma —aclaró Brandon intentando recuperar la tan perdida compostura.

—Eso no es lo que parecía… —afirmó dándole la espalda y caminando por el salón.

—Le he dicho que no he estado hace tiempo con ninguna mujer, y la verdad, creo que necesito una, pero no yaceré con la prima de la que será mi futura esposa, no quiero líos de familia.

—¿Por qué está tan seguro que aceptará casarse con usted?

—Porque me ama y yo a ella —respondió con la más absoluta seguridad.

—Creo que lo da muy por sentado —contradijo, pero queriendo gritarle a los cuatro vientos que deseaba con fervor ser su esposa para amarlo cada día de su vida.

—Si no me ama, al menos está enamorada, y le aseguro que lograré que me ame.

Brandon se acomodó la ropa y, con una inclinación de cabeza, se despidió de Emma.

—Adiós Brandon, espero verlo por aquí, muy pronto —lo despidió Emma, con una expresión cínica en el rostro, como debía ser Charlotte.

—Y yo también, para saber de su prima —le recordó saliendo con ella detrás para guiarlo a la salida.

Aun sentía ese cosquilleo por lo que había hecho con Brandon en aquel salón. Ella le hizo lo que él le había hecho años atrás, y se había sentido delicioso. Si pudiera, lo llevaría nuevamente hasta el borde de la locura.

Amaba la fidelidad que le profesaba y cuánto se resistía ante la tentación. En su rostro podía denotarse la inmensa lucha entre lo carnal y lo espiritual. El pobre realmente sufría siéndole fiel.

Brandon no podía creer lo que hizo, iba bastante enfadado consigo mismo. Aquella dama lo había seducido de la peor manera posible, se le había lanzado y había algo aun peor, le había gustado tanto. No sabía si la próxima vez que la viera no ocurriría nada, trataría de evitarlo al máximo.

Continuó rumbo a White's, donde había citado a Arthur por medio de una nota. Debía averiguar algo más de su prima y qué tipo de relación tenía con Emma.

Entró y se encontró con más personas conocidas de las que debería.

—¡Cuñado! —exclamó Daniel, que estaba sentado con Stephen y Bradley.

—¿Qué hacen aquí? —inquirió con cierto recelo.

—¡Qué clase de recibimiento es ese! —se sorprendió Bradley.

—Es que no pensaba encontrármelos aquí, tengo una reunión con alguien.

—¿Con Arthur? Está por allá —señaló su gemelo hacia un rincón.

—Gracias, luego vuelvo con ustedes —dijo dejándolos para ir junto al duque.

—Arthur —saludó Brandon.

—Brandon, recibí tu nota, ¿de qué quieres hablarme?

—Es sobre tu prima… —contestó sin preámbulos.

—¿Charlotte? —preguntó tragando saliva, esperaba que él no se haya dado cuenta que era su hermana.

—Sí, tu loca y desequilibrada prima —la acusó frustrado.

—No la llames así... —defendió celoso a su vengativa hermana.

—¿Y si te digo que se está dejando cortejar por Clark para vengar a Emma, y además quiere meterme a mí en sus planes? —lo cuestionó con seriedad—, vengo de su casa y... ¡hasta tengo vergüenza de decirlo!

—¿Qué hizo?

—Casi abusa de mí, y yo estuve a punto de caer, pero logró lo que deseaba, accedí a participar en sus fechorías.

—No puedo creer que haya hecho eso —replicó enfadado Arthur por aquel proceder. ¿A dónde quería llegar Emma? Lo que pensaba de ninguna manera podría terminar bien.

—El caso es que tu hermosa prima me recuerda a Emma y me es muy difícil, ya sabes, aguantar; y como hace tiempo que no…

—¡Ni se te ocurra tocarla Brandon, ella es virgen todavía!

—Pues créeme, no lo parece...

—¿Qué... qué acabas de insinuar? —pronunció rojo de indignación.

—¡Está demente, así de simple!, pero la cuidaré de Clark, y de mí también —dijo intentando calmar a un angustiado Arthur.

—No espero menos de ti, Brandon.

—No le haría nada, pero de todos modos, necesito saber cuál es la relación de ella con Emma, sabe demasiado —contó en voz baja—, sabe que le propuse matrimonio a ella, y aun así tu prima es un poco ligera.

—No sé qué debe estar pasando por esa rubia cabeza, pero desconozco la intimidad de su relacionamiento con nuestra prima lejana —mintió—, a mí tampoco quiere contarme qué pasó con Emma.

—¡Voy a volverme loco, hombre! —se exaltó, Brandon—, necesito saber de Emma, y si debo jugar lo que tu prima quiere, lo haré.

—Espero que pronto confiese sobre el paradero de mi hermana, ella necesita dar muchas explicaciones —asumió Arthur queriendo desde aquel momento ahorcar a su insolente hermana.

Después de aquella charla, ambos se levantaron y fueron con sus otros amigos a una mesa de juegos para distenderse.

***

Emma, mientras tanto, seguía pensando en cómo iba a hacer para que Clark y Brandon se encontraran. Aquello debía ser pronto, mañana Clark tendría el permiso de su tía para cortejarla.

Aunque también le conseguiría un permiso más que especial a Brandon para que la cortejara igualmente. Con aquello, en algún momento Clark se apresuraría y pediría su mano. Sería ese el momento en que le daría la estocada final.

—¿Cómo le fue con el marqués, milady? —preguntó Celia acomodando el cabello de Emma.

—A pedir de boca, Celia. Tengo a Clark comiendo de mi mano, Brandon es quien se está resistiendo un poco, pero caerá, tarde o temprano lo hará —aseguró caminando hacia su cama para recostarse.

—¿Cómo conseguiría que participe para logar sus propósitos como desea? Según el tiempo que hemos tenido de conocerlo, milady, es un caballero muy correcto.

—Haré lo que tenga que hacer para tenerlo cerca —alegó suspirando—, él me hace pensar. No sé si podré elegir entre el amor y la venganza, mi objetivo es Clark, pero Brandon hace que esto se dificulte.

—Quédese con él, milady. Sea feliz a su lado.

—No sé, Celia, no deberías repetirme eso siempre, podría obsesionarme con él.

Entre Celia y su tía intentaban constantemente persuadirla de acabar con su venganza, pero ella no podía; había sufrido y llorado por causa de Clark, no se daría por vencida hasta verlo inmerso en el dolor del amor.

***

En casa del Clark, el comunicaba la feliz noticia a su madre, cortejaría a una dama.

—Por fin, hijo querido, vas a sentar cabeza —aplaudió la decisión.

—Creo que es la indicada, madre. Mañana iré a su casa para pedir cortejarla.

—¡Dime quien es la afortunada! —exclamó su madre, muy ansiosa por saber quién era la mujer que había conquistado a su libertino hijo.

—Lady Charlotte de Kirkwall.

Su madre se había quedado sin habla.

—Clark... no crees que...

—Le conté sobre Emma y aun así quiso que la cortejara, está interesada en mí, tanto como yo en ella.

—Pero su familia... —cuestionó su madre.

—No se interpondrán, estoy seguro de que ella lo impedirá.

—Sigo siendo escéptica con respecto a esa joven, quiero conocerla más a fondo.

—La llevaré a tomar el té con ella y su tía, si le resulta tranquilizador.

—Está bien, creo que eso me calmará mis miedos.

—No parece muy contenta, madre.

—Es de esa familia, no puedo verlos en la calle por la vergüenza que tengo. Lo que le hiciste a esa pobre niña no estuvo nada bien.

—Lo hice por nosotros, madre. ¿Hubiera usted soportado vivir en la calle mendigando o viviendo de la caridad? Porque yo no iba a casarme con ella realmente, encontré esa solución al problema.

—¿Pero a que costo? —lo cuestionó su madre.

—Era ella o nosotros. No sé porqué seguimos con esto. Debería usted alegrarse, en lugar de increparme y culparme por aquello que es parte del pasado.

—No me fío de esa familia.

—Tranquila madre, sabré como manejar el asunto, siempre y cuando ese Granby no se meta, a ese sí que lo tendré alejado de ella. Sé que hará cualquier cosa por desmeritarme, quiere mi cabeza.

—Es un Lowel, son gente muy inteligente y de un temperamento terrible, duelistas de nacimiento, salvo por su padre el duque, es un hombre muy tranquilo, pero el conde de Derby y su hermano han librado duelos mucho tiempo y salido victoriosos.

—¿Qué insinúa, madre?

—Que mejor no entres en discusión con esa familia, o tendrás un agujero en la frente —advirtió su madre.

—Soy un buen tirador, madre —aseguró con el ceño fruncido por la absoluta desconfianza de su madre hacia sus habilidades.

—Pero ellos son mejores. Me voy a dormir, hijo, que tengas una buena noche.

—Gracias por tranquilizarme, usted cuenta excelentes historias para dormir tranquilo —sugirió con sarcasmo.

Capítulo 23

Clark se levantó ansioso, ese día iba a cortejar oficialmente a una mujer, no a una cualquiera, aquella era una mujer de verdad, la más hermosa de todo Londres.

Se vistió, desayunó con su madre y salió en su calesa.

Cuando iba por la calle vio del otro lado que un carruaje había atropellado a una dama. Se bajó de su calesa, se metió a curiosear entre el gentío y miró quién era la víctima.

Para su sorpresa era lady Marie a quien auxiliaban.

Su curiosidad estaba a flor de piel, por lo que tuvo que acercarse para preguntar a unos presentes lo que había sucedido.

—¿Caballero, sería usted tan amable y decirme qué sucedió?

—Sí, milord —respondió el hombre en tono bajo—, esa dama se arrojó frente al carruaje del conde de Winfrey.

—¿Winfrey? —pensó unos segundos, y luego lo recordó, al parecer era uno de sus amantes y probablemente el padre de su hijo.

—Pobre mujer, se veía muy mal —comentó el hombre.

—Sí, pobre. Gracias por su tiempo, caballero —se despidió presto a continuar su camino.

Lady Marie no había podido soportar el desprecio de Clark. Ella estaba enamorada del conde de Dudley y ese hijo se interponía entre ellos, por lo que decidió deshacerse de él teniendo un accidente.

Si sobrevivía, intentaría nuevamente conquistarlo, quizás algún día vería que lo amaba y se casaría con ella.

Clark llegó a casa de Charlotte, tocó la puerta.

—Buen día, milord. ¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó el mayordomo.

—Sí, desearía hablar con lady Linette, tome, aquí tiene mi tarjeta —manifestó Clark entregándosela.

—Pase, milord, milady lo está esperando —invitó el hombre del servicio, haciéndose hacía un lado para el caballero pudiera entrar.

Conforme, Clark ingresó pensando en que Charlotte había cumplido con lo que dijo, le había hablado a su tía sobre él.

—Buen día, milord —saludó lady Linette, tendiéndole la mano para que él la tomara.

—Es un placer, milady, la belleza está en la familia —alabó besando su mano y luego

observando hacia un lado, donde estaba Charlotte acompañando a su tía.

—Muy halagador, milord —sonrió educadamente —, Charlotte querida, saluda al caballero.

—Sea bienvenido, milord. Es un gusto verlo, es usted muy puntual —resaltó, haciendo una reverencia.

—El interés es la medida de la acción, mi querida Charlotte —agregó Clark inclinando la cabeza.

—Debo presumir que está bastante interesado en mi sobrina —comentó Linette, indicándole a Clark donde sentarse.

—En verdad, bastante —confesó observando directamente a Emma.

Ante aquellas palabras, ella quiso que la tierra se abriera por la vergüenza de que se manifestara tan descaradamente.

—Los dejaré que conversen, saldré un momento a comprar unos listones y regresaré para que charlemos un poco, milord —se despidió con presteza, debía continuar con la siguiente parte de su plan.

Clark rápidamente se levantó para despedir a la dama.

—Hasta luego, Charlotte, te estaremos esperando —la impulsó su tía.

Emma salió de la casa rumbo a la mansión de su hermano, pero en realidad se quedó frente a la casa de Brandon, esperando a que saliera. Aquello era tener paciencia, y si tenía suerte, lo vería saliendo sin tener que tocar la puerta para preguntar por él.

Esperó unos diez minutos y salieron los gemelos, ¿por qué lo hacían tan difícil? Todavía no aprendió a diferenciarlos, pero tenía una forma de saber cual era Brandon.

Se colocó a espaldas de ellos, y pronunció:

—El destino se empeña en que nos encontremos, Brandon, marqués de Gandby.

—Lady Charlotte —expresó cansino —, mejor dicho, usted se empeña en que nos encontremos.

En aquel momento, supo cuál de ellos era su amado.

—Necesito hablar con usted, a solas —mencionó, mirando a Bradley.

—Con permiso, me retiro, fue un verdadero placer verla, milady —cumplió Bradley, despidiéndose con una inclinación.

—Muy amable, señoría —reverenció amable.

—Gracias, Bradley no dejará de molestarme hasta sacarme algún tipo de información sobre tan sospechosa forma de despacharlo —alegó Brandon mirando alrededor.

—Brandon, Clark se encuentra con mi tía, es la oportunidad para que empecemos a tomar medidas contra él —indicó tomándose el atrevimiento de llamarlo por su nombre.

—Dígame ¿qué parte de su susodicho diabólico plan llevaremos a cabo? —cuestionó con sarcasmo.

—No se haga el buen samaritano, usted también quiere verlo arrastrado.

—Se equivoca, quiero verlo realmente muerto.

—De modo que el diabólico es usted —lo acusó.

—Es mejor que vayamos al asunto…

—Vaya a mi casa en una hora, y pida también hablar con mi tía, yo estaré con el conde.

—Muy bien, pero, ¿y qué consigo yo con eso?

—Molestar a Clark —sonrió coqueta—, y a mí por supuesto, mi compañía.

—No creo que lo valga, estaré arriesgando mi reputación con usted, si Emma lo sabe…

—¿Quiere información de Emma?

—Es lo que más quiero.

—Se la daré, usted cumpla con su parte y yo cumpliré con la mía —chantajeó nuevamente.

—De tal forma, no tenga dudas de que seré su mejor pretendiente —dijo soberbio.

—Lo estaré esperando, Brandon.

—Hasta pronto —se despidió, haciendo que ella se fuera hacia el lado contrario a donde iba él.

Brandon, sin darse cuenta, ya estaba hasta el cuello en ese asunto. Lo único que podía hacer era continuar, nada lo haría más feliz que amargar a Clark de por vida, amargarlo tanto, o más de los que él estaba por haber perdido a Emma.

***

En casa de Emma, su tía estaba conversando con Clark sobre el cortejo.

—Dejaré que corteje a mi sobrina, porque ella así lo desea, pero sepa que usted tiene competencia, hay muchos jóvenes tras una dama como ella.

—Soy consciente de que muchos están esperando ser los afortunados, pero que gane el mejor —expresó con gran orgullo.

—Esa es la actitud de un ganador, jovencito.

Emma irrumpió en la sala.

—He vuelto, compré unos bellos listones —afirmó enseñando una bolsa.

—Me los muestras después —mandó su tía.

—Claro, tía. En este instante saldré con el conde al jardín, para charlar un poco, antes del almuerzo.

—Vayan, vayan. Este caballero debe estar cansado de la compañía de una dama entrada en años.

—¿Clark, puede esperarme afuera un minuto? Guardo mis compras y lo alcanzo —pidió Emma.

—Claro, Charlotte, la espero afuera —obedeció saliendo de ahí.

El salió con una sonrisa hacia el jardín; mientras tanto, Emma se encaminó hacia su tía.

—Brandon no tarda en llegar —avisó

—¿Qué has hecho, Emma? —increpó con reproche su tía.

—Nada, solo que hoy empezará el calvario de Clark. Si viene con intenciones de cortejarme, lo

dejará, tía, por favor.

—Igual harás barbaridades si me niego.

—Gracias, tía, guárdeme los listones, me voy, mi amado Clark me espera —dijo sarcástica caminando hacia el jardín.

Llegó al jardín donde él la estaba esperando con su sombrero en la mano.

—Disculpe la tardanza —se disculpó alcanzándolo.

—No se preocupe —declaró Clark, y le ofreció el brazo que ella tomó gustosa.

Mientras caminaban, tomados del brazo, solo mirando el inmenso y bello jardín, Clark decidió acabar con el agradable y tranquilo silencio.

—Su tía es una persona muy agradable.

—Es excepcional, y muy moderna, tiene en cuenta todos mis deseos.

—Pude notarlo, la deja elegir sus pretendientes.

—Ella solo quiere lo mejor para mí.

Unos minutos después, Brandon se presentó en la casa de Emma.

El mayordomo lo dejó pasar rápidamente.

—Buen día, milady, He venido a ver a lady Charlotte —sostuvo Brandon.

—Buenas, señoría, ella se encuentra hablando con el conde de Dudley, en el jardín —comunicó lady Linette.

—Voy entonces, lamentaré interrumpir aquella visita —manifestó sin realmente pensar en lamentarlo.

—Creo que esa rosa roja causará el efecto que desea.

—Esperemos que así sea.

Brandon caminó por el vibrante jardín, donde no le agradó lo que vio. Clark la llevaba del brazo, mientras ella parecía divertida.

—Clark, volvemos a vernos —saludó sarcástico—, milady —se acercó para darle la rosa roja —, es para usted.

—¿Una rosa roja? —cuestionó sorprendida llevándosela a la nariz — ¿Por qué roja y no blanca?

—Estas simbolizan la pasión, milady —manifestó observándola profundamente.

—¿Granby, qué hace usted aquí? —increpó Clark, visiblemente molesto por la interrupción.

—Vine a lo mismo que usted, a cortejar a lady Charlotte —aclaró con cinismo.

—Ella no necesita más pretendientes —declaró dispuesto a enfrentar a Brandon.

—Mejor deje que ella decida, creo que le caigo bien —alegó Brandon con su sonrisa angelical.

—¡Qué falacias dice! —exclamó indignado—, lo hace deliberadamente, teme que ella también me prefiera como lo hizo Emma.

Aquella afirmación no hizo más que acrecentar la ira de Brandon, estaba a un paso del hervor.

—Es mejor que se aparte, Clark, esta vez no lo respetaré. La vez anterior lo hice porque había un compromiso de por medio y ella me pidió que lo respetara.

—Usted y su patética rosa están de más en este lugar, váyase se aquí.

—No lo haré, ya he pedido el permiso para cortejarla y ¿sabe qué?, también me lo concedieron, tenemos las mismas oportunidades —declaró Brandon, casi alzándose con la victoria.

—Charlotte, este caballero —mencionó escupiendo las palabras—, solo quiere importunar con su presencia, es solo un resentido.

—Caballeros, por favor, seamos comprensivos unos con otros, debo conocerlos a ambos —dijo Emma con dulzura para calmar los caldeados ánimos de sus pretendientes.

—¡Pues yo no lo permitiré! —gruñó Clark arrebatándole la rosa roja a Charlotte de la mano, permitiendo que una espina se insertara en su dedo.

Ella gimió de dolor.

—¡Es una bestia, Clark! —lo acusó Brandon, agarrando las manos de Emma.

—Charlotte, perdóneme —pidió arrepentido.

—Lord Mottengarden, por lo que resta del día no deseo verlo, retírese, por favor —pidió sin mirarlo.

—Pero...

—¡Ya váyase! —ordenó, enfurecido, Brandon.

Clark arrojó la rosa al suelo y la pisó.

—¡Clark! —gritó Charlotte—, mejor que no aparezca en dos días.

—Maldición, pero...

—Ya lárguese —lo expulsó nuevamente, Brandon.

«Maldito sea el marqués de Granby» pensó Clark. Era un metiche, pero no se dejaría amedrentar por él, jugaría también el juego. Sin embargo, en ese instante, debía hacer muy buena letra para recuperar la atención de Charlotte y ya estaba pensando en cómo lo haría.

—¿Le duele? —consultó Brandon fregando su mano.

—Un poco —confesó, sintiendo el ardor de la espina.

—Veamos —dijo Brandon, sacándole el guante a Charlotte—, todavía no se ha metido por completo —habló refiriéndose a la espina—, se la quitaré.

—¿Por qué no me trajo una rosa blanca? —inquirió curiosa, antes de que él procediera con su dedo.

—Porque esas son para Emma, ella era pura e inocente.

—¿Por qué me trajo la roja?

—Porque usted es capaz de despertar todo tipo de pasiones en los caballeros, ya ve como trae a Clark —manifestó mirando más de cerca su dedo para sacarle la espina.

—Usted fue muy gallardo, él se porto muy mal, lo siento tanto.

—No se preocupe, ahora le sacaré la espina —informó mientras se la estiró de golpe.

—Sangra… —manifestó ella. Se tomó el dedo y lo dirigió a su boca.

—Le aseguro que eso no la curará —arguyó Brandon entre risas.

—¿Entonces que lo hará?

—Esto —indicó Brandon agarrando el dedo de ella para llevárselo a la boca.

—Brandon… —murmuró con los ojos cerrados y mordiéndose los labios.

Después de observarla, llegó a la conclusión de que era sumamente virgen.

El saco el dedo de su boca y le dio un beso en la herida.

—Ya pronto sanará —expresó sonriendo.

—¿Qué hace, Brandon? Primero me rechaza y luego me tienta.

—Todo vale por la información que tenga de Emma —se justificó con frialdad.

—Es cierto —lo secundó.

Ella se decepcionó. Era bella y él no era capaz de fijarse en eso. ¿Qué demonios le ocurría a ese hombre?

Capítulo 24

—Dígame ¿qué sabe de ella? —preguntó Brandon, creyendo haber cumplido con lo que le correspondía.

—No tan rápido —declaró Emma.

—¿Qué? Estoy cumpliendo el trato.

—Si, es cierto. Sin embargo, yo deseo más de usted.

—Usted no cumple su palabra —la acusó con rapidez.

—Usted sabe que estoy interesada en algo más —explicó.

—¿En qué? —increpó con fuego casi saliéndosele por la nariz.

—Me dijeron que usted era un libertino y un excelente amante —sonrió mirándolo de pies a cabeza.

Él negó con la cabeza, hizo que su lengua recorriera sus labios, alzó una ceja y rió por lo bajo.

—¿Qué insinúa?

Ella podía notar que odiaba el chantaje que le estaba haciendo, pero era reacio para disfrutar de su compañía.

—Deseo que me muestre los placeres que se pueden obtener, ya sabe... —insinuó con la mirada gacha por la vergüenza de mencionar aquellos actos.

Brandon estaba perplejo, ¿esa niña virgen le pedía ser su amante? Debieron golpearla con algo en la cabeza al nacer, debía estar mal interpretando eso con su pervertido pensamiento.

—Disculpe, pero definitivamente estoy desconcertado.

—No se haga el tonto —rezongó.

—Pues bien, contrataré detectives para hallar a Emma, usted quiere hundirme, seducirme, quien sabe que debe estar pasando por esa cabeza suya.

—Solo quiero conocerlo mejor, no sea cruel.

—Hable entonces con Clark, él podrá enseñárselos cómo usted prefiera, yo me largo —declaró Brandon, dándole la espalda.

—No, no quiero que él lo haga, lo quiero a usted —aclaró—, es el que levanta el fuego en mi ser, desde siempre.

—¿Desde siempre?

—El día de la fiesta de los duques de St. Albans tendré algo para usted, asegúrese de ir —pidió Emma.

—Pero...

—También tengo secretos, Brandon.

—¿Por qué tiene que complicarlo todo? —cuestionó confuso.

—Porque tengo un propósito, y debo cumplirlo. Usted no estaba en mis planes, para ser sincera, pero ahora ya está en ellos.

—Charlotte, solo quiero saber de Emma. Entre nosotros solo puede haber un objetivo común y es jugarle una mala pasada a Clark, no más de eso, no quisiera involucrarme con usted y terminar...

—¿Enamorado de mí y olvidando a Emma? Créame, es lo mejor que puede hacer.

—Basta, no hace más que torturarme, piensa que entiende este juego, pero no es así.

—Quien mejor entiende este juego soy yo. Está en mis manos y, quiera o no, está ahí —declaró respirando aceleradamente, acercándose lentamente mirándolo a los ojos—. ¿Qué ve en mis ojos?

—Veo a una mujer buena, atrapada en un cuerpo hermoso, pero el cual usará para sus fines.

—Bien, es así —reveló—, las apariencias importan, si no estás a la altura simplemente te desechan, ni siquiera voltean a verte, como le pasó a Emma.

—Emma era hermosa, yo la vi antes de que se dejara estar, aun así logró conquistarme sin darme cuenta y sin que ella también lo notase, tenía gracia, era única —manifestó con profundo afecto.

Ella sentía ganas de abrazarlo por haber visto siempre en su interior. Fue una tonta al creer que un compromiso arreglado le aseguraba la felicidad siendo fea, teniendo a aquel hombre declarándose a ella, día y noche, sufriendo por su afecto.

—Solo usted la vio por lo que ella deseaba que se fijaran, era romántica y soñaba con el amor…

Emma no podía soportarlo, se puso a llorar.

—No llore por favor, no puedo ver llorar a una dama.

—Ella lo tiró todo al viento, por no creer en usted.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Fue una estúpida, si pudiera retroceder el tiempo, lo haría.

—Dígale que vuelva, y que yo todavía la espero…

Negó con la cabeza al escuchar aquellas tibias palabras que calentaban su corazón con esperanza y aliento.

—Ella no quiere regresar, solo quiere venganza —contó, Emma, agachándose a recoger la maltratada rosa del suelo.

—Déjela, ya no sirve...

—No, es la primera rosa que me da siendo quien soy, la guardaré en mi libro favorito.

Ella se alejó lentamente para volver a la casa.

—Espere —dijo Brandon acercándose—, nos estaremos viendo, milady —se despidió,

besándole las manos.

—Hasta pronto, Brandon.

***

Clark había llegado furioso a su casa, pateando todo lo que estuviera a su paso.

—¿Qué te sucede, hijo? Supongo que algo no salió bien —opinó su madre, viéndolo llegar echando humo.

—¡Todo estaba bien, hasta que ese maldito apareció!, se lo dije madre, ese hombre quiere molestarme, y lo está consiguiendo.

—Siéntate y cuéntame.

—Llegó cuando estaba con ella en su jardín, entró como si nada y le dio una rosa, en mi cara… —contó recordando con coraje aquella escena.

—¿Y qué hiciste tú?

—Me comporté como un cavernario, le arrebaté la rosa a Charlotte, la tiré y luego la pisé. El resultado de mi proceder es que no quiere verme ni pintado.

—Esos modales no son de un caballero, debes acostumbrarte a la competencia.

—No competiré con él, ella será mía.

—No hablé de competencia limpia, en la guerra y en el amor todo se vale —aconsejó su madre.

—¿Se le ocurrió algo?

—Cómprala...

Clark parecía no comprender.

—Con atenciones y regalos, las mujeres somos impresionables y tú con ese comportamiento de primate has mandado al infierno tus avances.

—¿Qué me sugiere?

—Rosas, joyas, paseos, vestidos —citaba su madre, incansablemente.

—Madre, es usted diabólica.

—El diablo es mujer, hijo mío...

—Tome un beso, madre, se lo merece —mencionó antes de dirigirse a la puerta —, me voy a cumplir ese cometido.

Él fue a una joyería y le compró un collar que hacía juego con unos aretes de rubíes, muy costosos. Pasó después por la floristería y compró el arreglo más grande.

—Envíe esto a Mayfair —dijo refiriéndose al arreglo y a las joyas, con una pequeña misiva.

Horas después de su ajetreado día, regresó a su casa para esperar una respuesta.

Por la noche tocaron la puerta y dejaron el arreglo y los regalos.

—¿Quién era, Jules? —preguntó lady Linette.

—Un mensajero, trajo aquel arreglo y esta caja, son para lady Charlotte.

—Llámala entonces y veamos quien las envió.
—Sí, milady —obedeció la doncella.
Luego de ser informada, Emma bajó rápidamente las escaleras.
—¿Son para mí? —curioseó emocionada.
Vio un precioso adorno de rosas rojas y un estuche.
—Revísalos —decía ansiosa su tía—, quiero saber quién te los ha mandado.
—¿De quién serán?
—Creo que son del conde de Dudley —opinó su doncella.
—Ese orangután —recordó con desprecio.
—Abre la nota y saldremos de dudas —asesoró su tía.
Emma abrió la carta y comenzó a leer en voz alta.

Querida lady Charlotte,
Siento mi comportamiento poco caballeroso, no debí comportarme de esa forma tan salvaje, me cegaron los celos y la inseguridad de que usted pudiera estar interesada en el marqués de Granby.
Yo le ofrezco el cielo y las estrellas, Charlotte, le ofrezco el firmamento completo, usted tiene mi corazón en sus manos. Pese al poco tiempo que la he tratado, estoy seguro de que es la mujer ideal para mí.
Por favor acepte estas pequeñas muestras de mi afecto por usted.
Suyo.
Clark Mottengarden, conde de Dudley

Emma se aceleró para abrir el estuche y ver sus muestras de afecto.
Lo que vio la dejó blanca.
—Por Dios, tía —expresó boquiabierta.
—Oh, por Dios…
—Son rubíes, esto debe valer una fortuna.
—Este joven esta perdidamente enamorado de ti, Emma.
—De Charlotte, a Emma la tuvo, pero la rechazó—corrigió con voz fría.
—Pero...
—Hermosos rubíes. Esto me trajo una nueva idea para fastidiarlo.
—¿Qué quieres decir?
—Llamaré a Mote, irá a la casa del conde. El pobre va a ser recompensado y perdonado —contó melosa y maliciosa.
—¿Qué tramas?
—Nada tía, solo lo ilusionaré, mientras más alto el vuelo, más dolorosa se hace la caída.
El lacayo salió de la casa de Emma y fue hasta la mansión del conde, para dejarle un recado de ella.

—Milord, este lacayo viene junto a usted, de parte de lady Charlotte.

—¿Qué? ¡Ven, ven rápido! —lo llamó.

—Tome, milord —dijo Mote entregándole la respuesta.

Estimado lord Mottengarden,

Estoy profundamente conmovida por su preocupación hacia mis intereses, sus regalos tuvieron el efecto deseado. Queda usted excusado por el altercado de la tarde, pese a que todavía me duele el lugar donde se incrustó la espina.

Lo espero mañana con su madre para tomar el té de la tarde.

Suya.

Lady Charlotte Mcbean

—¿Usted espera una respuesta?

—Si, milord.

—Dígale que estaré ahí mañana.

—Se lo entregaré, me retiro —se despidió el lacayo.

Clark no podía contener la alegría que sentía, pronto le haría morder el polvo de la derrota al marqués de Granby.

—¡Madre! —gritó Clark.

—Ya lo sé, tu madre es muy sabía ¿verdad?

—Usted es el diablo, me solucionó la vida. Prepárese, que mañana tenemos el té en casa de Charlotte.

—Por fin tendré que conocerla, no dudes que te daré mi opinión sobre ella.

***

Brandon se dirigía a su casa después de cumplir con lo que su padre le pidió.

Lentamente le estaba sucediendo los títulos que estaban anexados al ducado, como lo era el que actualmente tenía, al igual que lo iba responsabilizando por ducado de Rutland, y era bastante pesado.

También Bradley estaba en las mismas y lo de él era aun peor, tenía más propiedades en otros países que en Inglaterra misma, pronto debía viajar a ver el estado de todas ellas.

Iba cavilando pensamientos cuando vio a Arthur y a su madre, pero ellos no lo vieron. Estaban hablando y él se quedó cerca para escuchar.

—Emma me preocupa, está tomando un riesgo muy grande —comentó lady Mabel.

—Jugar así con Clark, y también de paso con Brandon. Madre, temo por ella, no quiero que se meta en más problemas, esto se le puede ir de las manos. ¿Qué dirá Brandon cuando sepa que ella está en Londres, más cerca y cambiada de lo que pensaba?

—Será terrible, no creo que reaccione muy bien, ha sufrido mucho.

—De hecho no lo hará, quiero decírselo, pero Emma me mataría.

—Pues dejemos que lo descubra solo, tiene la verdad en las narices.

«¿La verdad en las narices?», se cuestionó Brandon.

Se alejó de los Mcbean y fue hacia otro lugar, donde una risa nerviosa se apoderó de él. Había sido un bruto todo aquel tiempo, no existió ninguna Charlotte, sino lady Emma Charlotte Mcbean de Lancaster.

Emma le vio la cara, pero no había nada mejor que seguirle el juego, la descubriría y se casaría con ella. Clark sería hombre muerto si intentaba interponerse una vez más ante su felicidad con Emma. Esta vez, él saldría triunfante.

Capítulo 25

Mientras más lo pensaba Brandon, se daba cuenta de que Emma había cambiado. No solo sacó su belleza, sino que también las uñas. No era su Emma, esa niña dulce e inocente.

Esta era una mujer decidida, con sed de sangre, no le importaba el daño que les hiciera a los demás. Debía evitar que ella misma se dañara en el proceso de su venganza. ¿Qué estrategia usaría? ¿Se convertiría en su amante? No. Ella sería su esposa. No la degradaría a ser una cualquiera.

En virtud de aquel juego, del que se jactaba de ser una experta, su única acción sería seguir obedientemente sus dementes designios. Sin embargo, sacaría beneficios y luego vendrían los reclamos.

—Te veo feliz hoy, hijo —comentó Darline al ver como sonreía incansablemente el mayor de sus hijos.

—Lo estoy, madre —aceptó.

—Cuéntame.

—Es un secreto.

—Tú, pequeño demonio, no tienes secretos con tu madre.

—Este sí.

—Fueron nueve meses, Brandon, ¿y así me pagas? ¿Con tanta ingratitud?

—¿No olvida las horas de trabajo de parto también, madre?

—También te ha vuelto el sentido del humor, eres igual a tu padre. Tú y Bradley son idénticos a él cuando era joven, salvo los ojos. Me alegra verte de regreso.

—También me alegra estar de vuelta, madre.

Brandon tenía estampada una sonrisa en la cara. Su sufrimiento había cesado, estaba decidido a obedecer y a conquistar a Emma, o mejor dicho, a Charlotte.

***

Por la mañana, una nota, acompañada por una rosa roja fue enviada a la residencia de lady Kirkwall, con el siguiente mensaje:

Seré tu esclavo.

M. Granby

Aquella nota hizo que Emma se estremeciera.

—¿De nuevo una rosa? ¿Serán del conde? —cuestionó, Celia.

—No. Es de Brandon, pero no entiendo el significado de esto —anunció verdaderamente confundida.

¿Qué habría hecho cambiar de opinión a alguien tan reticente para ayudarla?

Desconcertada, subió a prepararse para la llegada de Clark y de su madre que se daría para el té de la tarde.

Se colocó un vestido color salmón con listones rojos. Un vestido bastante adecuado para presentarse ante su «supuesta» suegra, al mirarse Emma al espejo pronunció:

—De ningún modo la condesa viuda me reconocerá, aquí no queda nada de la Emma anterior.

El conde llegó acompañado de su madre, se presentaron y pasaron a la sala del té.

La condesa la observaba sin perder detalle sobre ella. Tenía un mal presentimiento sobre aquella niña.

—Y dígame, lady Charlotte —pidió la condesa— ¿Qué relación tiene con los Mcbean?

—Ellos son parientes cercanos —respondió sorbiendo su té.

—Conozco a los Mcbean desde siempre, y nunca he oído hablar de usted, pese a parecerse a Arthur y a Emma —insinuó acusatoria, colocando su taza de té en la mesita.

Emma no quería pensar que la condesa, con vista de águila, la iba a delatar. Ella iba a replicar, pero Clark se adelantó.

—Madre, no la incomode acordándose del pasado. Emma es el pasado, deje de darle vueltas al asunto.

—Clark, no se preocupe. Comprendo perfectamente los miedos de su madre —expresó Emma observando a la condesa con un condescendiente sonrisa.

—Disculpe mi impertinencia, lady Charlotte —se disculpó con falsa modestia la madre de Clark.

—No se disculpe, es normal sentir curiosidad sobre el origen de las personas que se relacionan con su hijo.

Después de aquel momento, la tarde continuo agradable. Clark y su madre se retiraron y Emma salió al jardín para despejarse llevándose un libro que, dentro, tenía la rosa roja que el condenado de Clark había pisoteado.

Se encontraba sumida en su lectura cuando escuchó ruidos en el rosal.

—¡¿Quién anda ahí?! —increpó asustada.

—Brandon —mencionó sacando la cabeza.

—¿Brandon? Salga, ¿qué está haciendo ahí? ¿Acaso me estaba espiando?

—¿Podría ayudarme? ¿Sabe lo difícil que es estar aquí casi toda la tarde esperando que el idiota de Clark y su madre se fueran? Tengo espinas hasta en las posaderas —comentó quitándose las espinas y hojas de la ropa.

—Se lo merece, quien lo manda a venir cuando no corresponde —reprendió ella, volviendo la vista a su libro, ignorando la presencia del intruso.

—¿Debo pedir permiso para ver a quien estoy cortejando?

—Pensé que para usted era solo una forma de obtener información sobre Emma.

—Lo pensé mejor y quiero otras cosas aparte de solo información —afirmó Brandon.

—Recibí su nota hoy, ¿qué quiere usted decir con lo que escribió?

—Que haré lo que me pida, todo, hasta enseñarle los placeres de la vida, mi bella lady —reverenció con una lobuna expresión en el rostro.

Emma estaba con el corazón que le latía tan rápido que se saldría del pecho.

—Pero… —continuó Brandon.

—Aquí vamos —se quejó—, ¿pero qué?

—Con una condición.

—¿Más información? —preguntó rodando los ojos.

—No...

—¿Entonces?

—Si llego a desflorarla, se casará conmigo —citó, dejando a la dama sin palabras.

Ella quedó boquiabierta, ¿cómo pudo decir tal cosa?

—Además… —volvió Brandon a tomar la palabra.

—¡¿Hay más?! —se alteró.

—Claro. La última y más importante condición es dejar la venganza hacia Clark.

—Eso no es negociable, señoría. Desde ningún punto de vista, el debe pagar.

—Déjese de aquello, no es su lucha, es la de Emma. Que venga ella a encargarse de sus asuntos.

—¡Pero me lo pidió y yo quiero hacerlo! —se defendió.

—Como guste, solo que si llega a acostarse conmigo, ya no podrá seguir con su venganza, puedo asegurarlo —amenazó con severidad.

—Eso no es justo —reclamó, sintiéndose frustrada. Pasar de ser cazador a convertirse en la presa era completamente humillante.

—Lo es. No sabe en donde se está metiendo. El conde puede ser peligroso cuando se siente amenazado.

—Lo pensaré —sentenció—. ¿Cuándo empieza a mostrarme esos placeres? —preguntó tomando a Brandon de la cintura y acercándolo a ella.

El dio un respingo y sonrió, pillo.

La nueva Emma empezaba a caerle muy bien, pero se merecía unas nalgadas y él se encargaría de dárselas, en la fiesta de los St. Albans.

—En la fiesta me dirá algunas cosas, ¿lo recuerda?

—Pero faltan tres días —le recordó haciendo un mohín.

—Pues si está muy ansiosa, la veré mañana por la noche.

—Lo estaré esperando —sonrió mordiéndose los labios con ansiedad.

Brandon bajó sus labios hasta los suyos, dándole pequeños besos y relamiendo sus labios, haciendo que su ansiedad se acrecentara, esperando por más sensaciones.

Lentamente él se fue retirando, dejándola con los labios rojos y los ojos cerrados, todavía sintiendo la sensación de ser besada por el hombre que amaba.

***

Clark llegó a casa con su madre y comenzaron los reclamos por su impertinente comportamiento frente a su preciada Charlotte.

—Madre, fue usted un fastidio. ¿Cómo se le ocurre haber mencionado a Emma? ¿Acaso enloqueció?

—Esa mujer es una descarada, ¿cómo va a querer estar contigo, después de lo que le hiciste a su prima?

—¿El amor, quizás? —replicó.

—Esa fulana descarada no te ama, no trama nada bueno para ti —advirtió.

—Madre, lo tengo decidido, me tiene loco, voy a pedir su mano mañana —informó Clark a su madre.

—Sobre mi cadáver, esa mujer no me gusta.

—Es a mí a quien debe agradar la dama, no a usted.

—No sabes lo que haces, su belleza no te deja ver lo evidente.

—¿Qué es lo evidente?

—Que ella no es ninguna prima, es Emma, pero muy mala —descubrió su madre, esperanzada por conseguir que su hijo recapacitara.

—¡Que disparate dice, madre! Definitivamente, el té tenía algo que la alteró.

—Escúchame, hijo, yo conocí a Emma cuando era pequeña, y esa mujer es ella.

—Emma era horrible, madre. No puede compararlas, son agua y aceite —explicó Clark—, no sé porque discuto con usted, no nos llevará a ningún lugar, la edad la afecta, madre.

—Sí que eres testarudo, retírate, hijo —ordenó su madre.

La condesa viuda no podía permitir que esa mujer se vengara de su hijo, pese a merecerse lo peor.

Debía conseguir atrasar lo más posible aquel ridículo pedido de mano por parte de Clark, hasta conseguir el tiempo suficiente para pensar en cómo librarlo de su destino.

Si no terminaba con el corazón roto, lo haría con un plomazo en el cuerpo que le daría el marqués de Granby. No quería ni pensarlo, era su único hijo, debía hacer algo. En ese mismo instante salió.

Tomó su pequeño bolso y salió rumbo a la residencia del mejor amigo de Clark, Dylan Warren.

—¿Milady? —preguntó sorprendido Dylan, al ver a la madre de Clark en su sala.

—He venido porque debemos salvar a mi hijo.

—¿Salvarlo de qué?

—De Emma y de sí mismo.

—¿Lady Emma? —inquirió confundido, pues lo único que sabía de ella era que había desaparecido.

—Sí, Charlotte es Emma, y él no lo quiere ver —informó colocando sus manos en el pecho de Dylan.

—Yo lo sospechaba, pero no estaba seguro.

—El no quiere verlo, y ahora esta empecinado en pedir su mano, debes evitarlo.

—¿Evitarlo? ¿Cómo lo haría yo?

—Llévatelo a algún lugar, Dylan, no me importa donde, dame tiempo para conseguir desenmascararla antes que esto termine mal, hazlo por el cariño que le tienes.

—Pero…

—Ve a casa temprano, dile que el administrador dijo que algo andaba mal en algunas tierras y llévatelo. Con que me des dos días de tiempo, es suficiente.

—¿Cuándo piensa pedirla en matrimonio?

—Mañana.

Dylan negó con la cabeza y rió.

—Imposible, no irá conmigo a ningún sitio.

—Entonces un accidente, algo —pensó la condesa en voz alta—, ya sé...

—¿Qué se le ocurrió?

—Vayan como para cabalgar y yo me encargo.

—Bien, pero que no sea peligroso.

—No seas insolente. No pondría a mi hijo en riesgo, lo que quiero es salvarlo de una muerte segura. Una herida sería el menor de sus males.

Capítulo 26

Muy temprano en la mañana, Dylan se apareció en la mansión del conde de Dudley. Tenía que cumplir con su cometido del día y estaba que los nervios lo consumían.

Él había contratado a un niño para que asustara al caballo del conde, como máximo quedaría en cama uno o dos días según calcularon él y la condesa.

—¡Buen día! —saludó Dylan, molestando a Clark, que aún estaba tirado en la cama—, ¡vamos, que hoy perseguiremos el amanecer, mi amigo.

—¡¿Qué carajos?! —exclamó extrañado — ¡Pero si todavía es de noche!

—No mi buen amigo, son las seis de la mañana —aclaró Dylan abriendo las cortinas.

—¡Maldita sea la hora en que te conocí! —gruñó tapándose la cabeza completa.

—Calla amigo mío, que me has besado el trasero más veces que nadie por los favores que te hice.

—Dios, siempre recordándome mis estúpidas palabras. En fin, vayamos a perseguir la madrugada. Es mejor si empezamos rápido, así luego voy a casa de Charlotte.

—¿Por qué tanto apuro?

—Voy a pedirle que se case conmigo, antes de que el desgraciado de Granby siga interfiriendo en mis planes —manifestó levantándose y bostezando—. Pues, manos a la obra, entonces.

Clark se aseó y se colocó un traje de montar, le quedaba como anillo al dedo, resaltaba su delgada y elegante figura.

Fueron hasta las caballerizas y ambos partieron rumbo al parque. Estaba completamente desierto, podían hasta jugarse unas carreras y nadie lo notaría.

—¿Ves que es mejor venir temprano? —aseguró, nervioso, Dylan mirando a los alrededores.

—¿Qué tienes entre manos? Nunca te apareces tan temprano para cabalgar —sospechó Clark.

—Es que no podía dormir.

—Eso no significa que yo tuviera el mismo problema de sueño que tú, sí lo entiendes ¿verdad?

—Claro, pero no te amargues.

—No me amargo, me enojo nada más, todavía tengo sueño y quiero estar en cama.

Dylan iba varios pasos atrás, bien sujeto a las riendas de su caballo, cuando un niño apareció y dejó un ratón frente al caballo del conde.

El semental, asustado, se colocó en dos patas y lanzó a Clark al suelo, lo que ocasionó que se golpeara la cabeza y se torciera el tobillo, que estaba trancado por la silla de montar.

—¡Clark! —gritó Dylan bajando apresurado de su caballo.

Liberó el pie de su amigo, que estaba inconsciente. Se estaba cuestionado por qué le había hecho caso a la madre de Clark. Lo llevó a que lo atendieran.

Ya recuperando el conocimiento, Clark, preguntó:

—¿Dónde estoy?

Escuchó una voz femenina que le era muy familiar.

—Estás en el dispensario, cariño.

—¿Marie?

—Sí, somos compañeros de habitación.

—¿Pero… qué me sucedió?

—Te tiró el caballo —respondió con simpleza.

—¿Y Dylan?

—Fue por tu madre, estás solo conmigo —sonrió maliciosa.

—Me voy —declaró intentando levantarse, pero no pudo, cayó al suelo por el agónico dolor de cabeza.

—No puedes irte, creo que te rompiste la cabeza y tienes el pie torcido.

—¡Maldita sea! —masculló desde el piso, lleno de frustración por sus dolores.

—¿No te hace mucha ilusión mi compañía? —preguntó cínica, y de cierta forma, triste, pues siempre guardaba esperanzas de que Clark la quisiera.

—La verdad no, ¿tú qué haces aquí?

—Perdí al vástago que esperaba, porque me atropelló un carruaje.

—¿Cómo te sientes?

—Perfectamente, podemos retomar nuestra relación, si lo deseas —insinuó.

—Gracias, pero no estoy interesado, hoy pensaba pedirle matrimonio a lady Charlotte.

—Escuché que en Londres solo hablan de ella, y de su belleza —comentó, con tono despectivo.

—Es más que eso, estoy enamorado —le confesó, haciendo que Marie se alejara.

—Que tengas suerte, la competencia es fuerte —cizañó.

—¿Qué dices?

—El marqués de Granby está tras ella, los han visto juntos y muy…

—Eres una mentirosa y envidiosa.

—Y tú estás ciego, te ve la cara —se burló desde su cama.

—¡Dices estupideces! —le gruñó.

—Buenas tardes —saludó a ambos el doctor—, lady Marie, su carruaje la espera. Recuerde, reposo absoluto.

—Sí, doctor —aceptó con una sonrisa.

—Y usted, milord, está bien para ir a su casa, solo que no deberá moverse mucho.

—¿Qué? Pero si...

—Nada, milord, va a guardar cama por días, sin salir de su casa. Su madre y el Señor Warren lo llevarán.

Clark maldecía en su interior la penosa suerte que pesaba sobre él; se perdería hasta el baile de los duques de St. Albans, no podría hablarle a Charlotte en ese estado.

—Está bien... —aceptó impotente, mirando la sonrisa burlona de lady Marie.

Una vez instalado en su casa, llamó a un lacayo, le entregó una nota y lo despachó.

***

Emma se encontraba tocando el piano en casa de su tía, cuando el mayordomo se acerca con una nota.

—Para usted, milady —indicó.

—¿Quién la trajo?

—Un lacayo del conde de Dudley.

—Oh, gracias.

Querida Charlotte,

Solo quería que supiera que si no he ido a verla fue porque tuve un accidente en el caballo, me golpeé la cabeza y tengo torcido el pie. No podré acompañarla al baile de St. Albans, en tres días estaré repuesto e iré a verla.

Suyo.

Clark

—¡Oh, qué pena! ¡Pobre del conde! —se burlaba arrugando la nota—, tendré más tiempo libre para perseguir a Brandon —sentenció emocionada.

—Milady, está usted radiante —alagó Celia.

—Sí. Clark no me molestará tres días, ven, vayamos arriba y ayúdame a ver qué ropas tengo para ponerme mañana por la noche.

—¿Mañana?

—Sí. Brandon vendrá a verme, estoy ansiosa por saber qué desató su cambio de actitud conmigo —contó mientras subía hasta la habitación.

—¿Cree que la reconoció?

—No lo creo. ¿Cómo podría?

—Es cierto, mire milady, este vestido verde…—mostró su doncella.

***

Brandon ya estaba siguiendo su propio plan, seduciría a Emma y la obligaría a dejar sus

maléficas intenciones. No sería fácil, pero ya había dado el primer paso: jugar al juego que ella creía que estaba llevando a la perfección por tener ventaja sobre los demás. Solo la tenía sobre Clark, no sobre él.

—¿En qué piensas? —consultó su hermano Bradley, mientras estaba realizando algunos escritos.

—En Emma —contestó sin rodeos.

—Cuando no… —dijo haciendo caras.

—Sé donde está y la convertiré en mi esposa.

Su hermano dejó lo que estaba haciendo y se acomodó para prestarle atención.

—Eso sí que me interesa, ¿cómo diste con ella?

—Por su falsa prima.

—¿Falsa? No me digas que ella es...

—Ella es Emma —aclaró ante la incrédula mirada de su gemelo.

—Nadie la reconocería, de hecho, yo no la reconocí.

—Te dije sobre su belleza.

—Solo tú pudiste haberla visto, porque yo no veía nada.

—Me alegra de haber sido solo yo, lo único que tengo que hacer es lograr que se case conmigo.

—Debes quitar al conde de tu camino, primero.

—El ya es historia para mí, no será un problema, ya lo tengo todo fraguado —anunció guasón.

—Tienes una sonrisa maliciosa...

—Mi idea es maliciosa. Emma probará una cuchara de su propia medicina.

***

Una inesperada visita llegó a casa de Emma.

—Buen día, milady. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó el mayordomo.

La madre de Clark pasó haciendo a un lado al mayordomo.

—Exijo ver a lady Charlotte —ordenó al hombre.

—Un momento, milady —pidió, y regresó después de unos segundos con Emma.

—Condesa, qué gusto verla —manifestó Emma, sonriendo.

—Diría lo mismo, si no fuera que sé sobre tus intenciones —la acusó sin preámbulos.

—¿A qué se refiere? —cuestionó con inocencia fingida.

—¡Basta de juegos, Emma!

—¿Qué dijo? No sé de qué…

—¡No seas hipócrita, Emma, yo te reconocí! ¿Sabes por qué? Porque te conocí de niña, y eres idéntica, conozco a tu familia desde siempre.

—No sé de qué me habla, milady —continuó haciéndose la desentendida, tratando de despistar

a la condesa.

—Sé lo que pretendes hacer, y no lo permitiré, no dañarás a mi hijo.

Emma rió sabiéndose descubierta.

—Como él me dañó en el pasado ¿no es así? —corrigió—, volví aquí para vengarme de su hijo, y de usted que fue su cómplice.

—Nunca fui participe de ese engaño, no estuve de acuerdo.

—¡Pero lo permitió por amor a su hijo! —la acusó vehemente—, me humilló como no tiene idea, y usted viene a exigirme que no lo haga sufrir.

—Te lo pido por favor, Emma.

—¡No, él pagará por lo que me hizo, lo destrozaré! —masculló con tono rasposo.

—¡Emma por favor, piénsalo! ¿Qué ganas con hacerle daño? Eso no te devolverá nada —afirmó la condesa intentando persuadirla.

—Será simplemente satisfactorio. Me alejó de Brandon que sí me quería por lo que era. Y yo, pensando en no traicionar a Clark, cuando él me estaba apuñalando por la espalda. ¡No merece mi compasión!

—¡Sabes las circunstancias!

—Mi hermano es culpable por querer asegurar mi felicidad de esa manera, pero la forma en que su hijo me trato no tiene nombre, lo hizo sin compasión y yo también seré implacable. No merecía su desprecio.

—¡Qué pretendes!

—Enamorarlo hasta desahuciarlo, partir su corazón en pequeños e irreparables pedazos. Y piénselo, soy más generosa que mi hermano, él solo quiere matarlo.

—Le diré a mi hijo sobre tu plan, Emma.

—Dígaselo, no le creerá, está perdidamente enamorado de mi belleza, es mi títere.

—Eres mala.

—Soy justa. Vaya y dígale a su hijo que soy Emma, no le creerá y la odiará, voy a asentarle ideas en la cabeza sobre usted, milady.

—No serías capaz.

—Lo soy, inventaré mentiras si intenta meterse entre su hijo y yo. Es mejor que guarde fuerzas para llevarse a su hijo humillado de Londres.

—¿Por qué, Emma?

Ella, con una carcajada histérica, y las lágrimas bañando su rostro respondió:

—¿Por qué? ¿Por qué? Hasta la pregunta ofende, milady, iba a entregarle todo a él, mis sueños, mi esperanza y mi amor, pero recibí rechazos y humillaciones. ¡Váyase y no vuelva!

—Esto no se quedará así —amenazó la condesa, retirándose raudamente de la casa.

Capítulo 27

Una persona ya la había reconocido, la cuestión se estaba complicando rápidamente. Debía conseguir la seducción completa de Clark lo más pronto posible, su madre se estaba poniendo muy peligrosa.

—¡Celia! —llamó a su doncella con presteza.

—Diga, milady.

—Tráeme papel y pluma.

—Sí, milady —obedeció veloz.

Al tener el pedido en sus manos, comenzó a redactar una pequeña esquela para Clark. Tiempo después, se la dio a un lacayo con la orden expresa de entregarla al conde en sus propia mano.

En la mansión de Clark, un mayordomo le abre la puerta al lacayo.

—Diga —solicitó el hombre.

—Traigo un mensaje para el conde —mencionó el criado.

—Démelo, se lo pasaré.

—Tengo órdenes de que se reciba personalmente.

—El conde esta reposando —excusó el mayordomo.

—¿Con quién hablas tanto? —preguntó la condesa.

—Con este joven, milady, trae un mensaje para el conde y no quiere entregármelo, tiene órdenes de que él mismo lo reciba.

—¿Quién lo envió, joven?

—Lady Charlotte —respondió.

—Deme el mensaje, yo se la daré —pidió la condesa.

—Lo siento, milady, mis órdenes son en la mano del conde.

—Está bien, pasa y entrégalo —ordenó molesta.

—Gracias, milady.

El lacayo pasó acompañado por la condesa a la habitación de Clark.

—Disculpe, milord, traigo mensaje de lady Charlotte —manifestó el joven con un papel en el la mano.

—Démelo... —se lo arrebató de las manos.

Clark abrió y lo leyó.

Querido Clark,

Siento mucho el accidente que tuvo, estuve esperando su visita ansiosa por verlo, me agrada su compañía y habría degustado un vals junto a usted en el baile de los St. Albans. Espero que se mejore y asista mañana para que podamos estar juntos.

Suya.

Lady Charlotte

—Creo que ya me siento mejor, dígale que asistiré al baile mañana.

—Sí, milord, con permiso —dijo el mozo retirándose de la mansión.

—Te escuché, Clark, esa mujer está jugando contigo, no apruebo tu cortejo con ella —pronunció la condesa.

—No me importa, madre, haré lo que quiera.

—Es Emma, hijo, entiéndelo ¿cómo es que no lo ves? —lamentaba en tono cansino.

—Ella no es Emma, Charlotte es hermosa, es también agradable como ella, pero son diferentes —justificó sin mucho sentido común.

—Cambió, hijo. No es como antes, abre los ojos, es una víbora.

—No hable mal de ella en mi presencia, madre —reprochó Clark, hastiado de los ataques de su madre.

Esas palabras hicieron que la condesa quedara callada y se retirase, no podía hacer nada por su hijo, estaba ciego por Emma.

***

La noche se había hecho presente en la elegante Londres, y Brandon estaba listo para enfrentar a su destino, que lo colocaba frente a Emma, nuevamente.

—Buenas noches, Charlotte —saludó ya dentro de la mansión de Kirkwall.

—Sea bienvenido, Brandon —cumplió reverente—, acompáñeme, vayamos arriba.

—¿Arriba?

—Supongo que ha venido a enseñarme lo que sabe —alegó con suficiencia.

—Es bastante rápida.

—Más bien, un poco ansiosa —confesó estrujándose las manos mientras le mostraba hacia dónde ir.

—Mucho diría yo.

—No se haga el inocente, señoría. Concluyo que ha tenido demasiadas mujeres que le han propuesto cosas peores.

—No lo niego, pero es usted la primera dama que lo hace como si estuviera probándose un vestido —comentó con naturalidad.

—Espero que esto sea satisfactorio para ambos —musitó casi exigiendo que sea bueno.

—Lo será, y más para mí...

—Está muy seguro de eso.

—Sé cuando voy a ganar la batalla, milady.

Ella sonrió y abrió la puerta a su habitación.

—Dígame, Brandon, ¿me hablará sobre tu repentina colaboración a mi causa? —consultó caminando hacia la ventana con seguridad. No debía dar la impresión de estar muriendo por ser besada y acariciada por él.

—No debería ser tan curiosa, Charlotte —replicó Brandon, acortando distancias con ella, apoderándose de sus labios.

Disfrutaba implícitamente de aquella irreverente pasión hacia él, que la torturaba. Sin embargo, todavía desconocía la causa de su brusca colaboración.

—¿Todo es por Emma?

—La amo, y lo sabe, pero podría darme algunos gustos de libertino contigo —expresó besando sus labios y tuteándola confiadamente, pues compartían un intimo momento.—, me prometiste guardar silencio para que ella no lo supiera.

—¿Así que me deseas? —increpó deseosa de una respuesta positiva.

—No lo sé —respondió acariciando sus mejillas.

—¿No lo sabes? —preguntó, ella abriendo la camisa de Brandon, dejando su atractivo torso al descubierto.

—¿Te gusta lo que ves? —sugirió Brandon, refiriéndose a su pecho.

—Me encanta —contestó Emma, dejando pequeños besos en su torso.

Ella se alejó y aflojó su vestido, pero Brandon la detuvo.

—No… —mandó con seguridad.

—¿Cómo que no? ¿No deseas verme desnuda?

—No, tú solo vas a complacerme hoy, y cuando obtenga lo que quiero te complaceré también —sentenció.

—Eres un mal jugador, muy tramposo, excelencia —bromeó.

—Todavía no soy un duque…

—Pero lo serás… —insinuó, dirigiéndose hacia la parte baja de su cuerpo.

—Vas bien, querida —auguró Brandon, deseoso de hacerla suya.

El se acercó y la apretó contra sí.

—Habla, Charlotte, ¿te gustaría sentir esto? —cuestionó refiriéndose a su hombría.

Emma asintió, acercándose a él con ansiedad. Iba a acariciarlo pero él la atajó.

—He dicho que primero me saciaré de ti, y luego te complaceré —resolvió besándola hasta recostarla en la cama.

En aquel tiempo había disfrutado de cada centímetro de su cuerpo, pero sin profanar su inocencia. La besó completa, y la acarició como nunca nadie lo había hecho.

De cierta forma, frustrado por no llevar su plan más allá de solo la tentación, se recostó al lado de Emma, exhausto.

Emma se sentía estafada, pensó que él le haría el amor.

—Pensé que... —pronunció.

—¿Qué pensaste? ¿Qué me robaría tu virtud?

—Yo te la iba a dar, no necesitabas robármela —aseguró colocándose sobre su pecho, para observar con detenimiento sus facciones.

—Mañana querida, después de que me confieses eso que tienes atorado, te haré el amor...

—Pero será en lo del duque de St. Albans.

—No importa, son amigos míos, veré cómo hacerlo.

—Pensaré en qué confesar mañana.

—Solo dime la verdad —pidió, y la besó con cariño.

—¿Por qué eres así?

—¿Así cómo? —cuestionó abrazándola y besándole el cuello.

—¿Por qué me castigaste no haciéndome el amor?

—Porque lo mereces, por hacerme sufrir —afrontó dispuesto a desenmascarar a la mujer que amaba.

—Yo no he hecho nada —dijo inocente.

—Deja de mentir, Emma.

Ella reaccionó, tomó una sabana, cubrió su cuerpo, y se alejó.

—¡No soy Emma! —se defendió con intrínseco nerviosismo.

—No eres esa joven inocente que conocí, hoy eres mentirosa y manipuladora —la acusó acercándose a ella, enojado.

—No sabes por lo que he...

—¿Por lo que has pasado? Claro, lo sé todo. Estuve en cada etapa contigo, te ofrecí mi corazón, Emma, y no te importó.

—No es así, Brandon, yo te amo.

—Entonces ven conmigo, casémonos, sé mi marquesa.

Emma sonrió y con un gesto de cabeza, se negó.

—Tu oferta es tan tentadora, pero no puedo, Clark es mi prioridad. .

—¡De nuevo él...! —gruñó empujándola.

—No sabes cómo me humilló la noche en que quise consumar nuestro matrimonio, solo para olvidarme de ti, embarazarme y continuar con mi vida. Quise ser buena Brandon —se confesaba como un libro abierto, llorando.

—¿Sabes como yo te sufrí? Buscándote, amándote. Si quieres un hijo yo te lo doy, Emma. Me encantaría hacerte el amor, pero como tus prioridades no son mi amor, ni mi compañía, olvídate de mí, y cásate de verdad con Clark. Viéndote en este momento, no dudará en hacerte el amor todas las noches —musitó colocándose sus prendas para retirarse.

—¡Brandon, no por favor, no quiero perderte de nuevo! —rogó atajándolo del pecho para que no se fuera.

—No perderás algo que nunca has tenido, porque no lo quisiste. Tienes una última oportunidad. Mañana espero tu decisión, Clark o yo. No estoy de acuerdo con lo que haces, si me dejas yo podría arreglarlo, déjame limpiar tu honor, Emma.

—No, yo lo haré. Deseo verlo postrado y rogándome amor —manifestó con palabras cargadas de rencor.

—Está bien, yo no tengo nada que hacer aquí —se despidió yendo a la puerta.

—¡Brandon, por favor! —intentó detenerlo, llorando.

—¡Por favor, nada! —se exasperó por su terquedad —, he sido rechazado una vez más por la misma mujer. No sé en qué parte del camino perdí mi dignidad contigo.

Salió de la casa sin mediar más palabras. La dejó llorando a mares por su propia culpa.

Su venganza le estaba acarreando problemas y mucha soledad. Pero no pararía hasta cumplir su objetivo.

Esa idea la hizo levantarse y continuar con su plan. Pese a que le dolía el rechazo de Brandon debía seguir; ver sufrir a Clark era un incentivo imposible de resistir.

Capítulo 28

Al levantarse, Emma tenía los ojos muy hinchados de tanto llorar, no había forma de bajarle la hinchazón.

—Milady, mire esos ojos, no creo que exista una pócima que la ayude a verse mejor —expresó, Celia, sincera.

—No quiero verme mejor —se resignó tapando su rostro.

—¿Algo salió mal?

—¡Todo, Celia, todo...! Él sabe que soy Emma.

—¿Y qué le dijo?

—Qué me case con el… —recordó llorosa.

—¿Y qué hizo usted? Bueno... no debo preguntar lo evidente, le dijo que no.

—Así es…—admitió.

—Lo siento milady, pero yo no la apoyo más. Ese hombre morirá por usted, está completamente enamorado, ¡entiéndalo!

—¡Lo sé! — gritó histérica —, pero mis ansias de venganza son más grandes que cualquier cosa.

—Es una pena —expresó su doncella, muy disconforme por su proceder.

—Vete, y vuelve por la tarde —le ordenó a Celia. Ella, mientras tanto, continuaría ahogándose en su miseria.

Amaba tan profundamente a Brandon que no quería perderlo, pero era perder todo lo que había conseguido para su compensación por la humillación.

No conseguía un equilibrio entre su amor y sus objetivos personales.

El baile de los St. Albans estaba llevándose a cabo bajo aquella luna llena que alumbraba los majestuosos jardines de la mansión.

Brandon ya se encontraba ahí, y esperaba la aparición de Emma. Entre tanto, una dama se acercó a él.

—Señoría, qué placer volver a verlo —expresó con una sonrisa enorme.

—¿Nos conocemos? —cuestionó intrigado.

—¿No es usted el marqués de Blandford?

—No. Él es mi gemelo, está por allá —señaló a su hermano.

Roja de la vergüenza, miró a donde le indicaban.

—Disculpe la intromisión —hizo una reverencia, y se retiró.

Aquella mujer se acercó a Bradley, con mucha confianza.

—Señoría —musitó una voz femenina.

—¿Lady Cecilia? ¿Usted aquí?

—Hemos vuelto, han pasado ya casi seis años de la muerte de mi hermana mayor, Anne.

—Lo sé —recordó con tristeza.

—Se acerca la presentación de mi hermana menor, Imogen.

—¿Tienen una hermana menor?

—Sí, usted no la conoció, era muy pequeña y fue enviada a la escuela de señoritas.

—¿Cómo están sus padres?

—Mejor. Todos estos años lejos han ayudado bastante, y dígame, señoría ¿se ha casado?

El la miró desconfiado. Cecilia nunca había sido santa de su devoción.

—No —respondió, frío.

—Es muy cortante —acusó Lady Cecilia.

—¿Por qué no lo sería? Usted me acosó cuando me comprometí con su hermana.

—Mi hermana estaba profundamente enamorada de usted, al igual que yo —le recordó con descaro.

—Ese no es mi asunto.

—Usted tiene una deuda de compromiso con mi familia, que estamos dispuestos a cobrar —declaró Cecilia.

—Pues, vean como cobrarla —la desafió, restándole importancia.

—No lo dude, señoría.

—Disculpe. Me retiro —se despidió, alejándose de la pesada presencia de Cecilia.

—Pronto nos estaremos viendo, Bradley—mencionó ella sonando amenazante.

Brandon observó el rostro oscurecido de su gemelo y se acercó a verlo.

—¿Brad, estás bien?

—Sí, se puede decir que estoy bien.

—¿Quién era?

—La hermana de lady Anne, o mejor dicho, su prima.

—¿Qué?

—Me dijo que querían cobrar la deuda de compromiso que tenía, imagina eso.

—¿Y cómo?

—Casándome con ella, quizás —sospechó—, pero eso jamás

—No lo permitiremos, tenlo por seguro. Tu palabra era para Anne, y no para ella.

—Gracias, Brandon —agradeció Bradley el intento de consuelo de su hermano—, Mira, ahí viene tu dama.

—Y con Clark a su lado, como era de esperarse —dijo haciendo chirriar sus dientes.

Clark había pasado por la residencia de Emma para recogerla.

—¿Seguro que puede caminar, milord? —consultó al verlo recostado por el bastón.

—Sí, Charlotte, solamente no podré bailar.

—Está bien, le haré compañía toda la noche.

La noche iba avanzando, Emma y Clark, salieron al jardín, pues se sentían agobiados entre el gentío y el poco espacio que quedaba.

—Por fin solos, Charlotte —expresó acercándose a ella.

—Mucha gente, ¿no cree? —pronunció nerviosa ante su acercamiento.

Brandon no había parado de seguirlos por todos los rincones de la casa y los miraba desde su escondite.

—Charlotte —musitó el conde agarrando su mano.

Ese era probablemente el momento que estuvo esperando todo el tiempo desde que se burló de ella.

—Dígame.

—¿Me haría el honor de convertirme en el hombre más feliz del mundo? Cásese conmigo —pidió apretando su mano con fuerza.

Había imaginado eso por tanto tiempo que la llenaba de satisfacción escucharlo.

—Acepto, milord, es lo que más deseo —respondió entregándole una sonrisa.

Entonces, Clark la tomó por sorpresa, la besó, y la apretó contra un pilar.

—¡Milord, qué hace! —masculló asustada al verlo con la respiración agitada.

—Solo quiero conocerla más a fondo —confesó—, he estado conteniendo mis deseos por usted —contó, subiendo las faldas de Emma.

Brandon estaba rojo de la ira. Aquel la tomaría en pleno jardín de los St. Albans.

—No es correcto, milord, déjeme por favor —pidió sintiéndose aterrada por sus intenciones.

—La deseo fervientemente, Charlotte.

Clark la acarició a Emma íntimamente, y la sensación no le había agradado.

—¡Por favor, milord, debemos guardar compostura! —exigió apelando a lo que podría tener de buen juicio ese hombre.

—Tiene razón, Charlotte —aceptó la sugerencia y la soltó—, perdóneme, tenerla cerca es una tortura.

—No se preocupe, ya estamos prometidos.

—Por fin, Granby no podrá interponerse más entre nosotros.

—¿Qué te dije, Clark, sobre esta mujer? —lo increpó su madre mirando a Emma desafiante.

—Madre, ella es mi prometida —aclaró antes de que le hiciera pasar más vergüenzas.

—¿Qué hiciste, hijo? Te arrepentirás —avisó su madre lamentando aquellas palabras.

—Míreme, Clark, ¿ve algo de Emma en mí? —cuestionó Emma, frente la condesa.

—No lo veo. Me casaré y punto, madre.

Sorprendida por haber sido encarada, la condesa prefirió batirse en retirada.

—Vamos a casa, Clark, aun no estás bien —dijo su madre tomándolo del brazo.

—No me iré.

—Al menos ven conmigo, necesito hablar contigo —requirió.

—Volveré querida, espérame… —solicitó Clark, mirándola.

Emma asintió, y luego lo vio partir junto a su furibunda madre.

Se recostó en el pilar con los ojos cerrados para descansar y respirar, se había llevado un gran susto pero consiguió lo que buscaba.

—Eres infame, Emma —acusó la decepcionada voz de Brandon —, ¿cómo puedes estar tan tranquila?

—He conseguido lo que perseguía —argumentó.

—Es una pena que tengas que dejar todos tus esfuerzos de lado.

—Eso no sucederá —discrepó.

—Pues lo harás sea como sea.

—No sé como podrás obligarme —lo desafió.

—Así —mencionó besándola y comenzando a desvestirla.

—Esto no es decoroso —justificó con falso decoro, estaba disfrutándolo.

—Ibas a hacerlo con Clark, ¿por qué no conmigo?

—¿Estabas espiando?

—Temo por ti, me vi obligado a hacerlo —expuso acariciándola demente mientras ella gemía de placer en su oído y colocaba sus piernas alrededor de su cintura, hasta que una multitud de gente se acercó hacia donde se encontraban.

—Vámonos de aquí —ordenó Brandon, tomándola para irse.

Corrieron dentro de la casa, llegando a la habitación que Brandon le había pedido a su amigo lord Matt, hijo del duque de St. Albans.

—No podemos entrar aquí —reclamó Emma.

—Claro que sí podemos, pedí prestado este lugar.

Sonriendo, y seducida por Brandon, Emma estaba tratando de quitarse el vestido para continuar donde habían quedado en el jardín.

—Déjame, yo te ayudo —dijo Brandon rompiéndole el vestido.

Emma escuchó rasgarse la tela sin compasión.

—¡¿Qué hiciste?! ¿Cómo saldré de aquí?

—No saldrás, no me diste más opciones, Emma, te salvaré de ti misma —pronunció severo—, el juego terminó.

—¡Déjame, no me toques!

—No lo haré, si no lo deseas.

—Eres de lo peor Brandon Waldow —lo acusó frustrada.

—Te amo Emma, cásate conmigo.

—¡Nunca! —vociferó, alejándose.

—¡Lo harás quieras o no! —emitió, adueñándose de su boca.

Ella se resistía hasta que no pudo mas, cedió ante él, que la llevó directo a la cama.

—Te amo más de lo que imaginas, Emma —declaró acariciando su bella figura postrada en la cama bajo su cuerpo.

—Este cuerpo lo dediqué a la venganza, pero se lo entregaré al amor —decidió entre lágrimas de resignación y amor hacia Brandon.

Las sensaciones los consumían a ambos, y se entregaron por fin a aquel amor al que se habían negado por tanto tiempo, dando rienda suelta a la pasión.

Brandon poseyó a su querida Emma, con amor y delicadeza. Llenó cada espacio con sus más absolutas y devotas caricias.

Extasiada todavía por haberse entregado a su amado, murmuró:

—Fue maravilloso.

—¿Sabes que no puedes seguir con tu venganza? —inquirió con rostro sonriente.

—¿Qué?

—Te casarás conmigo, te he desflorado —le recordó sinvergüenza.

—¡Rufián! —masculló golpeándolo en el pecho.

—Podrías quedar embarazada en los próximos días —advirtió relajado al ver la histeria en el rostro de Emma.

—¡Eres peor que...! ¡Dios mío, cómo pude dejarme seducir por tus planes! —lo acusó enojada.

—¡Porque me amas!

—No podrás impedirme continuar, me he comprometido con Clark.

—Es simple, cambia de opinión.

—¡No!

—Lo harás tú o lo hago yo —sentenció perdiendo la paciencia.

—¡No te atreverías!

—Ponme a prueba.

—¡Maldito seas! —espetó nuevamente golpeándolo, consumida por la frustración.

—¿Qué me dijiste? —reprendió, Brandon, furioso—, pues ya pagarás por haberme maldecido Emma.

Al terminar esas palabras, la tomó nuevamente sin la moderación de la primera vez. Emma, pese a disfrutar de su posesión, seguía reprendiéndolo mientras se perdía en el éxtasis de su pasión.

Se habían quedado dormidos, extenuados por pelear y hacer el amor.

Ninguno se dio cuenta de que sus gritos habían sido escuchados por algunos presentes que abrieron las puertas y los vieron juntos.

—¿Marqués de Granby? —acusó la duquesa de St. Albans.

Él abrió los ojos. Estaba desnudo, Emma aun dormía.

—¿Brandon? —se sorprendió Bradley al verlo recostado con Emma.

Emma despertó y vio a una cantidad de público extraño. Se cubrió con las sábanas hasta la

cabeza.

Eran los dueños de casa y su hermano quienes los habían descubierto.

—Esperamos una explicación —pronunció la duquesa de St. Albans.

—Yo… —intentó justificarse.

—Lo planeaste todo, ¿verdad, Brandon? —dictó ella escondida bajo la sábana.

—¿Crees que me gusta que la aristocracia me vea desnudo?

—Hablaré con sus padres, señoría —dijo el duque de St. Albans colocándose tras su esposa—, los llamaré en este instante, usted debe responder por el honor de esta dama.

—A nuestra madre le dará un infarto —masculló Bradley—. Vístete, Brandon.

Capítulo 29

—¡Dios mío, Brandon Waldow! —lloraba Darline, en la habitación.

—Cálmate, mi amor, nuestro hijo tiene cosas que explicar —miró Alen, reprobatorio con su hijo.

—¿Quién es esta niña? Pensé que te casarías por amor, creí que esperarías a lady Emma —lamentaba su madre.

—Madre, ella es lady Emma —contó Brandon, esperando que eso la calmara.

—¿Estás seguro? —cuestionó seriamente, mirándola.

—Lo soy, milady, solo que estoy cambiada —confesó avergonzada, todavía entre las sábanas, pues no tenía qué ponerse.

—¿Sabes cuánto tiempo has hecho sufrir a mi hijo?

—Perdón, excelencia —pidió bajando la cabeza.

—Díganme sus planes. Tu conducta, Brandon, no es digna de un futuro duque, esto no debe salir a la luz —avizoró Alen, reprendiendo a su primogénito.

—Nos comprometeremos —explicó Brandon —, nadie sabrá los detalles salvo ustedes, y los St. Albans.

—Menos mal que son nuestros amigos —respiró Darline, sin temer a que el escándalo cubriera a un miembro de su familia.

Emma se sentía feliz por casarse con Brandon, pero estaba triste porque debía dejar la oscuridad en la que vivía para cambiarla por la luz que significaba ser la marquesa de Granby.

—Brandon —habló Emma—, ya no quiero sufrir por esto.

—Amor mío, ya no debes temer —la reconfortó sentándose a su lado en la cama.

—Pero...

—¿Pero qué?

—Acepté a Clark.

—Romperé tu compromiso —avisó.

—¿Le dirás que soy Emma?

—Se lo dirás tú, eso será el fin de todo.

Lady Darline consiguió un vestido y se lo dio a Emma.

—Querida, ya que serás también mi hija, quiero que sepas que cuentas con todo nuestro apoyo, y más en este momento en que puedes estar embarazada.

—Siento vergüenza, milady.

—No la sientas, yo… —contó Darline en voz baja—, quedé embarazada de los gemelos antes de casarme con el duque, cállalo, han sido treinta años de secreto.

—Está bien, milady —aceptó Emma un poco más aliviada.

Mientras, Brandon había salido de la habitación en busca de Clark, pero este ya se había retirado. Sin embargo, divisó a su amigo.

—Señor Warren —dijo Brandon, interrumpiendo la conversación con su prima Lucy.

—Dígame…

—¿Dónde se encuentra Clark?

—Se retiró, señoría, pues no estaba muy bien, solo vino porque lady Charlotte había insistido.

—Entonces, iré a verlo mañana.

—Dígame, ¿está todo bien?

Después de consultar al señor Warren por Clark, Brandon llevó a Emma en el carruaje hasta depositarla en la casa de su tía, desde ese momento no volverían a separarse.

—Vendré a verte mañana —informó Brandon como despedida.

Ella se abrazó fuerte a él y dijo:

—Aun no puedo creer que esto esté sucediendo.

—Pues créelo.

—Te amo.

—Yo más, Emma.

Celia no paró de hacer preguntas toda la noche, sobre qué había acontecido y Emma no podía ocultar su emoción al contarle todo, cómo habían ocurrido los hechos.

Después de una noche reparadora, sabía que debía enfrentar a su destino en algún momento y romper su palabra que le había dado a Clark.

Durante el transcurso de la mañana, Emma fue al jardín para cortar unas rosas y adornar su habitación, pero lo que vio le dejó helada. Era Clark entrando por el portón.

—Lady Charlotte —saludó Clark, animado—, la estaba buscando.

—Clark… —pronunció nerviosa, casi temblando.

—Vine a formalizar mi proposición de ayer.

—Milord, yo no...

—Mire el hermoso anillo que le traje —dijo abriendo el pequeño estuche de terciopelo negro.

—Es muy bonito pero… —ella negaba con la cabeza.

—¿Pero, qué pasa, Charlotte? —preguntó notando lo evasiva que estaba.

—Pasa Clark, que yo no...

—Tú no, ¿qué?

Emma tomó valor, trago saliva y lo decidió.

—No puedo casarme contigo.

Clark, incrédulo, la observó.

—¿Por qué? Ayer me aceptaste —reclamó.

—Porque me casaré con Brandon, el marqués de Granby.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¡¿Estas tomándome el pelo?! —gruñó gutural, agarrándola fuerte del brazo.

—¡Me lastimas! —exclamó Emma, intentando liberar su brazo de la opresión.

—¿Sabes cuánto me lastima esto? —interrogó abatido por la decepción.

—Te lo mereces por lo que me hiciste —lo enfrentó al fin, después de años.

—¿A qué te refieres?

—¿Te gusta lo que soy, verdad? Te atrae mi cuerpo y mi belleza, ¿no me recuerdas, falso esposo?

Él la soltó, y con su bastón se alejó.

—Soy yo y por fin lo digo, cumplí con el único objetivo que tenía, vengarme de la humillación que me hiciste pasar. Te enamoraste de Emma, de la cerda de dos patas, de la horrenda —hablaba decidida y nerviosa a la vez—, me llegó el momento, Clark. Ver tu cara es tan satisfactorio que no imaginas lo que estoy sintiendo.

Decepcionado y golpeado, Clark solo la observaba.

—Me viste la cara no es así, y estás feliz, pero te quitaré un poco de esa felicidad —alegó rencoroso.

—No lo creo.

—No me importa, Emma, te casarás conmigo de nuevo, pero será legal esta vez.

—No lo haré, soy prometida de Brandon.

—Te casarás conmigo y te haré lo que quiera una vez que seas mi esposa. ¿Piensas que él estará constantemente cuidándote? Podría dejarte sola y que te encuentren conmigo... tu reputación se irá al infierno y te obligarán a casarte conmigo.

—Sigue soñando, Clark —musitó una voz, atrás.

—¡Brandon! —exclamó Emma, corriendo hacia él para refugiarse de la amenazas.

—No harás nada, sabandija repugnante, te acercas a ella y tendrás plomo entre las cejas —advirtió con seguridad.

—Esto no se quedará así, Emma. Serás mía, lo juro —sentenció desapareciendo por el portón.

Abrazada a su amado se sentía un poco segura, pero las palabras de aquel hombre la asustaron.

—Tengo miedo —admitió temblorosa.

—Emma, cálmate, no te hará nada, estoy contigo. Solo debes cuidarte.

***

Frustrado y hundido en la decepción, Clark se había pasado el día en una taberna, emborrachándose y lamentando su suerte. Luego, decidió que debería desahogarse con su amigo y confidente.

Fue a la casa de Dylan para contarle todo, pero llegó muy mal y borracho.

—Clark… —lamentó su amigo al verlo así.

—Cállate y dime cómo hago para que Emma se case conmigo.

—¿Qué?

—Dime, el falso matrimonio, ¿podemos legalizarlo? —preguntó mareado, pero con la idea fija en la mente.

—¿Qué me estás pidiendo?

—¡¿Dime, puedes hacer algo o no?! —gritó borracho.

—No, esos papeles jamás podrán ser legales.

—¿Y quién más sabe eso?

—Nadie, soy muy discreto.

—Pues bien, dame esos papeles, serán mi arma para tener a Emma y burlarme de ese Brandon.

—Estás mal, Clark, déjate de esto, busca una mujer de verdad.

—¡Ella será mi mujer, es la única que quiero!

—Me duele verte así, reacciona.

—Solo haz lo que te dije y cierra el pico —lo maltrató, exigiendo que cumpliera con su pedido.

Dylan le entregó los papeles, y Clark hizo una torpe reverencia. Salió de su casa y fue a buscar consuelo en otro lado.

—Marie, Marie —pronunció observando a su antigua amante.

—Clark, qué sorpresa —sonrió Marie, pensando que él volvería a ella.

—Ninguna sorpresa, quítate la ropa —ordenó fríamente.

Ella lo obedeció, presta a esperar que la amara.

—Tienes un hermoso cuerpo nuevamente, Marie —halagó.

Después de decir aquello, la poseyó salvajemente.

—¡Cálmate, Clark! —pidió adolorida. Todavía no se encontraba bien, después del accidente.

—¡Cállate! —gruñó vertiéndose completamente en ella, que lo sintió y quería lamentarlo, pues ya no deseaba embarazarse.

—¡No, no quiero por favor! —intentó alejarse, pero él la detuvo y acabó.

—No me importa. Serás solo mi mujer de aquí en más ¿entendiste? Irás a vivir a mi casa, recoge tus cosas.

—No, no lo haré —se negó, humillada.

—¡Que lo hagas!

—Estás borracho. No puedo salir de mi casa así.

El golpeó a Marie, yendo su cabeza a impactar directamente contra la cabecera de la cama, lo que causó que quedara inconsciente.

—¡Puta débil, levántate! —ordenó zarandeándola, pero ella no se movía—. Bien, no vas por las buenas, vas por las malas.

Él la levantó con mucho esfuerzo, pues su coordinación le costaba, y se la llevó a su carruaje.

Durante el camino, por el traqueteo del carruaje, ella despertó.

—¿Dónde estoy? —preguntó tomándose la cabeza.

—Conmigo —respondió Clark un poco menos mareado.

—Déjame ir, Clark —rogó.

—Marie, Marie. Serás mi consuelo y te irás cuando lo diga yo.

Indignada, pensó en escapar. Escrutaba cada detalle con atención y, ante un descuido de Clark, abrió la puerta del carruaje y se lanzó.

Para su fortuna, Marie cayó sobre una cantidad de paja que había en un establo del mercado.

—Tú te lo pierdes —rió cínico, tomando una de las botellas que había comprado, y todavía no había abierto.

Al llegar a su casa, su madre lo vio, y lo encaró.

—¿Clark, qué te pasa?

—¡Lo juro, mamá, me las pagarán Emma y ese… fulano!

—Te cobró lo que le hiciste, déjalo morir ahí.

—Nunca, ella será mía.

—¡Ese hombre puede matarte, Clark!, ¡no tienes hijos, ni herederos al título!

—¿Y eso qué...? Fue un error no haber tenido un repuesto, madre —replicó con sorna.

—No dejaré que te maten —aseguró su madre. Se retiró para buscar un trago para su hijo, pero le puso láudano para que se calmara.

Después de que se lo bebió todo, esperó unos minutos y luego se acercó y acarició su rostro.

—No dejaré que hagas más estupideces, hijo mío —sentenció—, Maxwell, prepara nuestro equipaje, nos vamos a Francia.

—Sí, milady —obedeció el hombre.

***

Los días pasaron, y no sabían nada de Clark, se lo había tragado la tierra. Brandon y Emma, anunciaron su compromiso y todo Londres supo quien era ella en verdad.

Retornó a casa de su madre y de su hermano, al lado de su amado vecino y prometido.

—Arthur, soy tan feliz. En un mes seré la esposa de Brandon.

—Me alegro tanto por ti —la abrazó—, deseaba que fueras feliz, por eso hice lo de Clark.

—Te he perdonado Arthur, es parte del pasado, nada puede interponerse entre nosotros. Brandon y yo estaremos juntos.

Capítulo 30

Tres días antes de la boda, Emma y su hermano salían de la mansión, cuando vieron a Clark frente a su casa.

—Clark —dijo Emma.

—Esposa mía, he venido por ti —alegó mostrando unos papeles en su mano.

—¿Qué estás diciendo, infeliz? —inquirió Arthur, enfurecido.

—Lo que oyes, cuñado.

—Nuestro matrimonio no es legal, y mejor lo sabes tú. ¿No?

—Lo legalicé para que seamos felices como debimos haber sido.

—Estás demente, Clark, no dejaré que te la lleves, corre Emma —ordenó su hermano.

Emma corrió hacia la casa de Brandon, pero Clark tenía otra opción si los papeles no funcionaban. Agarró a Arthur del cuello y le apuntó con un arma.

—¡Anda, corre a buscar a tu amado, mientras lo haces tu hermano recibirá un tiro! —amenazó Clark a una asustada Emma.

Su hermano vio como ella se detenía en la huida.

—¡Emma, vete! —ordenó con más ahínco.

—¡Ese loco te matará!

—¡Condesa! ¡Qué vocabulario usa con su marido, ven hacia aquí! —mandó con su sonrisa demente.

—¡Déjala, enfermo, no hay pruebas de la legalidad de tu matrimonio! —insistió Arthur.

—Las tengo en el carruaje.

El duque iba pasando por ahí y observó la escena, tenía un arma con él, podría hacer algo.

—¡Suelte al duque, lord Mottengarden, si no quiere que le dé un balazo! —amenazó encañonándolo.

Clark estaba bajando el arma, pero en ese momento Emma se acercó a su hermano para agarrarlo; sin embargo, cayó en las garras de Clark.

—Ahora, duque de Rutland, será mejor que baje el arma si no quiere que su hijito llore de por vida —pronunció apuntándole a Emma en la frente.

Alen bajó el arma, lentamente.

—Bien, amor mío, diles adiós. Nos vamos lejos a consumar nuestra unión.

—¡No, déjame! —pedía entre sollozos.

—Sube, querida —la empujaba Clark.

—¡Brandon! ¡¡¡¡Brandon!!!! —gritaba Emma, desesperada.

—Me conmueves, ¡Brandon, Brandon! —la emuló, burlón— No te sirve de nada.

El carruaje comenzó su marcha rumbo a Escocia, específicamente, a Gretna Green. Clark la obligaría a casarse.

Brandon y Bradley habían escuchado los gritos de Emma.

—¿Padre, qué sucedió? —preguntó Brandon.

—Ese loco conde se llevó a Emma. Traté de impedirlo, pero no puede —musitó, culpable, Alen.

—¡¿A dónde?! —increpó preocupado.

—No dijo nada —respondió Arthur—, no pude salvar a mi hermana.

—¿Hacia dónde fueron?

—Por allá, hacía Escocia —contestó Alen a su hijo.

—Va a Escocia para casarse con ella, ¡desgraciado! —afirmó Brandon, pero él se encargaría de frustrarle el propósito—. Bradley, ¿te gustaría tener una aventura? ¿Matar al malo y rescatar a la doncella en apuros?

—Siempre deseoso de ayudar a las causas justas, puedes contar conmigo.

—Pues ve por nuestros caballos, acortaremos distancias. Un carruaje es más lento.

—Yo iré con ustedes —decidió Alen.

—Padre, solo présteme su arma.

—Recuerda todo lo que te enseñe —aconsejó el duque.

—Con honor y justicia, padre. Jamás podría olvidarlo.

Orgulloso de su hijo, colocó su mano en su hombro en señal de completo apoyo.

Arthur, Bradley y Brandon salieron rápidamente. Intentarían acortar las distancias que los separaban por la tardanza en ponerse prestos a salir.

—¿Por qué tan callada, Emma? No te sientes tan valiente sin la protección de Brandon, ¿no es así? —se burló.

—¡Muérete! —profirió con deprecio.

—Estoy muerto, pero por tu causa. ¡Tú me hiciste ser este monstruo! —la acusó vehemente.

—Fuiste cruel conmigo, me humillaste, ¿se te olvidó?

—Eres la única mujer que me ha enamorado y jugaste conmigo —reclamó.

—Pudimos ser felices años atrás, Clark, pero no te importó mi corazón, solo mi belleza.

—Y no sabes cuánto me arrepiento, pero una vez que consumemos el matrimonio podremos ser felices, ¿no crees?

—¿Consumar qué? —rió mordaz — Déjame decirte que mi virtud es de Brandon. Y otra información más, estoy probablemente embarazada, ¿te harás cargo del hijo del marqués?

—¡Cariño! ¿Para qué existen los orfanatos? ¡Están plagados de los bastardos de nobles — contestó girando la situación a su favor—. Tú me darás mis propios herederos.

—Ni los sueñes... —dijo escupiendo aquellas palabras.

Estaba muy asustada, las probabilidades de embarazo eran muy altas, estaba retrasada. Aquel oscuro futuro que le pintó Clark para su hijo la había llenado de temor.

Llevaban toda la tarde y parte de la noche en el carruaje.

—Pararemos aquí —decidió, informándole al cochero para que parara.

—¿En una posada? —preguntó observando la fachada.

—Claro, querida, te compré vestidos y otras cosas. Debes asearte.

—Eres tan amable —contestó con sarcasmo.

Él la tomó del rostro, la apretó con fuerza y le espetó:

—¡Muérdete esa lengua afilada, mi amor!

—¡Aléjate de mí...! —masculló empujándolo para librarse de su agarre.

Entraron a la posada, se registraron y fueron a la habitación.

Brandon y sus acompañantes llegaron hasta la posada donde vieron el carruaje.

—Te tengo, desgraciado —pronunció haciéndole señas a Bradley y a Arthur para que pararan.

Ya en la habitación, Clark se acercó a Emma y la tomó del brazo.

—Quítate la ropa, Emma —ordenó lascivo.

—No lo haré, vete —se negó tajante.

—¿No lo harás? —mencionó Clark, y le rompió las faldas.

—¡¿Qué haces?!

—Voy a hacerte mi mujer, querida.

—¡Suéltame, miserable! —gritó, mientras él se aventaba a besarla.

En la entrada de la posada, Brandon preguntó al posadero:

—¿En qué habitación está registrada la última pareja que recibió?

—Es información confidencial —respondió el posadero.

Brandon sacó el arma y le apuntó.

—¡¿Qué tan confidencial?! —lo amenazó hasta que escuchó los gritos de Emma, pidiendo auxilio.

—Arthur, Bradley, arriba —avisó subiendo rápidamente, ellos lo siguieron.

Emma luchaba pero él ya la había desnudado completamente, era más fuerte que ella.

—¡Déjame! —exigió golpeándolo en el rostro.

—Lo harás por las buenas o por las malas —amenazó golpeándola, haciendo que su voluntad cediera a causa de casi la inconsciencia—. ¡Así está mejor!

Brandon tiró la puerta de una patada. Había perdido la razón ese hombre que estaba a punto de tomar a su prometida.

—¡Voy a matarte, maldito desgraciado! —masculló arrojándose sobre Clark y golpeándolo sin piedad, mientras Bradley cubría el maltrecho cuerpo de Emma.

—¡Emma! —la llamó Arthur—, despierta.

—Brandon —pronunció apenas.

El dejó de golpear a Clark y fue junto a ella, tomándola en brazos.

—¡Emma, mi amor, aquí estoy! —decía Brandon.

—¿El me…? —preguntó sin saber si había sido violada.

—No pienses en eso —intentó confortarla, pero ella lloraba amargamente mientras no recordaba nada.

—Brandon. debo decirte algo…

—Ahora no, Emma, cálmate.

—Estoy embarazada —dijo confesando su secreto.

—Emma, esa noticia es maravillosa —la abrazó y sonrió.

Clark estaba despertando de su sueño y Brandon lo tomó de las prendas, colocándose frente a él.

—En dos días, maldito cobarde, te esperaré al amanecer —declaró Brandon—, búscate un padrino.

—Ahí estaré. Hubiera valido la pena si tomaba a tu prometida —rió burlón.

Brandon iba a reaccionar, pero Bradley lo atajó.

—No lo vale, será al amanecer —le recordó su hermano.

—Vamos —mandó llevándose a Emma en brazos.

Emma se quedó tranquilizada y dormida con Brandon dentro de un carruaje de alquiler, rumbo a su casa.

—Déjame cobrar esto, Brandon —pidió Arthur.

—No, él se atrevió a tocar a mi mujer y lo pagará con su vida.

Todo Londres se había enterado del secuestro de lady Emma, y las habladurías empezaban a correr como pólvora por cada rincón de la ciudad.

La condesa llegó a la casa de Brandon y encontró a toda su familia, y a la de Emma.

—Vengo a ver al marqués de Granby —pidió la condesa al verlo.

—¿A qué viene, milady?

—A pedirle que no mate a mi hijo.

—Es un poco tarde para eso, él pagará lo que hizo —dijo implacable.

—¡Por favor, Emma! —rogó desviando la vista hacia ella.

—No me mire, no intercederé por un hombre que intentó abusar de mi.

—Eso no puede ser, Clark sería incapaz.

—Lo es, así que le recomiendo que vaya y prepare el funeral de su hijo —la despidió un cruel Brandon.

La condesa no paraba de rogar, hasta acercarse a Darline.

—Por favor, excelencia.

—No puedo hacer nada ante tal aberración. Mi hijo es quien se batirá en duelo y también estoy sufriendo, pese a que confío en sus habilidades.

Ella, destrozada, regreso a su casa y encontró a Dylan que estaba esperándola.

—¡Oh, Dylan! —lo abrazó llorando.

—Milady, lo siento.

—Todavía no ha muerto.

—Pero ambos sabemos cómo terminará.

—Qué bueno que hayas venido, Dylan —musitó Clark.

—Huye, Clark —pidió su amigo, colocando su mano en el hombro.

—No. Es tiempo de enfrentarme a los hechos —declaró—, te pido que seas mi padrino.

—¡No, no podría! Eres mi mejor amigo, no lo hagas, te lo ruego —dijo y lo abrazó llorando.

—Hazlo por nuestra amistad. Y otra cosa, trae a lady Marie a esta casa, está esperando un hijo y es mío.

—Pero...

—Cuida al futuro conde de Dudley, ya que no podré hacerlo. Asígnale dinero o lo que desee, pero que el niño sea reconocido, por favor.

—Prometo hacerlo.

Clark salió a ver su último día y fue para ver a lady Marie.

—¿Qué haces aquí? —increpó enojada, sabiendo todo lo que se murmuraba en Londres.

—Vine a despedirme, mañana tengo un duelo a muerte.

A sabiendas de aquella información, ella no pudo evitar ser un mar de lágrimas.

—No, Clark, te he amado siempre —confesó ella, sin dejar de abrazarlo.

—Lo siento por nuestro hijo —dijo corrompiendo a su abrazo y llorando—, perdóname porque no valore el amor que tú sientes por mí. Mi hijo tendrá todos los derechos de un conde, cuídalo, será conde de nacimiento. Adiós, Marie.

—Huyamos, huyamos juntos —rogó.

—No, debo pagar por lo que hice, como un hombre de honor.

Ese último día, se despidió de Marie, haciendo el amor como ella deseaba. Aquella mujer fue la única que siempre estuvo a su lado, pidiéndole amor, pero como había resultado ser un picaflor, dejó ir la oportunidad de amar. La muerte le hacía ver todo de manera diferente.

Había llegado el amanecer del duelo. Ambos con sus padrinos, Brandon y Arthur, Clark y Dylan.

—Llegó el momento —declaró Brandon.

—Bien —aceptó, Clark, desanimado.

Ambos se ubicaron y dieron los pasos reglamentarios. Los dos dispararon y todo quedó en silencio.

Como todos esperaban, Clark cayó al césped, mientras Brandon salía completamente ileso.

Lentamente se acercaron a Clark para ver su estado.

Su madre fue la primera en llegar.

— No, hijo mío —lloraba desconsoladamente la condesa, mientras Dylan la consolaba.

Epílogo

Había llegado el día de la boda, fue el día más feliz para las familias Waldow y Mcbean.

También, íntimamente, se había revelado la llegada del futuro heredero de la pareja. Estaban extasiados por la llegada del niño o la niña en unos meses más.

Ambos habían quedado satisfechos por el resultado del duelo, el honor había sido restaurado, y la paz volvió a sus vidas.

—Me siento tan feliz, Brandon —expresó Emma con una reluciente y enorme sonrisa—. Siento que hicimos lo correcto, ahora podemos ser felices, perdonar y dejar ir el rencor de lado, avanzar hacia un futuro de paz.

—Tienes un gran corazón. A pesar de todo lo que ha pasado, todavía sigues siendo pura e inocente— murmuró Brandon dándole una rosa blanca que arrancó del jardín.

Ella la tomó y se la llevó a los labios, amaba esos detalles de Brandon.

—No lo habría logrado sin tu apoyo; y, amor, nuestra vida está completa.

—Esperemos que Clark aprenda la lección —meditó Brandon, tomando a su esposa del brazo para volver junto a los invitados de la boda.

—Estoy segura de que lo hizo...

***

Días antes...

Como todos esperaban, Clark cayó al césped, mientras Brandon salía completamente ileso.

Lentamente, se acercaron a Clark para ver su estado.

Su madre fue la primera en llegar.

— No, hijo mío —lloraba desconsoladamente la condesa, mientras Dylan la consolaba.

—Aún estoy vivo, madre —musitó con los ojos cerrados.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la condesa llorando de alegría, mientras Dylan sonreía.

—Usted, Clark, debe enderezar su camino. Emma y yo hemos decidido perdonarlo y dejarlo ir, no desperdicie esta oportunidad que le hemos dado, aprovéchela —dijo Brandon, despidiéndose —. Qué tengan buen día. Adiós.

Clark estaba eufórico, herido, pero feliz. Brandon lo había herido en el brazo derecho, muy

cerca del hombro. Lección aprendida.

***

Lo primero que hizo Clark, después de ser atendido en su casa y dado de alta, fue ir a casa de Marie.

—Buenas tardes, quisiera hablar con el vizconde —pidió Clark en la entrada de su casa.

—Adelante, milord, pase —lo invitó el mayordomo, y lo hizo pasar junto al padre de Marie.

—Lord Mottengarden, está usted vivo, ¿qué lo trae por aquí?

—Vine por Marie y por mi hijo —mencionó sin mucho tacto.

—¿Qué dice? —cuestionó confundido el vizconde.

—Como lo oye, quiero casarme con ella.

—Pero ella no tiene dote, estamos quebrados.

—No importa, soy muy rico.

—¡Pues llévesela, es toda suya! ¡Marie! —la llamó su padre con una gutural exclamación.

—¿Dígame, padre? Necesi... ¿Clark? Digo, lord Mottengarden.

—Marie, ven... —expresó su padre— el conde me acaba de pedir tu mano, quiere casarse contigo.

Ella lo observó, sin creer que eso fuera cierto.

—¿Puede dejarnos a solas, padre?

—Si ya estas embarazada. ¿Cuál es el problema, no?

—Gracias por sus palabras, padre —lo despidió mordaz.

—Marie...

—Clark, ¿por qué quieres que me case contigo si no me amas?

—Pero puedo llegar a hacerlo, dame una oportunidad de estar contigo y con mi hijo.

—Entonces debemos irnos de Londres.

—¿Te parece a Sussex?

—Nunca he ido, pero contigo creo que será lo mejor.

—Toma tus cosas, las subiremos al carruaje y partiremos a Gretna Green con mi madre.

Ella se disponía a preparar sus pertenencias, pero él la detuvo.

—Toma este anillo, será el símbolo de nuestro compromiso —expuso Clark, mientras se lo colocaba en el dedo.

Entre risas y sollozos, por imaginar una vida feliz por fin, asintió al ver el anillo en su dedo.

***

Los meses pasaron y había llegado el momento del nacimiento del hijo de Brandon.

—¡Por qué tardan tanto! —atacó mientras iba de un lado a otro, nervioso, por el pasillo.

—Así son estas cosas, hijo —intentó calmarlo su madre.

—¡Pero si lleva doce horas llorando como si la degollaran! —exclamó asustado y consumido por la ansiedad.

—Pasé por los mismos nervios —lo animó su padre—, ya pasará.

—Y yo pasé los dolores, Alen —le recordó Darline.

—Nadie te quita el mérito, amor.

Todos se quedaron callados cuando escucharon el llanto de un bebé.

Brandon corrió y abrió la puerta de la habitación.

—Lo van a echar —dijo Alen al escuchar un «¡lárgate de aquí!» de su nuera parturienta, y al ver a su hijo salir con el rabo entre las piernas—. ¿Lo ves? —mencionó a su esposa.

—Querido, tu esposa no quiere saber de ti, no quiere que la veas. Sé paciente, pidió su madre.

—Parecía poseída —murmuró recordando la imagen de su sudorosa esposa, que al verlo entrar lo miró con los ojos brillantes de rabia, o quizás fuera odio.

—¿Qué no ves?, tantas horas de parto y quieres que te reciban sonriendo. ¡Estás enfermo! —razonó su gemelo.

—Muy inteligente, hermano —apoyó Angeline—, yo no recuerdo nada de mi parto.

—Porque casi te mueres, querida —ironizó Brandon, su hermano.

El doctor sacó medio cuerpo y miró a Brandon.

—Señoría, ya puede pasar a conocer a su hijo —lo invitó.

—¡Aleluya! —gruñó haciendo a un lado al doctor.

Brandon corrió junto a Emma que tenía al niño en brazos.

—Mira, Brandon —indicó Emma mirando al pequeño niño rubio idéntico a su padre con ojos azules.

—Eres hermoso, Bruce Waldow —declaró dándole un beso a Emma, y otro a su hijo.

—Es un precioso nombre, te amo —musitó Emma.

—Y yo a ti...

Lo mismo ocurría en el caso de lady Marie, estaba con trabajo de parto en su residencia de Sussex.

—¿Doctor, qué pasa? —inquirió inquieto, Clark.

—El parto se ha complicado, milord.

—¡¿Cómo que se complicó?!

—Por el anterior aborto de lady Marie, no creemos que pueda soportar el parto —avisó el doctor, casi preparándolo para lo peor.

—¿Puedo verla? —pidió.

Marie estaba sudorosa, gimiendo de dolor en la cama.

—¿Marie? ¿Me escuchas?

—¡Lo siento tanto! —masculló dolorida—, si te toca elegir, elige al niño, yo no lo valgo.

—No, Marie, no me dejes —rogó lagrimeando su esposo.

—No lo soportaré, me siento débil.

—Marie, mi Marie, te amo, no me dejes. Conseguiste que te amara, por favor, consigue sobrevivir para que seamos felices los tres.

Esas palabras la llenaron de aliento y asintió.

—Debo hacerlo por ustedes. Llama al doctor, seguiré pujando.

Una hora más tarde, nació el pequeño varón, al que llamaron igual que a su padre, Clark Mottengarden.

Con los años, ambas parejas lograron ser felices. Pese a que ninguno buscaba un acercamiento, los acontecimientos en Londres los ponían cara a cara, llevando cada quien a sus hijos, haciendo inclinaciones amistosas entre ellos.

Fin...

AVANCES DEL SIGUIENTE LIBRO

Meses antes...

—¿Stephen, qué haces? —lo cuestionó Bradley al ver que su amigo tardaba mucho tiempo.

—Compro listones —respondió con simplicidad.

—Eso es cosa de mujeres.

—Es para Helen, me pidió unos cuantos —se justificó.

—Por favor, te domina tu prometida. Te esperaré en la esquina.

—Ya desearás una —tentó su amigo volviendo a la tienda para escoger más listones.

Bradley trataba de ver la mejor forma de burlarse de Norfolk, era un joven demasiado bueno y nada parecido al calavera de su padre.

—Es un tonto —murmuró para sí.

Caminó hasta la esquina y chocó de frente con una bella joven, la miró a los ojos y quedó pálido, se parecía a...

—¡¿Anne?!

Si te ha gustado

Belleza y venganza

te recomendamos comenzar a leer

Amigos y nada más

de *Ana Álvarez*



Prólogo

El verano en que Marta empezó a salir con Sergio había sido decisivo en la vida de Javier Figueroa. Por un momento, al finalizar el semestre y volver a España de vacaciones, se había

planteado quedarse y continuar allí sus estudios, pero la elección de Marta lo había disuadido. Por mucho que echara de menos su país y a su familia no se encontraba capaz de enfrentarse cada día a la relación de su hermano con la mujer a la que había querido desde que tenía uso de razón. También quería evitarles la incomodidad de su presencia, y dejarles vivir su amor sin trabas y sin disimulos. Era consciente de que cuando él estaba cerca la pareja se comportaba como simples amigos sin permitirse un gesto o una mirada que indicara la relación amorosa que estaban manteniendo, y se sentía mal por ello, aunque se lo agradecía.

Al finalizar el verano había regresado a Estados Unidos con la decisión de permanecer allí hasta terminar la carrera, y el firme propósito de olvidar a Marta, convencido ya de que nunca sería suya, y regresar a continuación.

Para aliviar la decepción se había refugiado en los estudios; aparte de las clases de la facultad se había apuntado a cuanto curso de especialización encontró para ocupar el tiempo y los pensamientos.

También comenzó a relacionarse con compañeras de estudios empezando alguna que otra aventura con la intención de olvidar a Marta en los brazos de otras mujeres, pero con escaso éxito. Estas aventuras no habían ido más allá del sexo, ni siquiera habían alcanzado el grado de amistad y habían acabado en poco tiempo. Cuando observaba que la chica en cuestión empezaba a esperar de él más de lo que podía ofrecerle, se alejaba y se volvía a concentrar en los estudios. Su aire serio y el viso melancólico de sus ojos pardos atraía a las mujeres, aparte de su innegable atractivo físico. Pero después de cada fracaso se metía de nuevo en sí mismo y se centraba en sus ocupaciones.

Debido a esto no había tardado en ser «descubierto» por sus profesores, que habían sabido ver el inmenso potencial de aquel chico estudioso y metódico y habían empezado a introducirlo en el mundillo de la investigación antes incluso de terminar la carrera.

Era frecuente verlo por los laboratorios ofreciendo su tiempo y su ayuda después de clase, ávido de conocimientos. En esos momentos era completamente feliz, no echaba de menos familia, amigos o amor. Con un microscopio en las manos, con una prueba a punto de dar resultado sentía vibrar todo su ser como no lo había conseguido el sexo. Quizás porque solo se había tratado de sexo.

Se graduó con honores y toda su familia, incluida Marta, se desplazó para la ocasión. Se había sentido feliz al ver la expresión orgullosa de los suyos, las lágrimas veladas de sus padres que, cogidos de la mano, rememoraban el episodio agridulce de su propia graduación.

Todos se habían reído mucho cuando después de la ceremonia les explicó el cambio de dirección de la borla del birrete, situada a la izquierda antes de la graduación y que el alumno debía mover a la derecha justo después. Las celebraciones estadounidenses estaban cargadas de simbolismo.

Después todos le habían abrazado emocionados y cuando le tocó el turno a Marta esta había ahondado en sus ojos, tratando de leer en ellos un olvido que no encontró, por mucho que él

había intentado fingir lo contrario. Seguía enamorado de ella, empezaba a pensar que siempre lo estaría, aunque sus sentimientos estaban bañados de una pátina de amor imposible que lo hacía más llevadero. Era consciente de que ella nunca sería suya, y esa idea había ido calando en su corazón y en su mente, y Marta había pasado a ser esa persona que se ama en la distancia, que se adora en silencio, pero no se toca. Ya no era su Marta, era la Marta de Sergio.

Después de la graduación se había trasladado a Maryland para trabajar en el NCI, centro de investigación del cáncer, por un salario bastante moderado; pero él no necesitaba mucho, estaba a gusto en aquel apartamento pequeño y de precio asequible en Bethesda, Maryland, y el sueldo cubría de sobra sus sencillas necesidades.

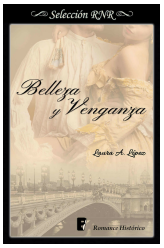
Desde entonces su vida se reducía a trabajo, trabajo y trabajo. Este le resultaba tan apasionante que no había tenido tiempo para relaciones y tampoco ganas. Se sentía cansado de estar con mujeres por las que no sentía más que un deseo físico momentáneo y que apenas le dejaban satisfecho, y con las que se veía obligado a cortar después.

Lo único que realmente echaba de menos era a su familia, alegre y bulliciosa. Y a Marta, por supuesto, y no solo a la mujer sino a la amiga. Nunca había conseguido mantener con nadie una relación de amistad como la que había tenido con ella, ni hombre ni mujer.

Normalmente intentaba llegar a casa tan cansado que no tuviera tiempo de pensar, ni de añorar. Se daba una ducha, se preparaba algo ligero de cena y se sentaba a comerla, casi siempre ojeando algún informe o revista médica que distrajera los recuerdos de cenas alegres y divertidas en la cocina de su casa en Sevilla.

Pero el trabajo lo compensaba todo. Algún día volvería, cuando hubiera conseguido hacer algo importante en su campo. Entonces intentaría obtener un trabajo de investigación en España, y volvería a casa.

La venganza es lo primero, el amor puede esperar...



Lady Emma McBean, hermana del duque de Lancaster, habría sido una joven promesa y una beldad en su futuro debut, pero un acontecimiento cambia su personalidad segura y jovial y la convierte en una joven tímida y reservada, de mala apariencia, cuya mayor habilidad es el cinismo y es prepotente con quienes la rodean.

La única persona que realmente conoce sus miedos y no le importa en absoluto su apariencia es lord Brandon Waldow, que está enamorado de ella desde hace años, cuando una vez la salvó en el pasado de una desgracia.

Emma se ve envuelta en un compromiso acordado desde su nacimiento con el joven y alocado lord Clark Mottengarden, conde de Duddley, el cual, al conocerla, rechaza la idea del matrimonio porque la considera fea, y rompe el acuerdo tras humillarla y herirla profundamente.

¿Podrá Emma abrirse de nuevo al amor con lord Brandon Waldow y olvidar la sed de venganza que la envenena día a día?

¿Podrá Emma abrirse de nuevo al amor con lord Brandon Waldow y olvidar la sed de venganza que la envenena día a día?

Esta es la primera historia sobre los hijos de los protagonistas de Rescatando tu alma perdida.

Laura A. López. Nací en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente resido en la misma ciudad. Me gradué en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, estoy casada y tengo una hija.

Me inicié en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente *El ente de Frank De Felitta* y luego *Juan Salvador Gaviota*. Hace unos años encontré una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leí todos los del género romance de época, por lo que decidí participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuento con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género chick – lit.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Laura A. López
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-996-6

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

BELLEZA Y VENGANZA

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO
AVANCES DEL SIGUIENTE LIBRO

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO
SOBRE LAURA A. LÓPEZ
CRÉDITOS